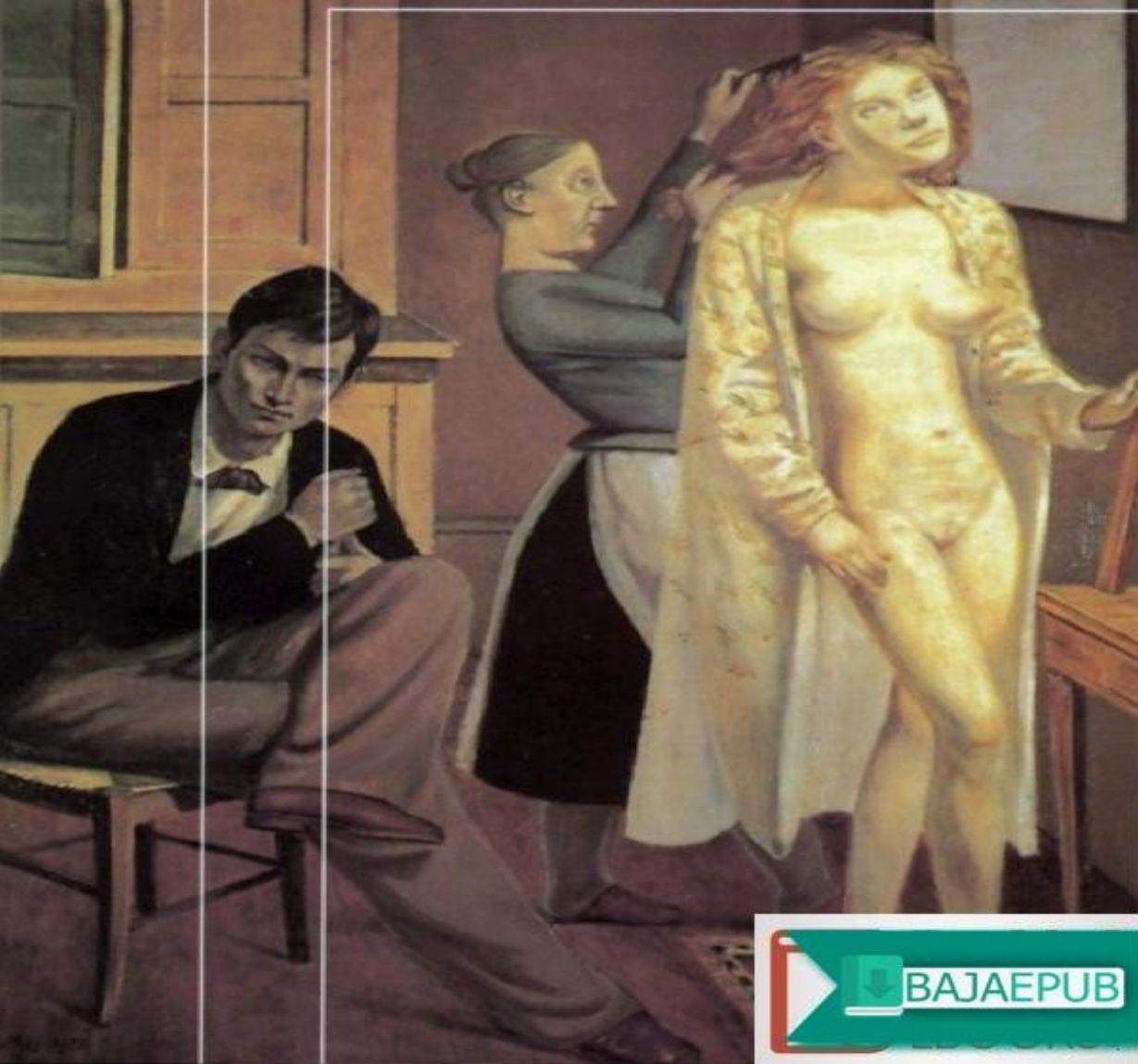


Javier Marías

Todas las almas



Todas las almas cuenta la historia de los dos brumosos y singulares años que el narrador pasó en la Universidad de Oxford, una ciudad fuera del mundo y del tiempo. Y fuera de ambos viven los cautivadores personajes de esta novela: la amante casada del narrador, Clare Bayes, una mujer condicionada por algo a lo que asistió pero que no recuerda; el amigo Cromer-Blake, homosexual irónico que vive fabricando experiencias intensas para una vejez que prevé solitaria; el ya retirado y sagaz profesor Toby Rylands; el merodeador Alan Marriott, con su perro de tres patas y su conocimiento sobre la pareja espantosa que todos tenemos; y muchos otros, algunos extraordinariamente divertidos, hasta llegar al personaje que viene de otro tiempo, el enigmático escritor John Gawsforth.



Javier Marías

Todas las almas

ePub r1.2

Sibelius 18.03.14

Javier Marías, 1989

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

*A Eric Southworth
a mis predecesores Vicente y Félix
y a Elide*

Dos de los tres han muerto desde que me fui de Oxford, y eso me hace pensar, supersticiosamente, que quizá esperaron a que yo llegara y consumiera mi tiempo allí para darme ocasión de conocerlos y para que ahora pueda hablar de ellos. Puede, por tanto, que —siempre supersticiosamente— esté obligado a hablar de ellos. No murieron hasta que yo dejé de tratarlos. De haber seguido en sus vidas y en Oxford (de haber seguido en sus vidas cotidianamente), tal vez aún estuvieran vivos. Este pensamiento no es sólo supersticioso, es también vanidoso. Pero para hablar de ellos tengo que hablar también de mí, y de mi estancia en la ciudad de Oxford. Aunque el que habla no sea el mismo que estuvo allí. Lo parece, pero no es el mismo. Si a mí mismo me llamo *yo*, o si utilizo un nombre que me ha venido acompañando desde que nací y por el que algunos me recordarán, o si cuento cosas que coinciden con cosas que otros me atribuirían, o si llamo *mi casa* a la casa que antes y después ocuparon otros pero yo habité durante dos años, es sólo porque prefiero hablar en primera persona, y no porque crea que basta con la facultad de la memoria para que alguien siga siendo el mismo en diferentes tiempos y en diferentes espacios. El que aquí cuenta lo que vio y le ocurrió no es aquel que lo vio y al que le ocurrió, ni tampoco es su prolongación, ni su sombra, ni su heredero, ni su usurpador.

Mi casa tenía tres pisos y era piramidal y pasaba en ella mucho tiempo, dado que mis obligaciones en la ciudad de Oxford eran prácticamente nulas o inexistentes. De hecho Oxford es, sin duda, una de las ciudades del mundo en las que menos se trabaja, y en ella resulta mucho más decisivo el hecho de estar que el de hacer o incluso actuar. Estar allí requiere tanta concentración y tanta paciencia, y tanto esfuerzo luchar contra el natural aletargamiento del espíritu, que sería una exigencia desproporcionada pretender que además sus habitantes se mostraran activos, sobre todo en público, a pesar de que algunos colegas

solían efectuar sus desplazamientos siempre corriendo para dar una impresión de perpetuo ahogo y ocupación extrema en los intervalos entre clase y clase, las cuales, sin embargo, habían transcurrido o habrían de transcurrir en el más absoluto sosiego y despreocupación, como parte que forman del estar y no del hacer y ni siquiera del actuar. Así era Cromer-Blake y así era el Inquisidor, también llamado el Matarife y el Destripador y cuyo verdadero nombre era Alec Dewar.

Pero quien negaba todos los simulacros de agitación y daba cuerpo y verbo al estatismo o estabilidad del lugar era Will, el anciano portero del edificio (la Institutio Tayloriana, llamado con pompa y latín) en el que yo solía trabajar con sosiego y despreocupación. Nunca he visto una mirada tan limpia (desde luego no en mi ciudad, Madrid, donde *no existen* las miradas limpias) como la de aquel hombre de casi noventa años, menudo y pulido, vestido invariablemente con una especie de mono azul, al que se permitía permanecer muchas mañanas en su garita de cristales y dar los buenos días a los profesores según entraban. Will no sabía literalmente el día en que vivía, y así, sin que nadie pudiera predecir la fecha de su elección y menos aún saber qué la determinaba, cada mañana la pasaba en un año distinto, viajando por el tiempo adelante y atrás a su voluntad, o, mejor dicho, probablemente sin su voluntad. Había días en los que, más que creer que estaba, en verdad estaba en 1947, o en 1914, o en 1935, o en 1960, o en 1926, o en cualquiera de los años de su larguísima vida. A veces se podía intuir si Will se hallaba instalado en un año malo por una ligera expresión de temor (era un ser demasiado puro para que en él cupiera la preocupación, pues carecía absolutamente de la visión de futuro asociada siempre a ese sentimiento) que sin embargo nunca llegaba a ensombrecer su mirada confiada y ufana. Uno podía sospechar que una mañana de 1940 estaba para él dominada por el miedo a los bombardeos de la noche anterior o de la que vendría, y que una mañana

de 1916 podía encontrarle algo abatido por las malas noticias procedentes de la ofensiva del Somme, y que una de 1930 lo había despertado sin un penique en el bolsillo y con los ojos tanteadores y tímidos de quien tiene que pedir un préstamo y aún no ha decidido a quién. Otros días el ligerísimo apagamiento de su inmensa sonrisa o del brillo de su mirada tan afectuosa era indescifrable del todo —ni siquiera objeto de fabulación— porque sin duda se debía a pesares y sinsabores de su vida personal, que nunca habría interesado a ningún alumno ni profesor. En ese continuo viajar a lo largo de su existencia casi todo era insondable para los demás (a la manera de los retratos de pasados siglos o de una fotografía hecha anteayer). ¿Cómo podíamos saber en qué aflictiva jornada de sus numerosos días se hallaba Will cuando lo veíamos saludar con tan sólo una media sonrisa en vez del gesto entusiasta de las fechas joviales o incluso neutras? ¿Cómo saber qué tramo melancólico de su inacabable trayecto estaba recorriendo cuando no alzaba la mano con ademán infantil al tiempo que daba los buenos días? Aquella mano levantada verticalmente que le hacía sentir a uno el convencimiento de que en aquella ciudad inhóspita alguien se alegraba en verdad de verlo, aunque ese alguien no supiera quién era uno, o, mejor dicho, cada mañana lo viera como a alguien distinto del día anterior. Sólo en una ocasión supe, gracias a Cromer-Blake, en qué momento exacto de su vida sin sobresaltos, pasada durante tantas horas tras los cristales de su garita, se encontraba Will. Cromer-Blake aguardó en la puerta del edificio a que yo llegara y me advirtió:

—Dile algo a Will, unas palabras de consuelo. Parece ser que hoy vive el día de 1962 en que murió su mujer, y le dolería mucho que alguno de nosotros no se diese por enterado al pasar. Está muy triste, pero su natural buen humor le permite disfrutar de su protagonismo de hoy lo justo para que no haya perdido del todo su sonrisa. Así que hasta cierto

punto está también encantado. —Y, ya sin mirarme, acariciándose el pelo prematuramente canoso, Cromer-Blake añadió—: Esperemos que no le dé por quedarse a diario en esta fecha: tendríamos que cruzar cada mañana el umbral con una condolencia en los labios.

Will llevaba corbata negra sobre la camisa blanca bajo el mono azul, y sus ojos clarísimos parecían aún más transparentes y líquidos que de costumbre, quizá por efecto de una noche pasada por lágrimas y por ver morir. Me acerqué hasta la puerta de la garita, que estaba abierta, y le puse la mano en el hombro. Noté sus huesos. No sabía bien qué decir.

—Buenos días, Will, aunque para usted sean tan malos. Acabo de enterarme, lo siento muchísimo, ¿qué puedo decir?

Will sonrió apaciblemente y una vez más se le iluminó el rostro rosado, tan rosado que parecía terso. Puso su mano sobre la mía y me dio unas palmaditas sin fuerza, como si fuera él quien me consolara. Cromer-Blake, con su toga al hombro, nos observaba (Cromer-Blake siempre llevaba su toga al hombro y siempre observaba).

—Gracias, Mr Trevor. Es verdad lo que ha dicho, los días no pueden ser peores para mí. Murió anoche, ¿sabe?, esta madrugada. Llevaba algún tiempo un poco enferma, pero no tanto. Esta madrugada me desperté y estaba muriéndose. Se murió en seguida, sin aviso, de golpe, a lo mejor no quería despertarme. Le dije que esperara, pero no pudo. Ni siquiera me dio tiempo a levantarme. —Will se interrumpió un momento y preguntó —: ¿Qué tal me sienta la corbata, Mr Trevor? Yo no suelo llevarla. — Luego sonrió y añadió—: Pero tuvo una vida buena, o eso creo yo, y no fue corta tampoco. Debe saber que ella era cinco años mayor que yo. Me llevaba cinco, no importa que lo cuente ahora. Ahora yo seré más viejo, quizá. Seguiré cumpliendo años y quizá sea más viejo de lo que ella lo fue jamás. —Se tocó la corbata con inseguridad—. Y además: aunque los días sean malos para mí, no hay razón para que yo no se los desee buenos

a usted. Buenos días, Mr Trevor.

La mano no se alzó desde la mía —desde su propio hombro— tan aérea como otras veces, pero se alzó, con su vertical saludo.

Aquella mañana estábamos en 1962, y por eso yo era Mr Trevor. De haberse encontrado Will en los años treinta, yo habría sido el doctor Nott, y de haber estado en los cincuenta entonces me habría visto como Mr Renner. Durante la guerra del 14 me convertía en el doctor Ashmore-Jones, en los años veinte era Mr Brome, en los cuarenta el doctor Myer y en los setenta y ochenta el doctor Magill, y esa era la única manera de saber hacia qué década se había inclinado y dirigido Will, el viajero del tiempo, cada mañana. Para él yo era cada día un miembro de la facultad perteneciente al pasado, aunque siempre el mismo en cada periodo elegido cotidianamente por su espíritu para habitar en él. Y nunca se equivocaba. En mí, y a sus ojos puros e intemporales, volvían a vivir su propio pasado rutinario aquellos Dr Magill, y Dr Myer, y Mr Brome, y Dr Ashmore-Jones, y Mr Renner, y Dr Nott, y Mr Trevor, algunos ya muertos y otros jubilados, otros simplemente trasladados o desaparecidos sin dejar más recuerdo que el de sus nombres, o quizá expulsados de la universidad por algún desliz grave del que el pobre Will, en su garita eterna, nunca habría tenido la menor noticia.

Y extrañamente también vivió en mí, algunas mañanas, un tal Mr Branshaw del que nadie guardaba memoria ni sabía nada, lo cual —cada mañana en que me oía llamar así: Buenos días, Mr Branshaw— me hacía pensar si la capacidad de Will para desplazarse en el tiempo no abarcaría también el futuro (tal vez el más inmediato, aquel que cubriera lo que le restara de vida) y si, instalado en los años noventa, no estaría saludando a alguien que aún no había llegado a Oxford y que quizá, dondequiera que se encontrara, aún ignoraba que le tocaría vivir en la ciudad inhóspita y conservada en almíbar, como la llamó hace tiempo uno de mis

predecesores. Alguien a quien Will tampoco reconocería con sus ojos ensoñados y diáfanos y a quien tal vez diera mi nombre, que jamás pronunció ante mí, cuando lo saludara con su mano festiva a la entrada de la Tayloriana.

Como he dicho, mis obligaciones en la ciudad de Oxford eran mínimas, lo cual me hacía sentirme a menudo como un personaje decorativo. Al ser consciente, sin embargo, de que mi sola presencia difícilmente podía decorar nada, tenía a bien ponerme de vez en cuando la negra toga (preceptiva ya sólo en muy contadas ocasiones) con el objetivo principal de contentar a los numerosos turistas con que solía cruzarme en el trayecto desde mi casa piramidal hasta la Tayloriana y el secundario de sentirme disfrazado y algo más justificado en mi calidad de adorno. Así, disfrazado, llegaba por tanto a veces al aula en la que daba mis escasas clases o conferencias a diversos grupos de estudiantes, todos ellos de una respetuosidad excesiva y aún mayor indiferencia. Por edad yo estaba más cerca de ellos que de la mayoría de los miembros de la congregación (como se llama al conjunto de los *dons* o profesores de la universidad, siguiendo la fuerte tradición clerical del lugar), pero bastaba que yo estuviera nerviosamente encaramado a una tarima durante las pocas horas en que establecía contacto visual con ellos para que el distanciamiento entre los alumnos y yo fuera casi monárquico. Yo estaba arriba y ellos abajo, yo tenía un bonito atril delante y ellos vulgares pupitres con incisiones, yo vestía mi larga toga negra (con las cintas de Cambridge y no de Oxford, por cierto, para mayor reserva) y ellos no la vestían, y eso era ya motivo suficiente para que no sólo no discutieran mis tendenciosas afirmaciones, sino ni siquiera me hicieran preguntas cuando peroraba sobre la sombría literatura española de la postguerra durante una hora que se me hacía tan interminable como la propia postguerra a sus literatos (a los antirrégimen, muy pocos).

Los estudiantes sí hacían preguntas, en cambio, en las clases de traducción que les daba en la compañía alternativa de mis colegas ingleses. Los textos que estos últimos elegían para dichas clases (de nombre tan extravagante que de momento prefiero callarlo para no crear

un enigma gratuito y ciertamente menor) eran tan rebuscados o costumbristas que con frecuencia tenía que improvisar definiciones espúreas para palabras rancias o herméticas que en mi vida había visto ni oído y que por supuesto los estudiantes no volverían a ver ni a oír en las suyas. Palabras presuntuosas y memorables (concebidas sin duda por cabezas enfermas), de entre las que recuerdo con particular entusiasmo *praseodimio*, *jarampero*, *guadameco* y *engibacaire* (tampoco he logrado olvidar *briaga*, en un pasaje vinatero de lo más elegante). Aun a riesgo de quedar como un necio ahora que las he traducido al inglés y sé perfectamente lo que significan, confieso que entonces desconocía por completo su existencia. Aún hoy me admiro de su existencia. Mi papel en esas clases era más aventurado que en las conferencias, ya que consistía en hacer de gramática y diccionario parlantes, con el consiguiente desgaste para mis reflejos. Las consultas más arduas eran las etimológicas, pero al poco, y llevado de la impaciencia y los deseos de agradar, no tuve reparo en ir inventando etimologías delirantes sobre la marcha y para salir del paso, en la confianza de que ningún alumno ni el colega de turno que me acompañaba tendrían nunca la curiosidad suficiente para comprobar más tarde lo verídico de mis contestaciones. (Y en el caso de que la tuvieran, estaba convencido de que también tendrían la compasión suficiente para no echarme el disparate en cara al siguiente día.) Así, ante preguntas que se me antojaban tan malintencionadas y absurdas como cuál era el origen de la palabra *papirotazo*, no tenía inconveniente en ofrecer respuestas todavía más absurdas y peor intencionadas.

—*Papirotazo*, en efecto. A este tipo de golpe propinado con el dedo índice se lo llama así porque era de este modo como se golpeaban los papiros hallados en Egipto a comienzos del siglo XIX para probar su resistencia y empezar a determinar su antigüedad.

Y al ver que nadie reaccionaba violentamente ni a nadie se le ocurría argüir que un solo papirotazo habría convertido en confetti cualquier papiro dinástico, sino que los alumnos tomaban nota y el colega inglés — aturdido sin duda por la grosera sonoridad de la palabra y tal vez embriagado por la repentina visión de un Egipto napoleónico— aprobaba mi explicación (‘¿Lo oyen ustedes? *Papirotazo* viene de la palabra *papiro*: pa-pi-ro, pa-pi-ro-ta-zo’), aún encontraba valor para insistir y completar la falsedad con una nota erudita:

—Es por tanto una palabra bastante reciente, que se asimiló a la más antigua *capirotazo*, como también se llama a este golpe doloroso y vejatorio —y hacía una pausa para ilustrar el vocablo con un papirotazo al aire—, por ser el mismo que se acostumbraba propinar a los penitentes encapuchados durante las procesiones de Semana Santa, en la punta de sus capuchas o capirotos, para humillarlos.

Y mi colega siempre aprobaba (‘¿Lo oyen ustedes? Ca-pi-ro-te, ca-pi-ro-ta-zo’). La delectación con que algunos de los profesores británicos proferían palabras descabelladas en español no dejaba de conmoverme, y las que más les satisfacían eran las de cuatro o más sílabas. Recuerdo que el Matarife disfrutaba tanto que se olvidaba de la compostura, y, levantando una pierna —la blanquísima canilla al descubierto por culpa de unos calcetines demasiado cortos y unos zapatones voraces—, la apoyaba con desenfado y no sin gracia sobre un pupitre vacío y la hacía balancearse al compás de su silabeo eufórico (‘Ve-ri-cue-to, ve-ri-cue-to. Mo-fle-tu-do, mo-fle-tu-do’). En realidad hube de suponer, más tarde, que el aplauso de mis colegas a mis etimologías imaginarias era consecuencia de su excelente educación, su sentido de la solidaridad y su sentido de la diversión. En Oxford nadie dice nunca nada a las claras (la franqueza sería la más imperdonable falta, y también la más desconcertante), pero así lo comprendí cuando al despedirme de Dewar el

Inquisidor tras mis dos años de estancia allí, me dijo entre otras pomposidades:

—Echaré de menos tus fantásticos conocimientos etimológicos. Siempre me sorprendían extraordinariamente. Aún recuerdo mi asombro cuando explicaste que la palabra *papirotazo* venía de *papo*, por designar un golpe que se daba en la papada del contrario: me quedé boquiabierto. —Se detuvo un instante para observar complacido mi confusión. Chasqueó la lengua contra el paladar y añadió—: La etimología es una ciencia apasionante, lástima que a los estudiantes, pobres muchachos sin discernimiento, se les olvide el noventa y cinco por ciento de las maravillas que nos escuchan, y que nuestros brillantes hallazgos sólo los deslumbren durante unos minutos, más o menos hasta el final de la clase. Pero yo lo recordaré: pa-pa-da, pa-pi-ro-ta-zo —y flexionó un poco una pierna—. Quién lo hubiera dicho. Fantástico.

Creo que me sonrojé considerablemente, y, en cuanto pude, corrí a la biblioteca para consultar el diccionario y descubrir que, en efecto, la famosa palabra *papirotazo* procedía del *papo* en que antaño se recibía el ignominioso golpe. Me sentí más impostor que nunca, pero también vi mi conciencia tranquilizada en parte, pues juzgué que mis etimologías dementes no eran mucho más disparatadas ni menos verosímiles que las verdaderas. Al menos esta me parecía casi tan estrafalaria como la improvisada. Y en todo caso, como había señalado el Destripador, este tipo de conocimientos ornamentales duraban pocos minutos, fuesen falsos, auténticos o semiverdades. A veces el saber verdadero resulta indiferente, y entonces puede inventarse.

Yo he caminado interminablemente por la ciudad de Oxford y conozco casi todos sus rincones y también sus confines de nombres esdrújulos: Headington, Kidlington, Wolvercote, Littlemore (Abingdon, Cuddesdon, ya más lejos). También llegué a conocer casi todos sus rostros de hace tres y dos años, por difícil que fuese volver a encontrarlos. La mayoría de las veces caminaba sin propósito y sin rumbo determinado, aunque bien recuerdo que durante unos diez días de mi segundo periodo lectivo allí (el que se llama Hilary y comprende ocho semanas entre enero y marzo) caminé con un propósito poco adulto y entonces —mientras duró— ni siquiera a mí mismo confesado. Fue poco antes de que conociera a Clare y Edward Bayes, y de hecho la interrupción o abandono del objetivo (sí, fue abandono) vino dado a buen seguro también por ese conocimiento de Clare Bayes y de su marido y no solamente porque el propósito se viera cumplido y a la vez frustrado una tarde de viento en Broad Street por las mismas fechas.

Unos diez días antes de que Clare y Edward Bayes me fueran presentados y empezara a tratarlos, regresaba yo de Londres —un viernes— en el último tren de la noche, que salía de la estación de Paddington alrededor de las doce. Era el tren que solía coger cada viernes o sábado a mi regreso de la capital, en la que no tenía donde quedarme a dormir a menos que lo hiciera en un hotel, y eso sólo podía permitírmelo de tarde en tarde. Normalmente prefería volver a mi casa y, si acaso, viajar de nuevo a Londres a la mañana siguiente —poco menos de una hora en un tren directo— si algo o alguien me requería allí. El último tren de Londres a Oxford no era, sin embargo, directo. La molestia que suponía cogerlo me la compensaba disponer a cambio de una hora más en la compañía de Guillermo y Miriam, un matrimonio amigo que vivía en South Kensington y que me ofrecía su conversación y su hospitalidad como etapa final de mis errabundas jornadas londinenses. Ese último tren

de la medianoche obligaba a efectuar un transbordo en la localidad de Didcot, de la cual nunca he visto más que su lóbrega estación, y siempre después del crepúsculo. Algunas veces el segundo tren, el que nos llevaba desde allí hasta Oxford con parsimonia incomprensible, no estaba sobre su vía cuando llegábamos los seis o siete pasajeros de Londres que hacíamos el enlace (la British Rail debía de considerar que los viajeros de ese tren rezagado éramos noctámbulos irredentos y que bien podíamos acostarnos todavía un poco más tarde), y entonces había que esperar en aquella estación callada y vacía y que, en la medida en que podían discernirse sus contornos en la oscuridad, parecía desgajada de la población a la que pertenecía y rodeada de campo por todas partes, como un falso apeadero.

En Inglaterra los desconocidos no suelen hablarse, ni siquiera en los trenes ni durante las largas esperas, y el silencio nocturno de la estación de Didcot es uno de los más extensos que yo he conocido. El silencio es tanto más extenso cuando está quebrado por voces o ruidos aislados y sin continuidad, como el chirrido de un vagón que de pronto se desplaza enigmáticamente unos pocos metros y se detiene, o el ininteligible grito de un mozo al que el frío despierta de su breve sesteo para ahorrarle un mal sueño, o el golpe seco y distante de unas cajas que unas manos invisibles deciden gratuitamente trasladar de sitio cuando nada urge y es todo aplazable, o el sonido metálico de un bote de cerveza que es estrujado y arrojado a una papelería, o el vuelo modesto de una hoja suelta de periódico, o mis propios pasos que entretienen la espera acercándose inútilmente al borde de la plataforma, como se llama a los andenes en Inglaterra. Unas pocas luces, separadas por decenas de metros para así evitar el despilfarro, alumbran temerosamente esos andenes aún no barridos que semejan el suelo dejado atrás por una fiesta callejera y pobre. (No serán barridos hasta la mañana por mujeres que sueñan ahora

en la ignorada Didcot.) Apenas si se distinguen los breves tramos de piedra y riel que cada una ilumina con parpadeos, y una de ellas ilumina también mi rostro que surge de un abrigo azul marino con el cuello subido y unos zapatos y tobillos de mujer cuya dueña queda en sombra. Sólo veo el bulto de su figura con gabardina, sentada, y la brasa de los cigarrillos que ella, al igual que yo, va consumiendo durante la espera, más larga esta o aquella noche que de costumbre. Los zapatos marcaban levemente un ritmo sobre el pavimento, como si quien los calzaba llevara aún en los oídos la música a cuyo son habría tal vez bailado durante su velada entera, y eran zapatos de adolescente o de bailarina ingenua, con hebilla y tacón muy bajo y la punta redondeada. Zapatos ingleses a no dudarlo, que mantuvieron mi vista vuelta hacia mi derecha e hicieron la hora inmóvil de la estación de Didcot más llevadera. Nuestros cigarrillos respectivos se juntaban en el suelo, ya colillas, los míos lanzados de un genuino papirotazo hacia el borde del andén, desde el que no resbalaban siempre, los suyos, en la misma dirección, con un movimiento del brazo semejante al de quien arroja una pelota con poca fuerza. Y al hacer ese movimiento la mano entraba en el haz de luz y yo podía ver una pulsera durante unas décimas de segundo. Yo me levantaba de vez en cuando, en parte para escudriñar la oscuridad de las vías en su lejanía, en parte para intentar ver algo más de la mujer que fumaba y llevaba un ritmo desconocido —cruzadas o no las piernas, alternativamente— con sus pies iluminados. Daba dos o tres pasos por delante de ella y volvía a mi sitio, pero lo único que lograba era ver de frente los zapatos ingleses y los tobillos perfeccionados por la penumbra. Hasta que por fin, tan sólo un par de minutos antes de que apareciera remiso y cansino el tren retrasado, fue ella la que se levantó y caminó pausadamente por el andén al tiempo que la voz enturbiada y amplificadas de un ferroviario indio, con tan fuerte acento que para un extranjero era sólo deducible lo que decía,

anunciaba la entrada del tren en Didcot y el resto de sus paradas: Banbury, Leamington, Warwick, Birmingham (¿o era Swindon, Chippenham, Bath, Bristol? No quiero mirar el mapa; en mi memoria están ambas series, quizá mezcladas). Ella se quedó ya en pie, con una bolsa pequeña en la mano, haciéndola oscilar mientras aguardaba. Yo le abrí la portezuela.

He olvidado por completo su rostro aunque no sus colores (amarillo, azul, rosado, blanco, rojo), pero sé que es la mujer que al primer golpe de vista más me ha conmovido a lo largo de mi juventud, aunque no se me escapa que este comentario sólo puede acompañar, según la tradición de la literatura y de la realidad, a aquellas mujeres que los hombres jóvenes no llegan a conocer. Tampoco recuerdo cómo le dirigí la palabra, ni de qué hablamos durante la media hora escasa que dura el trayecto entre Didcot y Oxford o sus estaciones. Quizá ni siquiera entabláramos conversación y sólo cruzamos tres o cuatro frases sueltas. En cambio recuerdo que, aunque no lo suficiente para ser una alumna, era muy joven y por tanto no muy elegante, y que el cuello de su gabardina estaba lo bastante abierto para permitirme contemplar el collar de perlas (falsas o verdaderas no sé decirlo) que, siguiendo la moda de hace unos pocos años, las muchachas inglesas más cuidadosas tenían a bien llevar aunque en lo demás fueran vestidas de la manera más informal o aparentemente imperfecta (ella era justamente esmerada, no elegante). También recuerdo que aquella mujer, por su peinado de melena corta y sus facciones hoy olvidadas, me pareció salida de los años treinta. Tal vez Will, el portero, viera así a todas las mujeres los días en que se hallara instalado en aquella década. Lo que hablamos, en todo caso, no fue lo bastante personal para que yo llegara a saber nada de ella. Puede que sus ojos claros se cerraran por la fatiga y yo no me atreviera a impedirlo. Puede que en aquella media hora de trayecto tardío mi deseo de

contemplación fuera mucho más fuerte que mi curiosidad y mi capacidad de cálculo. O puede que habláramos sólo de Didcot, de su estación tenebrosa y fría dejada atrás y a la que ambos habríamos de volver. Ella bajó en Oxford, pero yo no supe prepararme el terreno: ni siquiera le ofrecí llevarla en mi taxi.

A partir de entonces y durante unos diez días caminé por tanto por la ciudad de Oxford con el propósito o esperanza inconsciente de volver a encontrarla, lo cual no era demasiado improbable si ella no había ido allí de visita y allí vivía. Estuve en las calles aún más tiempo que de costumbre, y cada día que pasaba su rostro se me iba difuminando más o confundiendo con otros, como suele suceder con las cosas que uno quiere recordar y se empeña en recordar, con todas aquellas imágenes ante las que la memoria no se muestra respetuosa (es decir, pasiva). No es de extrañar, así, que hoy no vea ninguno de sus rasgos —es un cuadro inacabado, con volúmenes trazados pero no pintados, los colores decididos pero sólo en su mancha— pese a haberla visto con certeza una segunda vez y creo que una tercera y quizá incluso una cuarta. Pero esa vez que fue cierta —diez días después— fue todo muy rápido y además había viento. Yo salía de la librería Blackwell's con menos tiempo del justo para llegar a tiempo a una de mis clases de traducción con el exigente Dewar. Apreté el paso mirando al frente en medio de un vendaval que se había desatado mientras yo permanecía curioseando en Blackwell's. Di una veintena de pasos y a la altura de Trinity College me crucé con dos figuras femeninas que también iban apresuradas, las cabezas sumisas para esquivar el viento. Sólo cuando había dado cuatro o cinco pasos más (y a ella la espalda) la reconocí y me di la vuelta. Lo que más me sorprendió fue que también ella y su amiga, quienes a su vez habían dado otros cuatro o cinco pasos desde el momento de nuestro cruce, se habían detenido y vuelto. A esa distancia de ocho o diez pasos

nos vimos verdaderamente. Ella sonrió y gritó, más para darse a reconocer que reconociéndome: ‘¡En el tren! ¡En Didcot!’ Yo dudé durante un segundo si acercarme o no, y mientras dudaba la amiga le tiró de la manga y la instó a seguir su camino. La falda se la agitaba el viento, y también la melena corta. Lo recuerdo porque durante aquellos brevísimos instantes en que estuvo parada en Broad Street y gritó ‘¡En el tren! ¡En Didcot!’, tenía una mano en el pelo, quitándoselo de la frente, y la otra en la falda, sujetándosela contra el tiempo. ‘¡En el tren! ¡En Didcot!’, repetí yo confirmándole mi reconocimiento (los faldones de mi abrigo azul batiendo contra mis piernas); pero para entonces la odiosa y acuciante amiga cuya cara no vi se la llevaba ya en la dirección opuesta a la que yo seguiría inmediatamente, hacia Dewar y la Tayloriana. No la volví a ver con certeza en el resto del año ni tampoco al siguiente, al término del cual dejé Oxford, aunque no para regresar —no todavía— del todo a Madrid, como ahora ya es seguro que he hecho. Lo que más lamento es no haberme podido fijar, aquella segunda vez cierta, en sus zapatos ingleses ni en sus tobillos, que sin duda se me habrían aparecido fragilizados por el viento. Estaba demasiado atento al precavido vuelo de su falda.

Los zapatos que usaba Clare Bayes no eran nunca ingleses, sino siempre italianos, y jamás se le vio en ellos tacón bajo ni hebilla ni punta redondeada. Cuando venía a mi casa (en no tantas ocasiones) o acertábamos a llegar a la suya juntos (con aún menor frecuencia) o nos encontrábamos en un hotel de Londres o Reading o incluso Brighton (sólo una vez en Brighton), lo primero que solía hacer era despojarse de ellos valiéndose de los empeines y lanzarlos de sendos puntapiés contra las paredes, como persona que tenía innumerables pares y a la que nada importaba que se destruyeran. Yo los recogía inmediatamente y los ponía fuera del alcance de nuestra vista: la visión de unos zapatos vacíos me hace imaginar sobre ellos a la persona que los ha llevado o podría llevarlos puestos, y verla de hecho a mi lado —*fuera* de los zapatos— o no verla en absoluto me desazona terriblemente (por eso, para mí, contemplar el escaparate de una zapatería tradicional supone la figuración automática de multitudes firmes, incómodas y estrechadas). Clare Bayes tenía esta costumbre —al parecer adquirida durante algunos años de su infancia pasados en Delhi y El Cairo— de andar descalza sobre cualquier tipo de suelo (pero en Inglaterra casi todo es moqueta), y por eso el recuerdo de sus piernas que en mí predomina no es —como será para tantos otros— el de unas piernas un poco musculadas y recias, como se le veían con sus tacones altos, sino más bien el de unas piernas esbeltas y casi pueriles en sus movimientos, como se le veían cuando estaba descalza. Fumaba y hablaba durante horas echada en mi cama o en la suya o en la de un hotel, con la falda puesta siempre, y siempre por tanto subida, mostrando sus muslos y la parte más oscura de sus medias completas hasta la cintura, o bien sus muslos sin nada. Las medias se las rayaba a menudo, pues no era cuidadosa en sus movimientos, y a veces se las descubría quemadas por la rozadura fugaz e insensible de sus cigarrillos, que esgrimía con una gesticulación de las manos insólita en

Inglaterra (quizá aprendida en los países meridionales de su niñez), y al son, por tanto, de las varias pulseras que adornaban sus antebrazos y que no siempre se quitaba. (No era extraño que soltara mil pavesas.) Todo en ella era expansivo, excesivo, un ser nervioso, uno de esos seres para los que no está hecho el tiempo, para los que la propia noción de tiempo y de paso es un agravio, necesitados como están de fragmentos de eternidad para cualquier cosa, o, dicho de otra forma, de contenidos eternos para llenar y desbordar el tiempo. Más de una vez por esta causa, por esta eternización de lo que hubiéramos iniciado, corrimos el riesgo de que Edward Bayes, su marido, tuviera que ver con sus propios ojos el dorso o estela de lo que seguramente sabía y procuraba desechar o acaso olvidar de continuo. Era yo, por consiguiente, quien tenía que interrumpir siempre las divagaciones interminables de Clare Bayes, su contenido eternizable de cualquier tiempo, sus comentarios o verborrea infinita mientras permanecía echada en la cama, fumando, haciendo ademanes, pontificando, cruzando las piernas, abriéndolas, encogiéndolas, ensalzando o despotricando de su pasado y de su presente, saltando de un plan a otro para su futuro más inmediato, sin que ningún plan fuera nunca llevado a cabo. Era yo quien tenía que poner el despertador o mirar el reloj en la mesilla de noche y decidir que habíamos de separarnos, o estar atento (en Oxford) a las obsesivas campanas de Oxford, que dan las horas y las medias y los cuartos y también repiquetean desconsideradamente al caer la tarde; y apresurarla, buscar los zapatos escondidos tras su llegada y alisarle la falda y ponérsela recta, rogarle que no olvidara el paraguas ni el broche pinchado en la alfombra ni el anillo dejado sobre el lavabo ni la bolsa con peregrinas compras que siempre traía consigo, dondequiera que nos encontráramos y aunque fuera domingo (en su casa tirar las colillas y ayudarla a cambiar sus sábanas y abrir la ventana y lavar mi vaso). Clare Bayes llevaba de todo, y todo lo desplegaba allí donde llegara como si

allí fuera a quedarse la vida entera, cuando a veces no disponíamos ni de una hora, entre una clase mía y una clase suya. (Al final me quedé con un par de sus pendientes, que nunca logró sacar de mi casa.) Por fortuna — por educación— era incapaz de salir a la calle sin maquillaje, y su pelo consistía en una larga melena artificialmente aselvajada sobre la que mis caricias o el prolongado contacto o aplastamiento contra una almohada no podían hacer demasiados estragos. No tenía que peinarla antes de nuestra despedida, pero sí vigilar que su particular eternidad instaurada y mantenida durante el rato que había estado en mi compañía se le hubiera despintado del rostro, vigilar que éste no estuviera encendido ni sus ojos esfumados. Ver que se le hubiera disipado el contento (las distancias en Oxford son muy cortas y en ellas no da tiempo ni a mudar el semblante). Para conseguirlo sólo tenía que practicar brevemente con ella el ejercicio intelectual que propicia el adulterio: ayudarla a inventar historias sin grietas para Edward Bayes y cuidar de que no incurriera en contradicciones al relatarlas, aunque ella juzgaba tal ejercicio innecesario y le daba fastidio (su expresión ensombrecida siempre al decir adiós por causa de mi insistencia). Ella era negligente y ligera y risueña y olvidadiza, y si yo fuera Edward Bayes —pensaba yo entonces— no me costaría mucha urdimbre ni esfuerzo averiguar cada uno de sus pensamientos y cada uno de sus pasos dados. Pero yo no era Edward Bayes, y quizá, de haberlo sido, las actividades e intenciones de Clare Bayes me habrían resultado absolutamente impenetrables. Quizá no habría querido saberlas, o me habría contentado con imaginarlas. En todo caso era yo quien tenía que poner todo en orden tras su paso acalorado, y poco menos que sacarla a empujones de mi casa piramidal (cada piso más estrecho) o del hotel que hubiéramos visitado, o que zafarme de su pegajosidad momentánea de última hora (la pena del tiempo que acaba) y neutralizar sus temeridades cuando me había atrevido a pisar la suya

mientras Edward Bayes estaba ausente. (El adulterio lleva mucho trabajo.)

Clare Bayes no tenía apenas escrúpulos, pero quien la conociera tampoco podía exigirselos, pues en buena medida su gracia residía precisamente en su falta de consideración para con los demás y para consigo misma. Clare Bayes me hacía reír con frecuencia, que es lo que más aprecio, pero sé que nunca tuve por ella —ni tampoco, creo, ella por mí— una debilidad lo bastante prolongada o firme para estar en peligro de ninguna clase (si no era Edward Bayes, tampoco estuve nunca en peligro de suplantarlo). Siempre me ha parecido un exceso de ingenuidad pensar que nadie —porque nos ama, esto es, porque *a solas* ha *determinado* amarnos transitoriamente y *luego* nos lo ha *anunciado*— va a comportarse con nosotros de manera distinta de como lo vemos comportarse con los demás, como si nosotros no estuviéramos destinados a ser los demás inmediatamente después de la determinación solitaria y la anunciación del otro, como si de hecho no fuéramos siempre también los demás además de nosotros. Lo que menos habría deseado en el mundo —al menos en los quebradizos días en que viví en Oxford, con una identidad brumosa— habría sido verme tratado por Clare Bayes como se veía tratado Edward Bayes, o su padre, o el propio e irónico Cromer-Blake, que era a la vez paternal y filial con ella, mientras que su padre era sólo paternal y su marido sólo marital con ella. Yo supongo que fui fraternal eminentemente, como ha solido ser mi tendencia con las mujeres que he conocido bien, sin duda por no haber tenido hermanas y haberlas echado en falta. Lo cierto es que Clare Bayes fue alguien a quien veía de manera espaciada pero observé de cerca, y aunque no deseo hablar mal de ella o —digamos— decir cosas que puedan aparecer como negativas al entendimiento de quienes por mí las sepan, me puse suficientes veces en el lugar de los otros —de su padre, de Edward Bayes,

del propio e irónico Cromer-Blake— para saber de cierto que carecía de miramientos. Sobre todo me ponía en el lugar de Bayes, y recuerdo un 5 de noviembre, nueve meses después de que nos conociéramos —recuerdo la fecha porque ese día es el día de Guy Fawkes en Inglaterra, y desde la ventana del despacho de Clare Bayes, en All Souls, en Catte Street, frente a la antigua Bibliotheca Bodleiana y la Radcliffe Camera, veía a los niños ingleses pidiendo peniques para el pelele que ese día confeccionan con trapos, cuerdas y ropas viejas para representar al ahorcado conspirador Guy Fawkes y que a la noche queman en las hogueras: este recuerdo es un efecto de lo real—, en que Clare Bayes me confundió con su marido, tan en su lugar llegué a ponerme (en su lugar atribuido, quizá nunca ocupado).

Habíamos quedado allí los cuatro, Bayes, Cromer-Blake, ella y yo, para ir a almorzar, y yo había sido el primero en llegar a la cita en Catte Street, con veinte minutos de deliberada antelación. La noche anterior Clare Bayes y yo habíamos estado en un hotel de Reading hasta demasiado tarde, tanto que, en contra de nuestra costumbre cuando nos desplazábamos a la ciudad vecina, habíamos regresado en el mismo tren (sólo cuando Edward Bayes estaba ausente cogíamos el coche de Clare, y cuando no lo estaba viajábamos siempre en trenes distintos, a la ida y a la vuelta, a Londres o a Reading). Habíamos llegado por tanto juntos a la estación de Oxford y habíamos caminado juntos bajo una luna pulposa y móvil, de cara al viento, hasta separarnos en una esquina aún distante de nuestras respectivas casas. Durante el trayecto en el tren también habíamos ido sentados juntos, pues, siendo amigos a los ojos del mundo, lo contrario habría resultado aún más extraño para quienes pudieran habernos visto. Nos había visto sin duda un miembro del departamento de ruso llamado Rook. Iba, sesteante y desparramado, como único pasajero del vagón de primera al que habíamos subido creyéndolo vacío desde el

andén. Nos vio y lo vimos cuando ya avanzábamos por el pasillo entre risas comprometedoras o demasiado francas para Inglaterra, y él, con una presumible inclinación de su hundida cabeza, dijo ‘Mrs Bayes’ primero, dirigiéndose a Clare, y luego —sin duda porque no sabía pronunciar mi nombre, o le costaba memorizarlo— ‘Buenas noches’ sin más, dirigiéndose a mí. Seguimos adelante hasta el asiento más alejado del que ocupaba Rook, pero ya no nos atrevimos a hablarnos más que con frases cortas y neutras y en voz muy baja. Luego, mientras por vez primera caminábamos solos y juntos por las calles de Oxford bajo la luna pulposa y móvil y de cara al viento, oímos sus pasos a poca distancia, detrás, resonando al mismo ritmo que los nuestros, o eso creímos —creímos que eran los suyos, y no el eco—. No nos dimos la vuelta ni cruzamos palabra hasta la despedida, y entonces dijimos tan sólo ‘Adiós’, sin pararnos y sin mirarnos (la tristeza de lo secreto). Yo no oí ya más pasos que los de Clare Bayes con prisa durante un instante alejándose, ella no debió de oír los cansados míos.

Este Rook era notorio porque llevaba doce años haciendo una nueva traducción de *Anna Karenina* y porque había conocido y tratado a Nabokov durante un curso que pasó en América. Su traducción iba a ser —nadie había visto aún una línea, ni siquiera el editor— canónica e incomparable, empezando por la fundamental innovación en el título, pues lo adecuado, según Rook y según Nabokov —a quien se refería invariablemente como ‘Vladimir Vladimirovich’ para dejar bien clara su familiaridad con él y con las formas apelativas rusas—, era *Karenin* y no *Karenina*, ya que Anna no era una bailarina, una cantante ni una actriz, únicas mujeres, por muy rusas que fueran, a las que en un texto en inglés o en cualquier otra lengua occidental sería admisible feminizar el apellido. Él y yo habíamos coincidido más de una vez en la Senior Common Room o sala de profesores de la Tayloriana mientras

haraganeábamos fingiendo ultimar la preparación de nuestras respectivas lecciones a base de tazas de café caquéctico y alguna que otra ojeada desaplicada o llena de odio al docto contenido de nuestras carteras. Rook —un hombre de cabeza gruesa y cuerpo tenue, un cabezón, en suma— estaba siempre dispuesto a contar de Nabokov o a ilustrarme sobre Lermontov o Gogol, pero su vida personal era una incógnita para los demás miembros de la congregación. Por eso mismo podía atribuírsele impunemente cualquier hábito o característica, y su fama era de descomunal chismoso. Tener esta fama en Oxford no significa nada en realidad, ya que lo extraordinario es no tenerla: quien no sea maldiciente o por lo menos malicioso lleva allí una existencia tan marginal y desacreditada como quien provenga de otra universidad que no sea Cambridge o la propia Oxford. Y nunca se adaptará, porque nunca será aceptado. Lo único que interesa de veras en la ciudad de Oxford es el dinero, seguido a cierta distancia por la información, que siempre puede ser un medio de obtener dinero. No importa que la información sea importante o superflua, útil o baladí, política o económica, diplomática o epistemológica, psicológica o genealógica, familiar o ancilar, histórica o sexual, social o profesional, antropológica o metodológica, fenomenológica, tecnológica o directamente fálica; pero quien quiera sobrevivir allí debe poseer (o conseguir de inmediato) información transmisible de alguna clase. Transmitir información sobre algo, es, además, la única manera de no tener que transmitirla sobre uno mismo, y así, cuanto más misantrópico, independiente, solitario o misterioso sea un oxoniense, más información sobre los otros se supondrá que suministra a esos mismos otros para hacerse perdonar su reserva y ganarse el derecho a silenciar su intimidad. Cuanto más sepa y cuente uno sobre los demás, mayor dispensa tendrá para no contar nada acerca de sí mismo. Todo Oxford, por consiguiente, está plena y continuamente dedicado a

ocultarse o escatimarse y a la vez a averiguar la mayor cantidad posible de datos acerca de los demás, y de ahí vienen la tradición —cierta— y la leyenda —cierta— de la gran calidad, eficacia y virtuosismo de los *dons* o profesores de Oxford y Cambridge en las tareas más sucias del espionaje y de su perpetua y disputada utilización por parte de los gobiernos británico y soviético como prestigiosos agentes sencillos, dobles y triples (los oxonienses tienen el oído más fino, los cantabrigenses son más ruines). Esta situación hace, sin embargo, que el mencionado privilegio de silenciar la propia intimidad se reduzca literalmente a eso, es decir, a ahorrarse la humillación y el sonrojo de tener que confesarla o airearla personalmente, ya que, justamente por la necesidad que todo el mundo tiene de dar información sobre los otros para no tener que darla sobre sí mismo, esa información que cada uno se evita dar la codician, espían, persiguen, rastrean, consiguen y acaban dando los otros (una multitud) para a su vez evitarse dar la que tienen sobre sí mismos. Algunos espíritus débiles (pocos) dan la batalla por perdida desde el principio y cantan de plano sus interioridades con reprochable falta de resistencia y pudor. Esto no está muy bien visto, por lo que tiene de actitud franca y desenvuelta y de heterodoxia en el juego, pero se consiente, por lo que tiene de rendición incondicional y sometimiento abyecto. En cambio algunos virtuosos logran, pese a todo, mantener en secreto sus hábitos, vicios, gustos y prácticas (quizá a costa de renunciar a todo hábito, todo vicio, todo gusto y toda práctica), lo cual no es obstáculo para que se les inventen y atribuyan los más variados; pero la propia variedad y contradicción resultante de los incongruentes y abigarrados informes hace desconfiar de la veracidad de éstos, y a veces los virtuosos (pero hay que ser *muy* virtuoso) se salen con la suya y nadie sabe nada de ellos a ciencia cierta. Rook era sin duda un virtuoso eminente (un maestro, como si hubiera tenido también un entrenamiento

soviético): aparte de su absoluta entrega a la traducción ciclópea y sus pasados tratos con Vladimir Vladimirovich en las antiguas colonias, nada se sabía de él (su vida personal era un blanco), y por tanto se daba por descontado que, a cambio, cuanto él supiera pasaría a formar parte del saber científico-popular en cuanto él lo supiera.

A la mañana siguiente de haberlo visto desmoronado y adormecido en el tren de Londres y de haber creído escuchar sus pasos detrás de nosotros por las calles ventosas de nuestra ciudad vacía, Clare Bayes estaba leyendo tranquilamente el periódico cuando yo llegué a su despacho de Catte Street con veinte minutos de antelación. (Me abrió la puerta con un dedo metido entre dos páginas. No me besó.) Parecía haber dormido lo suficiente y yo no había dormido apenas, por lo que me fue imposible buscar preámbulos antes de hacerle la pregunta que yo me había hecho repetidas veces durante la noche sin sueño (‘¿Le habrá dicho o no le habrá dicho a Ted que anoche estuvo en Reading?’).

—Claro que no, él tampoco me ha preguntado.

—Estás loca. Es peor. Si no lo sabe ya, lo sabrá en seguida por Rook.

—Por Rook directamente no. Apenas si se conocen.

—Aquí todo el mundo apenas si conoce a los otros, pero eso no les impide dirigirse la palabra a todas horas y darse a entender lo primero que se les pase por la cabeza. Bastaría con que Rook hubiera coincidido esta mañana en un pasillo o en la calle con Ted. Dígale a su mujer, por cierto, que tenía la intención de haberla acercado en mi taxi anoche desde la estación. Viajamos en el mismo tren desde Reading, pero salió tan rápido que no me dio tiempo a ofrecérselo. Supongo que la acompañaría el caballero español, de todos modos. Muy educado, ese caballero español, he cruzado algunas frases con él. Basta con eso y ya tendrás preparada una lista de preguntas que no sé cómo vas a responder.

—¿Qué preguntas? Ted hace pocas preguntas. Espera a que se le

cuenta. No hay que preocuparse tanto.

Era siempre yo quien se preocupaba por ella. Yo hacía mi papel y también a veces hacía el de ella. Ahora hacía los tres, el mío, el de ella y el de Edward Bayes, o el que no hacía Edward Bayes, según ella.

—¿Qué preguntas? ¿Qué hacías anoche en Reading con nuestro caballero español? ¿De dónde veníais? ¿Por qué salisteis a toda prisa de la estación? Os vio Rook. ¿Por qué no me dijiste que ibas a Reading? ¿Por qué no me dijiste que habías estado en Reading? Rook te vio. Rook. Reading.

—Ya saldría del paso.

—Sal ahora. Dime cómo contestarías a estas preguntas. Son preguntas concretas, simples, conyugales.

Clare Bayes estaba, como siempre, descalza. Se había sentado detrás de su mesa de trabajo con el periódico en la mano (el índice aún metido entre las páginas: me pregunté qué estaría leyendo para no abandonarlo) y yo estaba de pie, con los codos apoyados en la ventana que quedaba frente a ella. Desde allí veía bien las puntas de sus dedos, oscurecidos por la parte más oscura (la puntera, digamos) de sus oscuras medias. Asomaban por debajo de la mesa, sobre la moqueta. Tenía ganas de tocarle los pies oscuros, pero Edward Bayes o Cromer-Blake podían llegar en cualquier momento. Clare Bayes me veía a contraluz. Con la otra mano fumaba. Tenía el cenicero lejos.

—Ted puede llegar en cualquier momento —dije—, y si se ha encontrado a Rook esta mañana puede hacernos esas preguntas a los dos en cuanto aparezca por la puerta. Es mejor que pensemos algo en seguida, yo me he pasado la noche pensando respuestas. ¿Te encontraste conmigo en Reading? ¿En la estación de Reading? ¿Por qué volviste tan tarde? ¿A qué habías ido? De compras no, ¿qué se puede comprar en Reading?

—Eres un imbécil —me dijo Clare Bayes—. Por suerte tú no eres mi

marido. Eres un imbécil con mente detectivesca, y con esa clase de imbécil no se puede estar casado. Por eso tú nunca te casarás. Un imbécil detectivesco es un imbécil listo, un imbécil lógico, los peores, porque la lógica de los hombres, en vez de compensar su imbecilidad, la duplica y la triplica y la hace ofensiva. La imbecilidad de Ted no es ofensiva, y eso es lo que me permite y hace que me guste vivir con él. Él la tiene asumida, y tú todavía no. Eres tan imbécil que aún confías en la posibilidad de no serlo. Aún te esfuerzas. Él no.

—Todos los hombres somos imbéciles.

—Todo el mundo es imbécil. Yo también. —Con el dedo índice soltó ceniza de su cigarrillo, pero calculó mal y cayó sobre la moqueta, junto a sus pies descalzos. Yo miraba los pies deseados y oscuros y miraba la ceniza, esperando el momento en que aquéllos la pisarían y se mancharían de gris—. Si tú fueras Ted no me harías esas preguntas porque sabrías que yo podría contestártelas o no contestártelas y que a la larga daría lo mismo, uno busca la paz con la persona con la que vive mientras comparte con ella la vida diaria. Si te las contestara podría mentirte (y tendrías que aceptar la mentira como verdad) o decirte la verdad (y no estarías seguro de querer la verdad). Si no te las contestara podrías seguir insistiendo y yo podría enfadarme y discutir contigo o hacerte reproches y seguir sin contestar, o bien mirarte perpleja y quedarme callada durante días y seguir también sin contestar, hasta que te cansaras de mi mirada y de no oír mi voz. Nos condenamos siempre por lo que decimos, no por lo que hacemos. Por lo que decimos o por lo que decimos que hacemos, no por lo que dicen los otros ni por lo que hemos hecho. No se puede obligar a nadie a contestar a nada, y si tú fueras Ted o estuvieras casado lo sabrías muy bien. El mundo está lleno de bastardos ignorados que heredan las fortunas o la miseria de quienes no los engendraron. Ningún hombre ha sabido nunca si era padre de sus

hijos, a pesar de los parecidos. En los matrimonios nadie contesta a lo que no quiere, y por eso acaban preguntándose poco. Algunos ni se hablan, no es raro encontrarlos.

—¿Y si a Ted le diera por ser hoy como yo y pese a todo preguntara? ¿Qué le dirías si al entrar por esa puerta te sometiera a interrogatorio? ¿Qué hacíais anoche juntos en Reading? ¿De dónde veníais? ¿Os habéis acostado? ¿Sois amantes? ¿Os acostáis? ¿Desde cuándo?

—Eres un imbécil, eso le diría, lo mismo que a ti.

Dejó el periódico y se levantó y pisó la ceniza que había seguido tirando sin darse cuenta junto a sus pies. Se acercó a donde yo estaba y entonces yo me di la vuelta y los dos miramos en silencio por la ventana: había sol y nubes; su pecho rozaba mi espalda; los niños ingleses pedían peniques para su pelele ahorcado en los escalones de la Radcliffe Camera. Abrí la ventana y les lancé una moneda cuyo tintineo sobre el suelo de piedra hizo que cuatro de ellos volvieran la cabeza hacia nuestro lado; pero yo ya había cerrado y sólo podrían adivinarnos tras los cristales. Clare Bayes me acarició la nuca con la mano y mi zapato con uno de sus pies descalzos. Pensé que pensaría en su hijo. Mi zapato se manchó de gris.

Esto es lo que escribió Cromer-Blake en su diario aquel 5 de noviembre y yo traduzco y transcribo hoy:

‘Lo que más me sorprende es que la enfermedad no me impida de momento interesarme por las cosas de los demás. He decidido comportarme como si no me sucediera nada y no decir nada a nadie excepto a B, y a B sólo si se confirmara lo peor. Eso no resulta difícil, una vez tomada la decisión. Pero lo raro no es que sepa comportarme secretamente y como es debido, sino mi propio interés inmutable por cuanto me rodea. Todo me importa, todo me afecta. En realidad no tengo que disimular, porque no logro convencerme de que esto pueda o vaya a pasarme a mí. No logro hacerme a la idea de que según como sean las cosas podría acabar ¡muriéndome!, y de que si eso sucediera (cruzo los dedos) dejaría de enterarme de lo que seguiría sucediendo a partir de entonces a los demás. Como si me quitaran de las manos un libro que estoy leyendo con curiosidad infinita. Es inconcebible. Aunque si sólo fuera eso no sería grave, lo malo es que tampoco habría ya otros libros, la vida como código único.

La vida es aún medieval.

A mí, desde luego, no me sucedería nada más, me habría sucedido mi muerte, es bastante suceder. No logro hacerme a la idea, y por eso no quiero volver todavía al médico ni que me vea Dayanand, quien con su ojo clínico terrible debe ya sospechar algo sobre mi estado de salud. Y por eso me importa tanto lo que entonces ya no me importaría, qué será de B (no puedo imaginar no asistir a su vida, la muerte no nos quita sólo nuestra propia vida, sino las vidas de los demás), y del propio Dayanand, y de Roger, y de Ted, y de Clare, y de nuestro querido español. Hoy los vi, estaban juntos, recién salidos de un abrazo, al lado de la ventana, menos amorosos que divertidos, y también un poco melancólicos, como

si lamentaran no poder quererse más. Fue una suerte que llegara yo primero, y no Ted. No sé qué pretenden, o qué pretende Clare, ni por qué me han hecho su confidente y un poco su encubridor, preferiría estar en la misma ignorancia que Ted. El otro día vino a verme Clare a mi despacho entre dos lecciones, más nerviosa que de costumbre y con grandes prisas por hablar. Sólo le di tres minutos que fueron seis (el joven Bottomley impaciente y esperando al otro lado de la puerta con expresión arrogante y crítica), durante los cuales no dijo nada muy concreto ni coherente pero no paró de hablar de Ted, parecía que fuera lo único que le importaba en el mundo. Luego no llamó para ampliar la conversación, silencio, nada. Y hoy, en cambio, durante el almuerzo, de pronto noté un pie, su pie, en mi pantorrilla derecha por debajo de la mesa, para mi gran asombro. El pie de Clare acariciando mi pantorrilla. Por suerte estábamos en Halifax, donde los manteles son largos. En seguida comprendí que lo que andaba buscando era la pierna izquierda de nuestro español, que estaba sentado a mi lado, así que, mirándola con los ojos muy abiertos y ligero reproche, le cogí el pie disimuladamente y se lo llevé hasta su verdadero y ansiado destino, la rodilla extranjera. Luego, claro, me desentendí de lo subterráneo, de hecho saqué rápidamente un nuevo tema de conversación con Ted, temeroso de que se diera cuenta de lo que pasaba en las profundidades. Fue de lo más violento y a la vez de lo más divertido, lo cual me hace sentirme culpable. Estoy preocupado por todos ellos, por los tres, y me pregunto cómo va a terminar esto. Aún nos quedan meses, sólo estamos a mitad de Michaelmas. Pero no puedo evitar ver el lado cómico del asunto, a pesar de mi amistad de años con Ted, de mi preocupación general por Clare y de mi enfermedad. Con todo eso, lo primero que le he contado esta noche a B ha sido el malentendido de las extremidades, como el gran acontecimiento de la jornada o el que más podía entretenerle de sus insatisfacciones. Sigo igual que siempre,

oscilando entre la ira y la risa que me producen las cosas, sin término medio, son mis dos maneras complementarias de relacionarme con el mundo y andar por él. O me enfurezco o me río, o ambas cosas a la vez, y ambas en mi interior. No cambio. La enfermedad debería hacerme cambiar, ser más reflexivo y más tibio. La enfermedad, sin embargo, no me enfurece ni me hace reír. Si sigue avanzando, si se confirma (vuelvo a cruzar los dedos), me observaré. Estoy asustado.’

Cromer-Blake fue mi guía y mi protector en la ciudad de Oxford, y fue él quien me hizo conocer a Clare Bayes a los cuatro meses de mi llegada, nueve antes de aquel 5 de noviembre, en una de las grandilocuentes cenas que allí se conocen como *high tables*. Estas cenas tienen lugar en los enormes refectorios de los diferentes *colleges*, y cada *college* celebra la suya una vez a la semana. Si se llaman literalmente *mesas altas* es más porque la mesa a la que se sientan los anfitriones con sus correspondientes invitados está sobre una tarima y preside sobre las demás (en las que los estudiantes cenan con sospechosa rapidez y salen huyendo según terminan, dejando cada vez más solos a los comensales alzados y evitándose así el espectáculo que éstos acaban dando) que porque la calidad de las viandas o de las conversaciones sea muy elevada. Son cenas de etiqueta (oxoniense), y para los miembros de la congregación es obligado asistir a ellas con la toga puesta. En principio son también muy formales, pero su larguísima duración permite la aparición y desarrollo de un grave deterioro en los modales, vocabulario, dicción, fluidez expositiva, compostura, sobriedad, atuendo, comedimiento y general comportamiento de los comensales, que suelen ser unos veinte. En los inicios todo es solemne y todo está regulado hasta en el menor detalle. Los comensales, que en su mitad son miembros del *college* que celebra su cena y en su otra mitad miembros de otros *colleges* (más algún forastero o extranjero de paso) a los que aquéllos han invitado con la esperanza de ser invitados posteriormente por éstos a sus respectivos *colleges* (de tal forma que la composición de las diferentes *high tables* varía poco y los comensales vienen a ser casi siempre los mismos, sólo que unas veces cenan en un *college* y otras en otro, y algunos acaban cenando juntos diez o doce veces a lo largo del curso y acaban por tanto odiándose o no sufriéndose), deben reunirse previamente en un elegante saloncito contiguo donde disfrutan de un

rápido sherry, y sólo cuando todos han llegado se procede a pasar al refectorio (nunca a las siete en punto, como está estipulado) en fila de a dos (cada anfitrión con su invitado) y en orden estrictamente jerárquico dentro del *college*. Recordar en un instante la antigüedad y títulos de diez o doce personas de mérito y puntiliosidad extrema no resulta fácil, por lo que ya antes de entrar suele haber alguna que otra discusión o rencilla, empujón, zarandeo o codazo, por culpa de los miembros o *fellows* ambiciosos u olvidadizos que, por así decirlo, intentan torpedear el protocolo y colarse en la fila para ganar prestigio. Los estudiantes, que aguardan (hambrientos) ya sentados en el comedor, se levantan hipócrita y respetuosamente al ver desfilar por fin a los entogados *dons* y a sus ocasionales y desconcertados acompañantes foráneos, todos los cuales ponen las manos religiosamente sobre el respaldo de los asientos que previamente les han sido asignados. El *warden* o director o administrador del *college* (con frecuencia un miembro bostezante de la nobleza) preside la mesa alzada que a su vez preside sobre las demás mesas, por lo que preside dos veces, y ya antes de que nos sentemos da comienzo al aspecto más sensible de su doble presidencia, esto es, a su inexcusable serie de mazazos y latinajos, que se prolongará, para nuestro sobresalto y terror de los extranjeros, a lo largo de toda la cena. Pues dicho *warden* tiene preparado a su vera un pequeño mazo (así como una peana de madera adosada a la mesa para atraer al mazo, como las de los jueces) que le sirve para dar la cena por inaugurada, decidir y anunciar los numerosos cambios de vino y plato y jugar distraída y peligrosamente con él cuando le aburre el entorno (casi siempre). Una vez que ha pronunciado la primera oración en latín anglicado, con la totalidad del refectorio en pie y en medio de un silencio que huele a incensario, el golpe seco del primer mazazo y la consiguiente vibración de la cristalería fina dan paso al estruendo de los ávidos *dons* y aún más ávidos estudiantes tomando

asiento, vociferando, disputándose el favor de los camareros y abalanzándose con sus empuñadas cucharas sobre la sopa o el caldo y con sus rojizas manos sobre las copas de vino rojo. Está estipulado que cada comensal (alzado) hable durante siete minutos con la persona que tiene a su derecha o izquierda, según se formen las iniciales parejas, para luego dedicarle cinco a quien esté a su otro lado, y así en calculada alternancia durante las dos horas que dura la primera fase de la *high table*. Está terminantemente desaconsejado, en cambio, dirigirle la palabra a quien se sienta enfrente, a menos que tanto uno como otro comensal hayan sido víctimas al mismo tiempo de un error de cronometraje por parte de sus vecinos y se hayan quedado sin interlocutor momentáneamente, lo cual es una situación muy desairada en Oxford, si no un vejamen. Los profesores de Oxford son, por tanto, expertos en hablar, comer, beber y contar los minutos simultáneamente, las tres primeras cosas a gran velocidad y la cuarta con enorme precisión, pues a una orden en forma de latinajo y mazazo del caprichoso *warden*, los camareros procederán a retirar con diligencia los platos y el vino de todos los comensales sin importarles que aquéllos estén rebañados, vacíos, medio llenos o aún sin tocar. En mis primeras *high tables* apenas si probé bocado, ocupado como estaba en calcular los minutos transcurridos y en dar simulacros de conversación a derecha e izquierda con imperfecta paridad duodecimal. Los camareros me arrebatan, uno tras otro, mis platos intactos, y también mis vasos, éstos sí vaciados y aun apurados, pues en mi desesperación cronológica y dialogal lo único que acertaba a hacer entre frase y cómputo era darme a la bebida incontinentemente.

Clare Bayes, en aquella mi segunda *high table*, me observaba de reojo desde el otro lado de la mesa, casi enfrente de mí, entre divertida y compadecida de mis gestos de desaliento cuando veía desaparecer de mi vista abundantes platos que no había tenido tiempo ni de considerar, pese

a mi embriaguez y mi hambre que iban siempre en aumento (me recuerdo, eso sí, con el tenedor y el cuchillo inmóviles permanentemente en las manos y dispuestos a todo, pero cada vez que iba a cortar o a pinchar un pedazo de algo me acordaba de mirar el reloj o notaba cómo el comensal de mi derecha empezaba a mascullar palabras ininteligibles — maldiciones y tacos seguramente— o a hacer demasiado estrépito al comer —alguna vez me pareció oír gárgaras— para así advertirme que estaba esperándome con impaciencia, acabado ya el turno con su anterior interlocutor). Los platos principales que componían la primera fase de la cena eran tres o cuatro o cinco (según la riqueza o tacañería del *college*), y consumirlos llevaba, más que nada debido a las largas pausas entre uno y otro (durante las que nos quedábamos descarnadamente a solas con nuestras copas de vino), alrededor de dos horas, como he dicho. Así, durante esas dos primeras horas uno estaba condenado a hablar tan sólo con dos personas, de las cuales una era siempre el colega que había cursado la invitación —a la izquierda— y la otra la determinaba la suerte, o, mejor dicho, la generalmente mala voluntad del *warden*, encargado de distribuir los puestos. En aquella cena mi anfitrión era Cromer-Blake, y me advirtió que a mi derecha tendría a un joven y prometedor economista cuyo único defecto (en una *high table*) era que sólo consentía en entablar conversación sobre el tema acerca del cual había versado su aún reciente tesis doctoral.

—¿Y cuál es ese tema? —pregunté mientras buscábamos entre empellones nuestro lugar en la fila de a dos, antes de entrar en el refectorio.

Cromer-Blake se tocó el pelo canoso, como solía hacer antes de contestar a cualquier pregunta o dar una opinión o relatar una anécdota, y me contestó sonriendo:

—Bueno, digamos que es un tema de lo más inusitado. Pero estoy

seguro de que tendrás tiempo de sobra para averiguarlo.

Aquel joven economista, de nombre Halliwell, era obeso y bermejo y llevaba un bigotito militar pero ralo —sietemesino, o de estreno precipitado—, y no tenía, en efecto, la menor curiosidad por saber nada acerca de mi persona ni de mi país (normalmente un buen recurso, mi país, para las charlas alzadas), por lo que fui yo quien tuvo que comenzar un interrogatorio de cortesía que al cabo de no más de cuatro preguntas desembocó, como estaba anunciado, en el originalísimo tema de su tesis doctoral, a saber: un cierto y al parecer peculiar impuesto que entre 1760 y 1767 había existido en Inglaterra sobre la sidra.

—¿Sólo sobre la sidra?

—Sólo sobre la sidra —respondía el joven economista Halliwell satisfecho.

—Ah, muy interesante, quién lo diría —respondía yo—. ¿Y cómo es que lo había sólo sobre la sidra?

—Sorprendido, ¿verdad? —decía el joven economista Halliwell con deleite, y procedía a explicarme minuciosamente las causas y características de aquel insólito impuesto que no podía interesarme menos.

—Me apasiona, continúe —decía yo.

Por suerte es fácil, en una lengua que no es la propia, fingir que se escucha y asentir o elogiar o abrir la boca (servilmente) de vez en cuando por intuición, y eso fue lo que hice en aquella ocasión a lo largo de los inacabables periodos de siete minutos que, después de cada cinco con Cromer-Blake, me tocaban con el joven Halliwell. Mientras este prometedor economista peroraba sobre la sidra sin moderación y no tenía el detalle de hacerme una sola pregunta, yo me pude dedicar, pese a mi progresiva ebriedad (pero tengo la fortuna de que nada en mi conducta ni en mi apariencia externa denota el proceso a que me estoy sometiendo

cuando me emborracho), a observar al resto de los comensales, cuyo trato directo me estaba vedado hasta los postres, y, durante los periodos de charla debidos a Cromer-Blake, interrogarle a él acerca de ellos y resarcirme un poco echando pestes del joven economista Halliwell (las pestes en español). Debo decir que, así como Clare Bayes me observaba de reojo con una mezcla de burla y conmiseración, yo también la observaba a ella con mucho agrado y, más tarde, cuando el deterioro general de la mesa hubo hecho acto de aparición, con abierta admiración sexual. Era una de las cinco mujeres que había en la cena, y una de las dos de edad inferior a los cincuenta años. Era también la única que dejaba asomar bajo su toga negra un escote de excelente gusto y en principio no diré más, pues, habiendo sido yo amante suyo durante cierto tiempo, me parecería jactancioso enumerar ahora sus atractivos. El resto de la mesa estaba ocupado por caballeros asimismo entogados a excepción de uno, y el *warden* era lord Rymer, miembro de la cámara de los lores y notable intrigante de las ciudades de Londres, Oxford, Bruselas, Estrasburgo y Ginebra. Entre él y yo había dos comensales, y Clare Bayes, al otro lado de la mesa, estaba separada de la cabecera por tan sólo uno.

En Inglaterra, como es sabido, apenas se mira, o se mira tan velada e inintencionadamente que siempre cabe la duda de que alguien esté en verdad mirando lo que parece mirar, tan opacos saben tornarse los ojos en su actividad natural. Por eso una mirada continental (por ejemplo la mía) puede provocar turbación en la persona mirada, aun cuando dentro de las miradas posibles de un español o de un continental la mirada en cuestión deba ser calificada de neutra, tibia o incluso respetuosa. Por eso, también, cuando una mirada insular o inglesa se quita pasajeramente el velo que la suele cubrir, el resultado es escandaloso, y podría ser motivo de querella y de discusión si no fuera porque las propias miradas que podrían ver esa mirada despojada de velo mantienen sin embargo el suyo, y por tanto no

acaban de ver ni mirar lo que para otros ojos sin bruma (por ejemplo continentales) sería evidente y tal vez insultante. Aunque a lo largo de dos años aprendí un poco a mirar opacamente —a mi voluntad—, mi mirada no sólo no estaba entonces capacitada para censurarse, sino que, como ya he dado a entender, en aquellas cenas inolvidables mi único recurso contra el hambre y el tedio era con frecuencia —aparte del vino rojo, el vino rosado y el vino blanco— aguzar la vista y dedicarme a observar. Pues bien, si mi mirada (yo mismo lo notaba) estuvo a partir de un momento dada llena de admiración sexual hacia Clare Bayes, la del *warden* lord Rymer fue, desde el mazazo y latinajo iniciales, de lascivia feroz e indisimulada hacia Clare Bayes también. Pero así como el impudor de la mía quedaba anulado por el pudor de las de los demás al mirarme (incluida la de lord Rymer, quien se ponía el acostumbrado velo insular en cuanto desviaba los ojos del escote o el rostro de Clare Bayes), la lujuria ofensiva de la del *warden* era patente para la mía, la cual, en cambio, en cuanto se apartaba a su vez del escote o el rostro de Clare Bayes, se hacía manifiestamente agónica (por culpa de la vara que Halliwell estaba dándome) y torva (por culpa de la rijosidad animal que me era dado contemplar en la de lord Rymer). El problema principal, sin embargo, era que la propia mirada de Clare Bayes no era totalmente inglesa, a causa (como supe luego) de los años de su niñez pasados en Delhi y El Cairo, donde no se mira como en las islas ni tampoco como en nuestro continente; y así, ella estaba en condiciones de percibir no sólo las miradas bestialmente salaces del *warden* sino también las mías, sexualmente admirativas. El segundo problema (menor) era que al otro extremo de la mesa, en mi lado y junto a la otra cabecera, ocupada por una famosa autoridad literaria ya próxima a la jubilación a quien quise mucho y de quien hablaré después, se hallaba Edward Bayes, miembro como Cromer-Blake del *college* anfitrión; y aunque su mirada fue

siempre puramente insular, es posible que el hecho de que las dos únicas miradas no veladas de la mesa se dirigieran a su mujer le obligara a retirarse a su vez el velo suyo habitual para poder estar al tanto de los deseos, salvajes o no, de los demás. Pero no he dicho bien, pues por una parte, y dada su situación en la mesa, en mi misma fila, Edward Bayes no podía ver en absoluto mi mirada, mientras que sí podía ver la mirada de Clare Bayes y asimismo la de lord Rymer sin impedimentos de perspectiva. Vio a buen seguro que su mujer estaba en algún instante bordeando el rubor, pero sin duda lo atribuyó a los vinos o a la babeante e indigna actitud del *warden*, hombre gigantesco y de piel muy tirante —yo creo que era lampiño—, tan ebrio como el que más. Y si Edward Bayes vio la mirada de su mujer mirando de vez en cuando hacia mí, debió de pensar que a quien en realidad miraba, en busca de amparo o al menos de complicidad, era a su amigo Cromer-Blake, sentado inmediatamente a mi izquierda, como ya he comentado. Pero además había una cuarta mirada —quizá una quinta, si la de Edward Bayes se había desprovisto en efecto de su tul inglés— que no tenía por qué estar necesariamente velada, y esa era la de Dayanand, el médico de origen indio amigo de Cromer-Blake, quien se encontraba situado a la izquierda de Clare Bayes y por tanto exactamente enfrente de mí. Aunque llevaba decenios viviendo en Oxford, sus ojos conservaban la luminosidad y diafanidad de su tierra de procedencia, y en el ámbito de aquella cena resultaban fogosos. Cada cinco o seis minutos, mientras pasaba calmadamente de su conversación con Clare Bayes a su laconismo con el único invitado que no vestía toga (un feísimo profesor de mineralogía de la universidad de Leyden cuya mirada, pese a ser extranjera, estaba también velada por unas tremendas lupas rectangulares que llevaba a modo de gafas), detenía un instante sus ojos negros y un poco acuosos y me consideraba de arriba a abajo con expresión farmacéutica, como si mi manera de mirar abiertamente a

derecha e izquierda pero sobre todo a Clare Bayes indicara el padecimiento de una afección conocida y de curación sencilla pero erradicada de aquellas tierras. La mirada de Dayanand era insostenible, y cada vez que mi vista se cruzaba con ella no tenía más remedio que volverla hacia Halliwell y simular que me enfrascaba aún más en su cháchara impositiva. Esos ojos de Dayanand se tornaban en cambio ígneos cuando los volvía hacia Clare Bayes y la cabecera y en su campo visual entraba lord Rymer, quien sin embargo no tenía grandes problemas para sostener su mirada, ya que probablemente —se sentía impune— ni siquiera la percibía: el *warden*, obligado a hablar con sus inmediatos vecinos que visiblemente le fastidiaban (a su derecha una arpía, *warden* de un *college* femenino; a su izquierda una despectiva y pontificante lumbrera de las ciencias sociales llamado Atwater), fue desentendiéndose poco a poco del protocolo y empezó a intervenir con puntualizaciones desacertadas en las conversaciones respectivas de Clare Bayes y de Cromer-Blake, sus siguientes vecinos a cada lado de la mesa. Pero en vista de que ni uno ni otro estaban demasiado dispuestos a dejarle entrar del todo en ellas, dio en hacer como que escuchaba a la arpía o a la lumbrera y en jugar con el mazo contra la peana, como es frecuente entre los hastiados o embriagados *wardens* de las mesas altas. Y así, borracho y disgustado como estaba, no se dio cuenta en ningún momento de que su indolente percusión inicial sobre la adosada peana (hacía tamborilear con desidia el mazo) se iba convirtiendo en una serie de martillazos cada vez más brutales (bien esgrimido ahora el mazo) pero lo suficientemente espaciados para causar —además de extrañeza— un enorme desconcierto, ya que al oírlos unos camareros procedían a retirar los platos que acababan de servir mientras otros, más avezados y sabedores de que aquellos aldabonazos no formaban parte de la ceremonia, intentaban arrebatárselos para devolverlos a sus destinatarios,

quienes en algunos casos no habían tenido aún ocasión de husmearlos. Tras la estrepitosa caída al suelo de un par de ellos como resultado de los forcejeos famulares, llegó un momento en el que los cinco camareros que atendían la mesa dejaron de hacerlo y se agruparon en conciliábulo en una esquina del refectorio acusándose mutuamente de inepticia, mientras empezaban a surgir protestas (aunque entre dientes) por parte de los comensales, quienes se encontraban con cubiertos de pescado para acometer un solomillo, fuentes con restos fríos abandonadas y estorbando en la mesa (lo nunca visto en una *high table*), platos ya empezados o mordisqueados por otros colocados ante sus sitios y (lo más grave) las copas vacías o con los vinos mezclados. Lord Rymer no se daba cuenta de nada, y a cada distraído mazazo sobre la peana o la mesa (pues no siempre acertaba), con el consiguiente retumbar y astillarse de la madera noble, el saltar de los guisantes y los champiñones y el rodar de unos cuantos vasos, yo no podía por menos de calcular la posible dirección que según su postura o más bien su sesgo (el desmedido *warden* se iba derrumbando sobre el tablero) podría tomar el mazo si se le escapaba de entre los dedos y salía volando. Me eché un poco hacia atrás con la esperanza no sólo de esquivarlo sino también de que aumentaran las posibilidades de que se estrellara contra la frente del joven economista Halliwell dejándolo siniestrado, pues el joven economista Halliwell, indiferente a todo, seguía bañándose en sidra añeja o picada tras cada aparte y respiro con Cromer-Blake y nada me habría reconfortado tanto como verlo sin conocimiento.

—Asombroso lo de su sidra —decía yo—. Y ese singular impuesto, ¿era sólo en Inglaterra?

—Era sólo en Inglaterra —contestaba Halliwell entusiasmado.

Observé que Clare Bayes notaba mi movimiento (luego me prestaba alguna atención, en aquellas circunstancias) y se echaba también hacia

atrás, aunque no sé si con el objeto de propiciar asimismo un golpe contra alguno de sus vecinos o con el de hacer desaparecer de la vista de lord Rymer su escote y su rostro y ver si así el *warden* lograba salir de su estupefacción y recomponerse. Pero el intrigante lord Rymer adelantaba a su vez el gigantesco torso (el codo izquierdo barriendo la mesa, la parte anterior de su toga arrastrándose sobre su solomillo intacto y descabalgando guisantes) y no consentía en perder de vista lo que tanto le complacía y estaba empeñado en ver. Llegó un momento en el que lord Rymer, con la mirada perennemente extraviada en el escote y el rostro de Clare Bayes, dejó totalmente de estar allí, y lo que hasta entonces habían sido —como he dicho— golpes espaciados, discrecionales y arrítmicos se convirtió en un martilleo continuado y mecánico, del cual él no tenía la menor conciencia. El efecto de los mazazos se dejaba ya ver demasiado en la mesa, en la que se habían acumulado los residuos de varios platos y sobre la que saltaban no sólo migas, guisantes y champiñones (que saltan muy fácilmente en cualquier caso), sino pedazos de patatas al vapor, espinas de lenguados, churretones de espesas salsas, las gafas del feo profesor de Leyden (aún más feo sin ellas) y mucho vino de diferentes colores. (Por suerte las togas cumplen, junto a misiones furtivas y estéticas, la de preservar los elegantes trajes con que se acude a las mesas altas de la suciedad infinita e incomprensible que a veces despiden éstas.) Los cinco camareros, ya puestos de acuerdo, tenían sin embargo ocupadas sus diez manos en sujetar la mesa por la cabecera opuesta —despeinando a la autoridad literaria que estaba allí sentada— para que las vibraciones y el peso del cuerpo descomunal de lord Rymer, cada vez más combado sobre su sitio, no causaran mayores estragos. Poco a poco (pero fue todo cuestión de segundos) se fue haciendo el silencio en el refectorio, si bien no completo, pues tanto el enfervorizado Halliwell como el displicente Atwater eran incapaces de mantener la boca cerrada durante un instante,

y mientras el primero continuaba ahogándose (‘¡Hasta el vizconde Pitt tuvo que tomar cartas en el asunto de la sidra! ¡Sterne mencionó el impuesto en uno de sus sermones!’), exclamaba embelesado), el segundo, con los pulgares introducidos en los pliegues de su toga a la altura del pecho, seguía dirigiéndole un enaltecido discurso al *warden* en la creencia de que éste le miraba a él con sus ojos fijos y bestiales y no el escote y el rostro de Clare Bayes tan codiciados. Aunque el martilleo no llegó a durar más de un minuto en su fase más salvaje, la situación se hizo insostenible (durante aquel minuto). Pero como los únicos comensales cuyas miradas carecían de velo no estábamos en disposición de tomar ninguna medida por nuestra menguada jerarquía, y las demás miradas más autoritativas tenían ante sí la mencionada gasa impidiéndoles acabar de ver que lord Rymer había perdido el tino y que había que darle un toque o relevarlo sin más de la presidencia (pero lord Rymer, además de *warden*, era un influyente político conocido por sus vitalicias venganzas), el silencio se fue haciendo cada vez más extenso, quebrado sólo —aparte de por el mazo— por los imperturbables murmullos de Halliwell y de la lumbrera Atwater y por los chillidos de la arpía sentada a la derecha del *warden*, la cual, aunque adúladora como era palmario y por tanto incapaz de despabilar a lord Rymer a riesgo de incomodarlo, no podía evitar un respingo a cada mazazo, tan cerca quedaba su pronunciado y seguramente inyectado busto de la machacada peana.

Durante aquel minuto interminable tuve oportunidad de observar a todos los comensales al alcance de mi vista: la autoridad literaria de la cabecera opuesta daba manotazos contra los camareros que, en su afán por mantener el equilibrio de la mesa, lo agobiaban, seguían despeinándolo y le codeaban las orejas con sus diez tensos brazos; a su derecha, la doctora Wetenhall echaba en falta más de una mano en su

triple intento de taparse los oídos, contener dos botellas que ya rodaban (semillenas) en la dirección del *warden* y sujetarse un precario postizo con mechas (puede que nuevo) que empezaba a desmoronársele, mientras su otro vecino, el jefe de mi departamento (el profesor Kavanagh, un irlandés desenvuelto interesado más que nada en las novelas de horror y de éxito que escribía bajo pseudónimo, hombre mal visto por colegas y subordinados precisamente por ser irlandés, escribir novelas y ser desenvuelto), parecía divertido y de hecho contribuía irónicamente al estruendo del *warden* golpeando con una cucharilla su copa de vino al mismo ritmo, como se hace a los postres todavía hoy para anunciar un parlamento; a su derecha estaban dos miembros del *college* (Brownjohn y Willis eran sus nombres, hombres de ciencia de mediana edad y por tanto de escasos reflejos) que sólo se atrevían a mirar de reojo a lord Rymer e intentaban cazar los bandeados lentes de su invitado holandés, quien, aunque sentado y seguro en su sitio, había extendido los brazos ante la pérdida (derribando con ellos lo poco que en su zona quedaba en pie), como si temiera tropezar en cualquier momento, a la manera de los ciegos cuando están desarmados de su bastón; Dayanand, también miembro del *college* e individuo de carácter, era uno de los pocos que podría haber interrumpido los estampidos del *warden*, pero lo cierto es que, anunciando mucho con su actitud, se limitaba a lanzarle miradas mortíferas y a abrir y cerrar los puños sobre la mesa (‘Este médico indio se lo hará pagar caro aunque tenga que esperar diez años’, pensé; ‘este médico indio es de cuidado’); la lumbrera Atwater y el economista Halliwell habían cesado finalmente en su verbosidad, y el mero hecho de estar callados parecía desconcertarles todavía más que el aporreo del *warden*, del que probablemente no se habían percatado hasta aquel minuto de fragor y silencio; ya he hablado de la asustadiza arpía, y en cuanto a Cromer-Blake, su rostro era un enigma: mesándose la barbilla

de cera, parecía esperar con un esbozo de sonrisa (la de un hombre a punto de soltar una carcajada o quizá la de uno que está acumulando ira) como si, buen conocedor de los hábitos de su *warden*, supiera ya que el minuto iba a durar un minuto. Los otros cuatro comensales, entre los que se contaba Edward Bayes a la izquierda de la cabecera opuesta, escapaban de mi perspectiva. Pero al hacer este recorrido que hizo mi vista en sesenta segundos y también hace ahora, al cabo del tiempo y en mucho más tiempo y en esta ciudad de Madrid a la que ya he vuelto, he saltado a Clare Bayes muy conscientemente.

En realidad puede decirse que durante aquel minuto nadie reparó verdaderamente —esto es, con la vista— en lord Rymer: parte de la mesa lo miraba a hurtadillas y con aprensión pero no acababa de verlo, como ya he explicado; otra parte estaba demasiado ocupada en defender su compostura y en intentar que al menos no cayeran al suelo las botellas, anteojos y vasos rodantes sacudidos por los mazazos; y una tercera parte aprovechó para cruzarse entre sí miradas, o, lo que es lo mismo, para mirarse unos a otros de frente y sin velo de ninguna clase. Entre los primeros estaban la arpía, el novelista de horror Kavanagh, la lumbrera de las ciencias sociales Atwater y el economista de la sidra Halliwell, los dos últimos, como miembros del *college*, tal vez dudando (aunque poco) si intervenir y quitarle el instrumento a lord Rymer o seguir cruzados de brazos y aguardar a que fueran otros los que corrieran el riesgo de ser maceados en su audaz tentativa, o bien —más tarde— represaliados por ella; entre los segundos se hallaban la autoridad literaria o ya casi emérito profesor Toby Rylands, los científicos Brownjohn y Willis, la empelucada doctora Wetenhall y el minerólogo horrendo en tinieblas; y entre los terceros estábamos, según pude ver durante los últimos segundos de aquel minuto, Dayanand y Cromer-Blake, Clare Bayes y yo y puede que su marido: seguramente también él. La mirada que, atenuada

(solamente suspicaz o severa), me había dirigido Dayanand de vez en cuando a lo largo de la cena y que ahora estaba dedicando con toda su intensidad a lord Rymer se trasladó de pronto, inmutada, a su amigo Cromer-Blake: es decir, Dayanand le lanzó lo que antes llamé una mirada mortífera mientras seguía abriendo y cerrando las manos o puños sobre la mesa en gesto propio del hombre soliviantado que a duras penas se está conteniendo; y Cromer-Blake, a su vez, al notar sobre sí los ojos como fogonazos del médico indio, levantó la vista y, aunque no pude ver bien los suyos que se me ofrecían de perfil y por tanto sólo el derecho en realidad, advertí que su iniciada sonrisa se convertía en la línea de extrema dureza que sabían expresar a veces sus labios tenues que parecían exangües.

Entonces yo miré abiertamente al rostro de Clare Bayes y, sin conocerla, la vi como alguien que pertenecía ya a mi pasado. Quiero decir como alguien que *ya* no era de mi presente, como alguien que nos interesó enormemente y dejó de interesarnos o que ya ha muerto, como alguien que *fue* o a quien un día ya antiguo condenamos a *haber sido*, tal vez porque ese alguien nos había condenado a nosotros a dejar de ser mucho antes. Aquel vestido escotado que asomaba bajo la toga y que indirectamente había causado tanto estropicio era de otra época, como lo son tantas veces los atuendos de gala en Inglaterra. Y el propio rostro de Clare Bayes era un poco anticuado, con sus labios demasiado gruesos y sus pómulos tan elevados. Pero no era eso. Era que ella miraba también, y me miraba como si me conociera de antiguo, casi como si fuera una de esas figuras devotas y secundarias que pueblan nuestra niñez y que no son capaces, más tarde, de mirarnos como a los adultos detestables que somos, sino que, para nuestra suerte, nos seguirán viendo niños eternamente con su ojo inerte deformado por la memoria. Esa incapacidad bendita se da en las mujeres más que en los hombres, en la

medida en que para los hombres los niños son irritantes bosquejos de caballeros, mientras que para las mujeres son seres perfectos destinados a estropearse y embrutecerse, y por eso su retina se esfuerza por guardar la imagen de la deidad transitoria sentenciada a dejar de serlo, y si esa retina no llegó a conocerla, entonces todo el esfuerzo imaginativo que supone siempre tratar con alguien lo vuelcan en la figuración de ese niño que sólo habrán conocido en fotografías o en la estampa dormida del que ya creció, y envejeció acaso, o en los perezosos relatos que el usurpador se habrá aventurado a confiarles sobre una cama, único lugar en el que los hombres se muestran dispuestos a rememorar en voz alta las cosas remotas. Así me miraba Clare Bayes, como si conociera mi infancia en Madrid y hubiera asistido en mi propia lengua a mis juegos con mis hermanos y a mis miedos nocturnos y a mis peleas estipuladas a la salida del colegio. Y ese verme así de ella me hizo a mí verla de similar manera. He sabido luego —cuando supe de ella— que en aquellos segundos finales de un minuto que sólo ahora existe, había contemplado ráfagas de su infancia en la India, el gesto pensativo de la niña que no tenía mucho que hacer en aquellas ciudades meridionales y que veía pasar un río guardada por las voces morenas de sirvientes risueños. Yo no sabía que lo estaba viendo (y por tanto quizá me equivoco o miento y *no* lo estaba viendo y *no* debo decirlo), pero no puedo dejar de decir que por aquellos ojos oscuros y azules atravesaba ese río brillante y claro en la noche, el río Yamuna o Jumna que atraviesa Delhi, moteado de gabarras rudimentarias que llevan por su corriente cereales, algodón y madera y también piedra, mecido desde las orillas por cantos insignificantes, salpicado por los guijarros que caen desde sus barrancos cuando deja la ciudad atrás, del mismo modo que en mis ojos se dibujaban quizá imágenes madrileñas de la calle de Génova y de Covarrubias y de Miguel Ángel, que ella nunca había pisado ni visto: puede que la imagen de

cuatro niños caminando por esas calles con una criada vieja. Y seguramente estaba también allí el enorme puente ferroviario que cruza el río Yamuna a la altura de la ciudad, observado siempre en la distancia y desde el que, según le contaba el aya con voz misteriosa cuando estaban solas, se había arrojado más de una pareja de amantes desdichados: el ancho río de aguas azules quebrado por el largo puente de hierros diagonales entrecruzados, la mayor parte del tiempo vacío, en tinieblas, ocioso y difuminado, exactamente como una de esas figuras devotas y secundarias de la niñez que luego se hacen recónditas para reaparecer e iluminarse al cabo del tiempo sólo un instante, cuando son llamadas, y volver a perderse en seguida en la oscuridad de sus existencias ignoradas y conmutables tras haber cumplido su breve servicio o revelado el secreto que de pronto se les exige. Y así sólo existen para que por ellas transite, cada vez que le sea preciso, el niño. La niña inglesa mira ahora el negro puente de hierro esperando a que lo atravesase un tren, para verlo iluminado y reflejado en el agua, uno de esos trenes de colores vivos, llenos de luz y de inaudible ruido, que atraviesan el río Yamuna de tarde en tarde, el río Jumna que ella mira pacientemente desde su casa en lo alto mientras le susurra el aya o el padre diplomático la contempla de espaldas desde el borde del jardín, cuando ya ha anochecido, vestido de etiqueta para la cena y con un vaso en la mano. Se acerca la hora de que la niña se acueste, pero antes ha de pasar otro tren, uno más, porque la imagen reciente del tren que pasa y del río alumbrado por sus ventanillas (los hombres de las gabarras se desequilibran, mirando hacia lo alto) la ayuda a conciliar el sueño y a conformarse con la idea del siguiente día en una ciudad a la que no pertenece y que sólo verá como suya cuando la haya dejado y no tenga más oportunidad de rememorarla en voz alta que con su hijo o con un amante. Los tres esperan, la niña, el aya y el melancólico padre, hasta que el tren correo que viene de Moradabad y

llega siempre con incalculable retraso atraviesa aceleradamente el puente de hierro ocupándolo entero, de punta a punta, con sus carruajes inestables de mil colores que llegan a distinguirse bajo la luna como una astilla; y Clare Bayes, entonces, tras perder de vista la linterna oscilante del último coche al que con la mano ha dicho un adiós que nunca fue dicho para ser respondido, se pone en pie y se calza y besa de puntillas al silencioso padre que huele a tabaco y a licor y a menta, y desaparece por fin en el interior de la casa cogida de la mano del aya que quizá la haga oír, antes de que se duerma, algún canto insignificante. Así me miraba Clare Bayes y yo la miraba a ella, como si fuéramos los ojos vigilantes y compasivos el uno del otro, los ojos que vienen desde el pasado y que ya no importan porque ya saben cómo están obligados a vernos, desde hace mucho: tal vez nos mirábamos como si fuéramos hermanos mayores ambos. Y aunque aún no la conocía, supe que la conocería y que llegaría a contarle sobre una cama las minucias que le fui confiando —de la calle de Génova, y de Covarrubias, y de Miguel Ángel— a lo largo de tantos meses de encuentros desordenados e intermitentes en mi casa piramidal de Oxford y también en la suya, y en los hoteles monótonos de Londres y Reading y en uno de Brighton.

Apartó la mirada. De pronto el *warden* lord Rymer pareció despertar de su lujurioso ensimismamiento, enarboló el mazo con energía y, al ver a su alrededor tan grandísimo silencio (ya no había ni murmullos, y todos los estudiantes habían dado cuenta de sus míseras cenas y huido hacía rato de las mesas bajas llevándose algún cuchillo para compensarse), hizo un gesto despectivo y vago señalándonos con el mango y dijo:

—¿Qué les ocurre a ustedes? ¿No tienen nada que decirse o es que ha pasado un ángel? —Y poniéndose en pie, apartó con la cadera (un empujón de asco) el plato de su solomillo intacto y apeado de guisantes, lanzó un grosero latinajo sin hacer ya el menor esfuerzo por pronunciarlo

verosímilmente, dio un último y sañudo golpe sobre la devastada peana y gritó eufórico—: ¡Postres!

Es este un momento de gran solemnidad y belleza (plástica) en las cenas alzadas, pues es la señal para que los comensales se levanten y, de nuevo en fila (aunque ahora mal guardada, tambaleante y anárquica), pasen a un salón, más informal y acogedor que el refectorio, en el que durante hora y media se toman parsimoniosamente frutas del tiempo, frutas tropicales, frutos secos, helado, pasteles, tartas, sorbetes, bombones puros, galletas, oblea y bombones rellenos de licor y menta al tiempo que se van pasando en el sentido de las agujas del reloj y muy velozmente varias botellas o más bien garrafas de diferentes oportes extraordinarios que no se consiguen en el mercado. En esta segunda fase de la cena, más próspera, más medieval que dieciochesca y conocida localmente como *ingestión de bananas a la luz de la luna*, se cambia finalmente de interlocutores, ya no hay límite de tiempo para charlar con ellos y, a medida que el oporto agudiza los deseos de resarcimiento y completa el deterioro verbal causado por los vinos en la primera fase, la conversación va haciéndose general, insubordinada, atropellada e incluso caótica, indecente a veces. Cabe, además, la remota posibilidad de que el *warden* (queda, como todo, a su voluntad) decida brindar por la Reina en un momento dado, lo cual significa que se puede por fin fumar. Pero el momento de gran solemnidad y belleza (plástica) se produce al salir del refectorio, pues al hacerlo los comensales deben conservar y llevar consigo, en la mano, la servilleta que hasta entonces han utilizado, por muy manchada y restregada que esté; y el vaivén del minúsculo paño blanco (un poco marcial, como siempre que se marcha en fila) contrasta de manera sublime con el lento y amplísimo vuelo de las negras togas interminables. Clare Bayes tuvo el detalle irónico de colocarse la servilleta como un babero, cubriendo el escote durante la marcha. Se

echó a reír y creo que rio hacia mí. Luego, sentada lejos durante los postres junto a la autoridad Toby Rylands y cerca de su marido, no volvió a mirarme en lo que quedó de noche. A partir de un momento dado yo fumé sin parar, gracias a la tolerancia imprevista o a la devoción monárquica del *warden* lord Rymer.

Fue aquella noche cuando me di cuenta de que mi estancia en la ciudad de Oxford sería seguramente, cuando terminara, la historia de una perturbación; y de que cuanto allí se iniciara o aconteciera estaría tocado o teñido por esa perturbación global y condenado, por tanto, a no ser nada en el conjunto de mi vida, que *no* está perturbada: a disiparse y quedar olvidado como lo que las novelas cuentan o como casi todos los sueños. Por eso estoy haciendo ahora este esfuerzo de memoria y este esfuerzo de escritura, porque de otro modo sé que acabaría borrándolo todo. También a los muertos, que son la mitad de nuestras vidas, aquello que compone la vida junto con los vivos, sin que en realidad sea fácil saber qué separa y distingue a unos de otros; quiero decir, a los vivos de los muertos que hemos conocido vivos. Y acabaría borrando a los muertos de Oxford. Mis muertos. Mi ejemplo.

Que mi estancia en esa ciudad fuera a ser una perturbación no tenía en cierto sentido nada de particular, en la medida en que todos los que viven allí están perturbados o son unos perturbados. Pues *no están en el mundo*, y eso ya es bastante para que, cuando salen a él (por ejemplo a Londres), les falte el aire, los oídos les zumben, pierdan el sentido del equilibrio, den traspiés y tengan que volver apresuradamente a la ciudad que los posibilita y guarda: allí ni siquiera están en el tiempo. Pero yo sí solía estar en el tiempo y también en el mundo (en Madrid, por ejemplo), y por consiguiente mi perturbación, según descubrí aquella noche, tenía que ser de otra índole, quizá contraria a la que era norma. Habiendo estado siempre en el mundo (habiendo pasado mi vida en el mundo), me veía de pronto *fuera del mundo*, como si se me hubiera trasladado a otro elemento, el agua. Tal vez la conciencia plena de mi condición perturbada me había venido de la inesperada aparición de mi infancia en la mirada de Clare Bayes, pues es durante la infancia cuando más instalado se está en el mundo, o, por decirlo de manera precisamente

infantil, cuando el mundo es más mundo, y el tiempo tiene mayor sustancia, y los muertos aún no se han convertido en la mitad de la vida.

Después de la cena subí un rato a las habitaciones de Cromer-Blake en el *college*, a tomar una última copa antes de irme a dormir, y mientras él preparaba los vasos y abría una botella con movimientos metódicos y seguros, todavía con la toga puesta, yo pensé: ‘Aquí no sólo soy un extranjero del que nadie sabe nada y que a nadie importa, del que no se sabe nada biográficamente importante y sí que no se quedará para siempre, sino que lo más grave y determinante es que aquí no hay ninguna persona que me haya conocido en mi juventud ni en mi infancia. Eso es lo que me resulta perturbador, dejar de estar en el mundo y no haber estado antes en *este* mundo. Que no haya ningún testigo de mi continuidad, no haber estado siempre en el agua. Cromer-Blake sabe algo de mí, desde hace algún tiempo, a través de mis predecesores de Madrid y Barcelona. Pero eso es todo, datos recibidos cuando yo aún no tenía rostro, sólo nombre. Sin embargo esa es razón suficiente —la amistad delegada— para que él ya esté condenado a ser mi vínculo más fuerte con esta ciudad, la persona a la que haré las preguntas que deban hacerse y a quien recurriré siempre aquí si surge algún problema, alguna enfermedad, alguna infamia o algún desvarío serio. Es la persona a la que voy a preguntar ahora mismo por la mujer de la cena, Clare Bayes, y en cuanto haya servido las copas y esté sentado le preguntaré por ella y por su marido. Cromer-Blake, con ese pelo canoso y esa cara pálida, con ese bigote que en perpetua duda se deja crecer y se quita cada varias semanas, con su inimitable dicción inglesa que según los admirativos alumnos suena como la BBC «de antes», con su mordacidad y sus extraordinarias interpretaciones de Valle-Inclán, con su aspecto de hombre de iglesia expulsado del seno y su nulo sentido de lo familiar, está condenado a ser la figura paterna y también la figura materna en esta

ciudad, aunque no me haya conocido —en modo alguno— durante mi niñez ni mi juventud (tengo más de treinta años, no me ha conocido en mi juventud). La mujer de la cena tampoco las ha conocido, pero, no sé cómo, ha visto mi niñez y me ha permitido a mí ver la suya, verla niña. Sin embargo sé que no podré contar con ella para encarnar en esta ciudad la figura paterna y ni siquiera materna que siempre debe haber para todos en todo tiempo y en todo lugar, cualesquiera que sean nuestra edad y nuestro grado de valimiento. Los hombres más viejos y más poderosos precisan también, hasta el fin de sus días, de esas figuras, y su dificultad o incapacidad para hacerlas encarnar en alguien no desmiente su necesidad de ellas ni evita sus fantasías en busca de ellas ni el sentimiento de su carencia: su exigencia y espera y figuración de ellas.’

Cromer-Blake, disculpándose, me sirvió una copa de oporto de inferior calidad al que habíamos tomado durante los postres alzados y se sentó en un sillón. Yo ya estaba sentado, enfrente, en su sofá, también todavía puesta la toga ceremonial. Ambos estábamos bastante bebidos, pero en él eso nunca fue obstáculo para sostener una conversación. A veces hablábamos en inglés y a veces en español; a veces hablaba cada uno en su lengua.

—Salud —dijo, y sorbió literalmente una gota de vino—. No fue tan duro, ¿verdad? Aparte del bautismo de sidra al que, consuélate, nadie en este *college* ha escapado en lo que va de año. No veas mala intención, eras casi el único de la mesa que no lo había recibido, por eso se te puso a su lado. Halliwell es nuevo aquí, y esa es su larguísima tarjeta de presentación. Lo malo es que no suele pasar de ella, al pobre nadie le da una segunda oportunidad.

—Con todo, no fue lo peor —empecé a decir; pero Cromer-Blake, para quien era claro que la gracia de aquellas cenas altas consistía en gran medida en los comentarios posteriores a la cena misma, no me dejó llegar

a decir qué había sido lo peor a mi parecer.

—Lo peor fue Dayanand —afirmó.

Yo iba a referirme a la salaz y atolondrada conducta del *warden* y a aprovechar para interrogar a Cromer-Blake acerca de Clare y Edward Bayes, pero seguramente para él todo aquello carecía de novedad e interés. Lo miré mientras sorbía gotitas de oporto, las piernas cruzadas y largas, el faldón de la toga envolviéndoselas en cascada, su negra figura coronada de blanco enmarcada por las estanterías llenas de libros españoles e ingleses, como si su propia actitud, su aspecto, su postura y su entorno configuraran un disfraz estético. No era ridículo, y pensé: ‘Las mujeres y cuanto ellas suscitan carecen de importancia para Cromer-Blake, aun cuando seguramente pueden constituirse en figuras maternas e incluso paternas y también filiales para él. Pero así como esas figuras son imprescindibles a lo largo de la vida entera, están sin embargo incapacitadas para crear conflictos o desazones graves y por tanto no son dignas de comentarios después de las cenas. Clare Bayes puede ser una figura así para Cromer-Blake, mientras que para mí no podría serlo, en todo caso, más que muy ocasionalmente o en la medida en que algún día se viera definitivamente desposeída de la otra figura, cualquiera que fuese —conflictiva y desazonante—, que yo le habría atribuido. Que yo le atribuiré. En cambio los enemigos son dignos de todos los comentarios, exhaustivos y obsesivos, después de las cenas. No hay mayores enemigos que los que también son amigos. Dayanand, el médico indio, me ha sido presentado siempre por Cromer-Blake como un gran amigo, lo cual lo faculta —lo hace perfecto— para ser un enemigo acérrimo. En cuanto al *warden*, Cromer-Blake estará ya acostumbrado.’

—No he tenido oportunidad de hablar con él.

—Mejor para ti. ¿No has visto cómo nos miraba a lo largo de la cena?

—Sí, me he fijado. He recibido alguna de sus llamaradas, supongo

que le parecía mal que admirase sin disimulo, yo también, a vuestra amiga Clare.

—No creo que fuera eso. De ese modo tan airado nos ha mirado al *warden*, a ti y a mí. Pero, ¿tú crees que a él le importa lo que haga Rymer durante las cenas? En otras ocasiones ha sido mucho peor: una vez, durante los postres, se empeñó en construir con gajos de mandarina un collar sobre el pecho de la mujer del deán de York. Ocurría a la vista de todos, no sabíamos dónde meternos, pero nadie hizo ni dijo nada que demostrara que los allí presentes nos dábamos por enterados de la repentina afición de nuestro imaginativo *warden* por la joyería frutal. Hay que decir que el deán hizo un alarde de sangre fría, fortaleza y posiblemente templanza, observando la escena desde la otra punta de la mesa con atención imparcial, casi como si sólo viera el lado positivo del asunto, como si le estuvieran facilitando una tarea inminente o dándole una buena idea. Dayanand se reía a carcajadas al día siguiente recordando la impavidez infinita del deán de York y la aún más meritoria de la deana, una mujer rebosante que se dejó enjorar con una sonrisa ruborizada y protestas recatadas nada más. ¿Y crees que Clare no sabía lo que hacía poniéndose ese vestido? Alentar a Rymer es uno de nuestros entretenimientos más viejos. No, Dayanand te ha lanzado esas miradas de furia porque tú eras *mi* invitado de esta noche, y a lord Rymer porque sabe que en estos momentos le estoy haciendo algunos favores, o, mejor dicho, nos estamos haciendo favores mutuos. Últimamente vamos como mano en guante. Todas las miradas de Dayanand iban dirigidas a mí, estoy seguro. Primero por personas interpuestas, luego me ha crucificado con clavos al rojo vivo. ¿Cómo se atreve?

La pregunta final de Cromer-Blake se la había hecho a sí mismo.

—Creía que erais muy amigos.

—Oh, sí, lo somos. Y además es mi médico y un magnífico médico

que no querría perder. En cuanto me duele un poco la garganta ya estoy en sus habitaciones para que me ponga la cuchara en la lengua y me dé unas píldoras. Estoy en deuda permanente con él, pero no tanto como para que deba pagársela aguantando miradas enloquecidas a través de la mesa, con veinte personas como testigos.

En otras circunstancias yo habría preguntado al instante la causa de aquellas miradas que tanto habían indignado y ofendido a Cromer-Blake y que no obstante él parecía comprender tan bien, pero tenía prisa por saber de Clare Bayes y sólo estaba a la espera de algún resquicio en la conversación que me permitiera volver a ella. Al no encontrarlo callé, y Cromer-Blake adoptó, como hacía a veces, un aire de seriedad que no parecía tener que ver con lo que le rodeaba ni con lo que estuviera diciendo su interlocutor: era una seriedad surgida de sí mismo, como una impostura, de la misma clase que la que en el teatro precede y envuelve a los soliloquios. Y a medida que hablaba, hablaba más para sus adentros y la barbilla se le iba inclinando:

—Yo no puedo adecuar mis gustos y mi deseo a los suyos, quiero decir evitar coincidir con ellos, si lo hiciera me pasaría la vida maniatado y frustrado, pidiéndole permiso para cualquier pasatiempo o para cualquier pasión antes de tomar ninguna iniciativa en esta ciudad; rechazando los más tentadores ofrecimientos, poniendo en suspenso los mejores procesos de seducción para acercarme a sus habitaciones y preguntarle, antes de culminarlos, si tiene algún inconveniente en que lleve a cabo mis inminentes propósitos, si tiene algo que objetar, si mis actos sexuales o mis meros afectos entran en colisión con su vida pasada o con sus planes futuros, si lo puedo herir retrospectivamente o por anticipación, si ya se ha fijado o piensa fijarse en tal o cual cara bonita o cuerpo atlético que en estos momentos está en mi alcoba a mi disposición. Sería ridículo: ¿te importa, Dayanand, que me acueste con

una persona que tengo desnuda en mi habitación? Mírala bien y asegúrate, no vayas luego a cambiar de idea. Sería ridículo. Pero algo va a haber que hacer, se lo ha tomado muy a mal. ¿Quién se cree que es para comportarse así? ¿Quién se cree que es para hacerme preguntas directas sobre cuestiones íntimas mías? ¿Quién se cree para hablarme con ese tono desesperado? Yo *no puedo* ser el causante de su desesperación, no lo soy. ¿Quién se cree que es para pedirme cuentas? Al final de la cena, es increíble. Que hable con Jack. —Cromer-Blake hizo una pausa, como si el nombre que había pronunciado fuera la señal interna para el término del soliloquio y la mitigación de la seriedad; se pasó la mano por el pelo algodonoso, vació su copa de un tirón y, mientras se servía otra con mal pulso, añadió—: Está loco de celos, es un fanático.

La bebida me pone lacónico, aunque escucho bien. A Cromer-Blake no le impedía charlar sin el menor titubeo, pero sí le hacía olvidarse momentáneamente de con quién charlaba y mencionar asuntos de los que conmigo no hacía ningún secreto (seguramente porque yo no iba a quedarme allí para siempre) pero sobre los que quizá no se habría manifestado tan abiertamente estando sobrio. De haber sido yo una persona malévola (no lo soy), habría hecho los comentarios precisos para que él hubiera seguido con su mal humor y me hubiera contado hasta el último detalle de aquella desavenencia causada por una rivalidad sentimental o sexual. Pero lo cierto es que no me interesaban aquellos detalles aquella noche, aunque luego me haya preguntado muchas veces por ellos con más que curiosidad, esto es, con verdadero afán de saber. He querido saber quién era la persona ('Jack') que Dayanand y Cromer-Blake pretendían en aquellos días o que tal vez, mejor dicho, pretendían conservar; he querido saber quién fue el nexo tan grave que los unió, pues parece posible que fuera aquella persona por la que aquella noche de invierno no sentí apenas curiosidad quien los vinculara para la vida o la

muerte eterna, aunque uno esté aún con los vivos y el otro ya con los muertos.

—¿Y qué hay de Edward Bayes? ¿Es un fanático también él? ¿O es más bien como el deán de York?

Cromer-Blake se rio con una risa plácida y breve y le volvió de golpe la jovialidad del inicio de la conversación.

—Todos podemos ser a veces como el deán de York. Estás pensando en serio en Clare.

—En realidad no. Creo que estoy todavía pensando en una chica joven que vi hace días en el tren de Londres y a la que ayer volví a ver en Broad Street. Pero como no sé quién es y puede que no la vea más, creo que podría empezar a pensar también en tu amiga Clare. —‘Qué idiota’, pensé, ‘¿por qué no puedo pensar en cosas más fructíferas e interesantes? Las relaciones no consanguíneas jamás lo son, la variedad posible de las conductas es mínima, las sorpresas son fingidas, los pasos son trámites, es todo infantil: los acercamientos, los cumplimientos, los alejamientos; la plenitud, el combate, las dudas; las certidumbres, los celos, el abandono, la risa; todo cansa antes de comenzar. Estoy perturbado por mi ausencia del mundo y ya no sé distinguir aquello a lo que se deben dedicar pensamientos y aquello a lo que dedicárselos en una pérdida deplorable de tiempo y concentración. Estoy descentrado, no debo pensar en esa chica joven ni tampoco en Clare Bayes. Debo hacer cualquier cosa respecto a ellas menos *pensar* en ellas. Estoy borracho y estoy perturbado, tengo todo el tiempo del mundo, estoy convirtiéndome en un idiota en esta ciudad inmóvil a la que he venido a parar.’ Le resumí en voz alta mis pensamientos a Cromer-Blake—: No debería pensar estas cosas, debería pensar en cosas más interesantes. Sobre todo hablar de cosas más interesantes. Perdona.

—¿Tú crees que las hay? —Cromer-Blake había vuelto a adoptar un

aire grave, aunque menos que antes, sin perder la complacencia ni el buen humor. Aquellos eran los comentarios de después de la cena. Había sacado un cigarrillo del paquete que yo tenía sobre la mesa y lo había encendido mal con mi mechero. Nunca llevaba tabaco ni fuego. Sostenía el cigarrillo como si fuera un lápiz. No se tragaba el humo. No sabía fumar.

—Bueno —dije yo, y me acabé mi copa de vino buscando respuestas; Cromer-Blake me la llenó otra vez. Su pulso volvía a ser normal. Yo le encendí el cigarrillo bien.

—Gracias. Fíjate en mí, fíjate en Dayanand, fíjate en Rymer; fíjate en Kavanagh, fíjate incluso en Toby o en el Destripador, que por edad y carácter llevan seguramente una vida casta. Fíjate, por supuesto, en Ted. Bueno, no los conoces lo suficiente, pero yo sí. Los conozco. Nadie piensa en otra cosa que en mujeres y hombres, la totalidad del día es un trámite para detenerse en un momento dado y dedicarse a pensar en ellos, el objeto de la cesación del trabajo o del estudio no es otro que *llegar a pensar* en ellos, hasta estando con ellos pensamos en ellos, al menos yo. Los paréntesis no son ellos, sino las clases y las investigaciones, las lecturas y los escritos, las conferencias y las ceremonias, las cenas y las reuniones, las finanzas y el politiquero, la totalidad de lo que aquí consideramos la actividad. La actividad productiva, la que reporta dinero y seguridad y estima y nos permite vivir, la que hace que una ciudad o un país marche y esté organizado. La que nos permite, luego, dedicarnos a pensar en ellos con toda la intensidad. Hasta en este país es así, en contra de nuestra pretensión y fama, en contra de lo que a nosotros mismos nos gusta creer. Eso es el paréntesis, y no al revés. Todo lo que se hace, todo lo que se piensa, todo lo demás que se piensa y maquina es un *medio* para pensar en ellos. Hasta las guerras se libran para poder volver a *pensar*, para renovar ese pensamiento fijo en nuestros hombres y en nuestras

mujeres, en los que ya han sido nuestros o lo podrían ser, en los que ya conocemos y en los que nunca conoceremos, en los que fueron jóvenes y en los que lo serán, en los que han estado ya en nuestras camas y en los que nunca pasarán por ellas.

—Es una agradable exageración.

—Puede ser, pero eso es lo que veo en mí mismo y a mi alrededor. Lo veo incluso en esta ciudad en la que el estudio, se supone, no deja lugar ni tiempo para nada más. Y será siempre así. Sé que cuando sea viejo, cuando esté retirado y no pueda dedicarme más que a recibir insinceros honores y a cuidar mi jardín, seguiré pensando en ellos y deteniéndome por la calle a admirar a gente que hoy no ha nacido aún. Es lo único que no cambiará, estoy seguro. Por eso, también, pienso ahora tan intensamente. Fabrico y almaceno futuros recuerdos preparándome un poco de variedad en la vejez. Mi vejez será solitaria, como la de Toby. Deberías hacer amistad con él.

—¿Debo fijarme también en Clare Bayes? ¿En quién piensa ella?

—Oh, no lo sé, yo hablaba de los pensamientos de los hombres, de los varones, los únicos que conozco bien, los únicos de los que estoy seguro de saber cómo son, con escasas variaciones sin importancia. Supongo que Clare pensará en su marido, también en su hijo, sin duda en su padre, con quien tiene una relación intensa y ambigua por lo que yo sé: resentimiento e incondicionalidad, esperanza e indignación, algo así. Supongo que para ella sólo hay hombres, como para mí. Pasó su infancia rodeada de mujeres en Egipto y la India, aunque en cambio le faltó la madre, la principal. Nunca habla, nunca ha hablado de su madre al menos; imagino que murió siendo ella muy niña, me pregunto si tal vez en el parto, no lo sé, nunca la ha mencionado delante de mí. Al padre, diplomático, lo veía muy poco. Según cuenta, durante su infancia hay siempre a su lado un aya morena con vestido talar: la mirada se le

suaviza cuando ve por la calle a alguna inmigrante que aún no ha perdido sus vistosas ropas de la tierra dejada atrás. Su vida ha sido extraña, como la de tantos ingleses para los que su país fue sólo un nombre hasta que volvieron ya mayores, o vinieron por primera vez. Ahora ya no hay de esos apenas, es una especie a punto de extinguirse. Ella vino a estudiar aquí y ha acabado enseñando aquí. No suele ocurrir. La mayoría de nuestros estudiantes logran colocarse donde hay dinero de verdad, en las finanzas o en la administración, aunque de lo que más sepan sea de Góngora o de Cervantes. Es el privilegio de estudiar aquí, se supone que después de sufrir nuestros métodos y nuestra persecución, cada vez menos intensa, están capacitados para cualquier tarea, aunque se hayan limitado a escandir sonetos y a balbucear incongruencias en los orales sobre Calderón o Montaigne. Sólo los más torpes para la vida del mundo, como yo, acabamos regresando con nuestra toga a cuestras. —Cromer-Blake se quitó por fin la suya al tiempo que decía esto, momento que yo aproveché para deshacerme también de la mía, a la que nunca me acostumbré en privado y a la que —sobre mí— veía a veces un sospechoso y desagradable parecido con la ridícula y por fortuna abolida capa típica de mi país. Cromer-Blake colgó con cuidado las telas negras detrás de la puerta y volvió a sentarse. Seguía bebiendo oporto y empalmó mi primer cigarrillo con un segundo, que estuvo a punto de encender por la mitad. Llenaba el aire de humo no filtrado por los pulmones, mucho más aparatoso y denso que el que yo exhalaba (filtrado) de vez en cuando. Cromer-Blake estaba borracho, probablemente mucho más que yo, pero seguía hablando con tanta decisión y soltura como cuando quería hundir a algún colega de otra universidad invitado a los seminarios que se celebraban semanalmente en la biblioteca de la Tayloriana (era muy cruel con los hagiógrafos de García Lorca, al que juzgaba un primavera, un fraude: le encantaba

utilizar jerga antigua en mi lengua).— El caso de Clare es distinto, ella sabe manejarse bien en el mundo y podría haber hecho carrera diplomática perfectamente, como su padre, que la habría ayudado. No sé por qué ha terminado aquí, tal vez por Ted, por la enseñanza no le veo tanto como pasión. Pese a nuestra amistad de hace años, pese a lo magníficamente que nos llevamos y a lo mucho que compartimos, creo que no la conozco muy bien. Hay en ella algo raro, algo opaco o turbio, como si su pasado extranjero impidiera su visión cabal y la hiciera finalmente incomprensible. De la mayoría de las personas se sabe o se intuye, a partir de cierta edad, qué quieren o qué se proponen, qué les interesa de veras o por lo menos a qué les gusta dedicar su tiempo. De ella no lo sé bien, no a ciencia cierta. Yo reconozco que pienso sólo en mis jóvenes, pasados, presentes y venideros. En realidad sólo en eso, aunque por mis actividades y mi profesión parezca que también me interesa la literatura española (que no me interesa en absoluto, o no más que la de cualquier otro lugar, de hecho menos que la de algunos lugares) y la promoción académica (que sólo me interesa a medias, no por ambición, sino para evitarme riesgos y hacer mi trabajo más cómodamente) y las intrigas que se traman todo el tiempo en esta ciudad. Estas me interesan algo más, lo confieso, pero no me dedico a ellas en cuerpo y alma, como hacen tantos. Al fin y al cabo, el objeto último de todas esas intrigas es monetario, es sólo el dinero, pero las grandes sumas que los *colleges* mueven son siempre institucionales, nadie puede adueñarse de ellas ni sacarles provecho: yo mismo dispongo ya de mucho dinero, manejo mucho en forma de bolsas de estudio, investigación y viajes, pero soy sólo un usufructuario, como lo son también el tesorero y el *warden*. Ha habido tesoreros por cuyas manos y decisiones han pasado millones de libras que además ellos han tenido la gentileza de multiplicar durante su gestión; luego, para pagar sus entierros, ha habido que realizar

colectas. En cuanto uno se jubila, o muere, el dinero que uno administra y reparte, y distribuye y destina, y ve y toca y hace crecer, desaparece sin dejar beneficio personal ni huella, pasa a un usufructuario nuevo. Aquí sólo cuentan las instituciones, y uno puede llegar a ser muy poderoso en tanto que miembro o representante de una institución, pero no se puede llegar a nada sin ellas o fuera de ellas. De ahí que convenga estar siempre en buenos términos con el *warden*, no digamos con el tesorero. Todo lo que tenemos, todo lo que disfrutamos, incluidas las influencias londinenses, políticas y financieras, dura lo que nuestro cargo, nuestra actividad o nuestra vida, no más. Una de las cosas que más echa de menos Toby es que ya no le consulten apenas de Londres. La destitución es posible, pero no la herencia. Esa es una de las razones, creo yo, por las que hay tanto soltero aquí. No anima a fundar una familia saber que, después de una vida de disciplina y entrega pero también de autoridad y riqueza, a esa familia no se le podrá dejar más que una mísera pensión de oscuro profesor universitario. Yo aspiro, con todo, a ser un día el tesorero de este *college*. Sé que no lamentaré demasiado renunciar al dinero cuando me toque hacerlo. Sobre todo sé que no habrá ningún hijo malcriado o mal acostumbrado que me lo reproche, quiero decir la extrema pobreza que nos aguardaría después de los años fastos. No hay peligro de que yo vaya a fundar una familia.

Bursar, esa era la palabra muy oxoniense que empleaba Cromer-Blake para denominar lo que quería llegar a ser. ‘Cromer-Blake no quiere hablarme ni contarme nada de Clare Bayes’, pensé. ‘Es capaz de perorar durante horas sobre cualquier tema haciendo que *parezca* que está hablándome de Clare Bayes, pero aún no me ha dicho nada de lo que me conviene saber; es capaz de revelarme sus deseos más íntimos y sus ambiciones más verdaderas, de hacerme toda clase de confesiones que no le pido con tal de no decirme nada decisivo sobre su amiga Clare Bayes.

Si lo que quiere es distraerme, disuadirme y protegerla de cualquier tentativa de seducción por mi parte se está equivocando de método. Cuanto más eluda o demore decirme cosas que me interesen, mayor se hará ese interés, más urgente, más exclusivo, más abarcador. Hasta estoy olvidándome de la chica del tren, demasiado potencial, demasiado joven, demasiado autónoma, demasiado inconsciente de su propia presencia. Clare Bayes no es así. Clare Bayes sabe más de sí misma, que es el conocimiento que hace atractivas a las personas, lo que les da valor: que puedan dirigirse, que puedan preparar y conducir sus actos. Lo que conmueve es hacer sabiendo que lo que se hace o deja de hacer tiene peso y significación. El azar no conmueve, y lo inocente no encierra más promesa que la forma en que dejará de serlo. Clare Bayes debe de tener amantes, aunque Cromer-Blake no me lo quiere decir, seguramente por amistad y respeto hacia su marido, más que por discreción (Cromer-Blake, por lo que ha contado, necesita y aprecia, dependerá de la indiscreción). ¿Qué me importa a mí su marido, al que no conozco ni —si puedo evitarlo— pienso conocer jamás? ¿Qué me importan los lazos establecidos en esta ciudad a la que no pertenezco y en la que no me voy a quedar? ¿Qué influencia o qué peso tiene lo que haya acontecido antes de mi llegada, antes de mí? Aquí no padezco la responsabilidad de haber asistido, no he asistido a nada. Este lugar inmóvil se puso en marcha el día en que pisé su suelo por primera vez, sólo que yo no lo he sabido hasta esta noche de perturbación. Y una vez que me haya ido, ¿qué importancia tendrá lo que acontezca ahora? No dejaré ningún rastro. Para mí este territorio es territorio de paso, pero se trata de un paso lo bastante dilatado para que deba procurarme lo que se llama *un amor* mientras estoy aquí. No puedo permitirme disponer de todo mi tiempo y no tener en *quién* pensar, porque si lo hago, si no pienso en alguien sino sólo en *las cosas*, si no vivo mi estancia y mi vida en el conflicto con alguien o

en su previsión o anticipación, acabaré no pensando en nada, desinteresado de cuanto me rodea y también de cuanto pueda provenir de mí. Quizá tenga razón Cromer-Blake, al menos en parte: quizá lo más pernicioso, y además imposible, es no pensar en mujeres o en su caso en hombres, en una mujer, como si hubiera una parte de nuestro cerebro que sólo pudiera ocuparse con esa clase de pensamientos que las demás partes rehúyen y tal vez desprecian pero sin los que tampoco ellas pueden funcionar fértilmente, debidamente. Como si no pensar en nadie (aunque ese alguien sean muchos) impidiera pensar en nada. Al menos sucede así con las personas que no son serias. Yo no soy serio, en realidad no se me puede tomar en serio, mi pensamiento es errático, mi carácter endeble, pero pocos lo saben, y, sobre todo, nadie lo sabe aquí, seguramente nadie se lo ha preguntado. Así que voy a preguntarle directamente a Cromer-Blake, aprovechando que estamos borrachos y que las preguntas de los borrachos siempre obtienen respuesta, voy a preguntarle inmediatamente si Clare Bayes tiene o ha tenido amantes, si está enamorada de su marido, si cree que yo tengo posibilidades de éxito si intento convertirla en la persona en la que pensaré durante los dos años (ya menos, ya menos) que voy a permanecer aquí. Estos dos años que serán una perturbación. Puesto que está destinado a ser la figura paterna y la figura materna le voy a pedir consejo a Cromer-Blake y voy a preguntarle si puedo ser el usufructuario de Clare Bayes durante este tiempo, sólo el usufructuario, sin beneficio personal ni huella. Voy a preguntárselo en el acto, sin volver a encauzar la conversación, a quemarropa, como jamás se pregunta nada en Inglaterra pero sí en Madrid, aunque Cromer-Blake acabe de decir varias veces la palabra *bursar* y parezca estar ajeno y desviado de lo que me interesa saber. Voy a preguntárselo a bocajarro y no tendrá más remedio que responder, sí o no. Él debe saberlo, aunque también puede responder no lo sé.’

—¿Clare Bayes tiene amantes? —dije, y lo cierto es que cuando lo dije aún no me había preparado lo suficiente para decirlo, se me escapó sin querer.

—¿Qué? —dijo Cromer-Blake—. Sí. No. No lo sé.

Cuando uno está solo, cuando uno vive solo y además en el extranjero, se fija enormemente en el cubo de la basura, porque puede llegar a ser lo único con lo que se mantiene una relación constante, o, aún es más, una relación de continuidad. Cada bolsa negra de plástico, nueva, brillante, lisa, por estrenar, produce el efecto de la absoluta limpieza y la infinita posibilidad. Cuando se la coloca, a la noche, es ya la inauguración o promesa del nuevo día: está todo por suceder. Esa bolsa, ese cubo, son a veces los únicos testigos de lo que ocurre durante la jornada de un hombre solo, y es allí donde se van depositando los restos, los rastros de ese hombre a lo largo del día, su mitad descartada, lo que ha decidido no ser ni tomar para sí, el negativo de lo que ha comido, de lo que ha bebido, de lo que ha fumado, de lo que ha utilizado, de lo que ha comprado, de lo que ha producido y de lo que le ha llegado. Al término de ese día la bolsa, el cubo, están llenos y son confusos, pero se los ha visto crecer, transformarse, formarse en una mezcla indiscriminada de la cual, sin embargo, ese hombre no sólo conoce la explicación y el orden, sino que la propia e indiscriminada mezcla es el orden y la explicación del hombre. La bolsa y el cubo son la prueba de que ese día ha existido y se ha acumulado y ha sido levemente distinto del anterior y del que seguirá, aunque es asimismo uniforme y el nexo visible con ambos. Es el único registro, la única constancia o fe del transcurrir de ese hombre, la única *obra* que ese hombre ha llevado a cabo verdaderamente. Son el hilo de la vida, también su reloj. Cada vez que uno se acerca al cubo y echa en él algo, vuelve a ver y a tener contacto con las cosas que tiró en las horas previas, y eso es lo que le da un sentido de la continuidad: su día está jalonado por sus visitas al cubo de la basura, y allí ve el envase del yogurt de fruta que desayunó, y aquel paquete de tabaco del que al comenzar la mañana quedaban sólo dos cigarrillos, y los sobres ahora vacíos y rotos que le trajo el correo, los botes de coca-cola y la viruta de un lápiz al que

sacó punta antes de empezar el trabajo (aunque fuera a escribir con pluma), las hojas arrugadas que juzgó imperfectas o equivocadas, el envoltorio de celofán que contuvo tres sandwiches, las colillas vertidas numerosas veces desde los ceniceros, los algodones empapados en colonia con los que se refrescó la frente, la grasa de los fiambres que comió distraído para no interrumpirse, los informes inútiles recogidos en la facultad, una hoja de perejil, una de albahaca, papel de plata, las briznas, las uñas que se cortó, la oscurecida piel de una pera, el cartón de la leche, el frasco de la medicina acabada, las bolsas inglesas de papel crudo y áspero en las que envuelven sus libros los libreros de viejo. Todo se va apretando y se va concentrando, se va tapando y se va fundiendo, y así se convierte en el trazo perceptible —material y sólido— del dibujo de los días de la vida de un hombre. Cerrar y anudar la bolsa y sacarla fuera significa comprimir y clausurar la jornada, que tal vez habrá estado punteada tan sólo por esos actos, por el acto de arrojar desechos y mondaduras, el acto de prescindir, el acto de seleccionar, el acto de discernir lo inútil. El resultado del discernimiento es esa *obra* que impone su propio término: cuando el cubo rebosa está concluida, y entonces, pero sólo entonces, su contenido son desperdicios.

Yo empecé a fijarme diariamente en el cubo de la basura y en el proceso de sus metamorfosis alrededor de un año después de la noche que acabo de recordar, cuando, por diversas causas de las que hablaré en otro momento, veía a Clare Bayes menos de lo que deseaba (y no la había sustituido), y mi trabajo en la ciudad de Oxford había adelgazado aún más si cabe (o quizá era que cada vez lo hacía más maquinalmente). Estaba más solo y más desocupado, y la fase de descubrimiento había terminado hacía tiempo. Pero ya antes, desde el principio, me fijaba mucho en el cubo durante los fines de semana, porque, efectivamente, los domingos en Inglaterra no son simples y mortecinos domingos que, como

en todas partes, hay que atravesar de puntillas sin llamar su atención ni hacerles el menor caso, sino domingos desterrados del infinito, como me parece que fue Baudelaire quien dijo. Durante el resto de la semana, y pese a mis pocas obligaciones, tenía más distracciones, y una que en esa ciudad nunca falta (puede convertirse en la principal para quien se haga adicto) es la búsqueda de libros agotados, antiguos, raros, de coleccionista enfermizo o estrafalario. Las librerías de viejo, para el que tenga gusto por ellas, son el paraíso polvoriento y recóndito de Inglaterra, frecuentado además por los caballeros más distinguidos del reino. Su variedad y abundancia, la ilimitada riqueza de sus fondos, la rapidez con que se renuevan sus existencias, la imposibilidad de explorarlas nunca a conciencia, el mercado reducido pero pujante y vivo que representan, las convierte en un territorio siempre sorprendente y remunerador. Durante mis dos años de ojeo y caza con mis enguantadas manos encontré maravillas inencontrables a precios ridículos, como los diecisiete tomos de la primera y única edición completa de la traducción de *Las mil y una noches* de Sir Richard Francis Burton (más conocido por los libreros como Captain Burton), que se fue publicando hace ya más de un siglo en limitada tirada de mil ejemplares numerados de cada volumen, sólo para suscriptores del Burton Club y con el compromiso (cumplido) de nunca ampliarla ni repetirla: nunca más, en efecto, la totalidad de ese exuberante texto victoriano ha vuelto a imprimirse, sino sólo selecciones o ediciones espúreas que, pretendiéndose completas, en realidad habían sido expurgadas de cuanto en su tiempo se consideró (o consideró la mujer de Burton) que eran obscenidades. El cazador de libros está condenado a especializarse en lo que se refiere a sus principales presas, a las que rastrea con mayor ahínco, y al mismo tiempo acaba haciéndose, irremediabilmente, cada vez más generoso y acomodaticio en sus intereses, según se le va inoculando el virus irrefrenable del

coleccionismo. Así fue en mi caso, y a la vez que mi curiosidad se dilataba y se dispersaba, hubo cinco o seis autores a los que decidí convertir en el objetivo sistemático y primordial de mis búsquedas, sin que en su elección interviniera más el deseo de leer y poseer sus libros que la propia dificultad de hallarlos. Autores secundarios, extraños, malogrados, olvidados o nunca apreciados, que pocos conocen y que ni siquiera se reeditan habitualmente en su país de origen, de entre los cuales el más famoso y menos secundario (pero mucho más famoso en mi país que en el suyo) era el galés Arthur Machen, aquel raro escritor de estilo refinado y sutiles horrores que, en una encuesta hecha a cincuenta literatos británicos durante nuestra Guerra Civil, fue el único que —quizá para no desdecirse de sus afinidades con el terror más puro— hizo públicas sus preferencias por el bando de Franco. Sus libros, pese a su fama, no son fáciles de encontrar en sus versiones inglesas originales, y aún menos en ediciones antiguas, muy valoradas por los coleccionistas, de modo que a partir de un momento dado, y en vista de que me costaba dar con muchos de los títulos que me faltaban, advertí a algunos libreros para que me los reservaran si se los cruzaban en su camino y aun me los procuraran.

Los libreros ingleses de viejo viajan todavía por el país, visitando librerías vetustas de ciudades relegadas y de pueblos perdidos, acudiendo a las casas de campo donde ha habido un muerto instruido con descendencia iletrada, pujando ventajosamente en míseras subastas locales, no perdiéndose una improvisada o espontánea feria provincial de libros (celebradas frecuentemente en lugares tales como el parque de bomberos, el vestíbulo de un hotel sin clientes o el claustro de una iglesia). Viajan e investigan y husmean incesantemente, y por eso tiene sentido hablarles de lo que se quiere obtener, porque es muy probable que lo consigan. Entre estos libreros con los que tuve tanto trato había un

matrimonio que se apellidaba Alabaster y que contribuyó de manera notable a las extravagancias de mi biblioteca. Su tienda era pequeña, confortable y sombría, ingenua y malsana, una mezcla de lugar acogedor y lugar del espanto, con hermosas estanterías de madera noble completamente combadas y apenas visibles por el peso y el desorden inconcebible de los millares de libros que, más que ocuparlas, las oprimían y sepultaban. Debían de ganar bastante dinero, porque dentro de aquel local rancio, polvoriento y oscuro, iluminado por un par de lámparas con pantalla de vidrio hasta en las horas más claras de la mañana, brillaba con su propia luz un aparato de televisión que, en cerradísimo circuito, les permitía ver el sótano de la tienda y lo que en él sucedía bajo su única bombilla parpadeante sin tener que bajar y subir escaleras cada vez que un comprador posible se atrevía a explorarlo. Aquel matrimonio parecía —como si quisiera participar de la modernidad con la que tan reñida estaba su mercancía— pasarse la jornada mirando por televisión (en blanco y negro) lo que tenía a unos pocos metros, bajo sus pies (en color). La señora Alabaster era sonriente y autoritaria, con una de esas sonrisas inglesas que uno ha visto derrochar en el cine a los afamados estranguladores de esa nacionalidad en el momento de elegir nueva víctima. De mediana edad, con el pelo canoso, la mirada vehemente y los dientes encapsulados, llevaba siempre puesto un chal de lana rosa, y, sentada ante una mesa, escribía permanentemente en un libro de contabilidad de tamaño enorme. A juzgar por su actividad constante, sólo interrumpida (a menudo) para contemplar con atención e interés a través de su monitor el piso de abajo de la librería (casi siempre vacío, siempre sin acontecimientos), las partidas de dinero que manejaba el matrimonio Alabaster debían de ser inmensas y su anotación complicada. El señor Alabaster, el marido y titular original del nombre, era igualmente sonriente, pero su sonrisa se correspondía más bien con la

de la anónima víctima del estrangulador justo antes de saber que va a serlo. Era un hombre bien vestido (de sport) y apuesto, con sus cabellos grises intactos y peinados cuidadosamente y un cierto aire de viejo conquistador teórico (de esos a los que la extracción social o un matrimonio temprano y férreo no ha dejado probar sus encantos) al que no han abandonado la coquetería ni el olor a colonia de sus años menos hipotéticos. Pero a pesar de que él estaba también allí invariablemente, no recuerdo que contestara una sola vez a mis preguntas ni a mis consultas. Sonreía y daba los buenos días como un hombre enérgico y espíritoso (toda su actitud era intrépida), pero delegaba cualquier asunto o respuesta, por nimios que fueran, en el mayor saber y autoridad de su esposa. Se volvía hacia ella y repetía con vivacidad —apropiándosela, como si él fuera el interesado en saber— la pregunta que se le acababa de hacer, exacta (‘¿Nos ha llegado algo de Vernon Lee, querida?’), limitándose a añadir al final la palabra *darling*. Así como ella se beneficiaba de la mesa y de una cómoda butaca, él debía contentarse con estar sentado en uno de los peldaños de la escalera de mano de la que yo mismo, sintiéndome un poco culpable, lo desalojaba frecuentemente para curiosear en los estantes más olvidados e inalcanzables. Se quedaba de pie hasta que yo había terminado por las alturas, y entonces, tras pasar un paño sólo por el escalón que era su asiento, volvía a ocuparlo sin impaciencia. Cada vez que entraba me los encontraba así, en las mismas posición y disposición inmutables, ella haciendo números en su gran cuaderno o vigilando la televisión con sus ojos vehementes, él mal apoyado en la escalera de mano, cruzado de brazos (nunca le vi leyendo uno de sus libros ni hojeando un periódico, menos aún conversando con la señora Alabaster) y en actitud de espera, mirando asimismo el piso de abajo (indirectamente) en el caso de mayor actividad posible. La alegría y mundanidad con que el señor Alabaster saludaba a cualquier cliente que

entrarse indicaba que, en su pasividad subalterna, la mera aparición de alguien por la puerta de la tienda debía de ser el acontecimiento del día, y su efusivo saludo a ese alguien el momento más glorioso y sociable de su jornada. Porque lo cierto es que luego, como ya he dicho, era incapaz de contestar a una sencilla pregunta o de señalar con el dedo (‘¿Tenemos una sección de viajes, querida?’) el estante adecuado para lo que el comprador buscara. Absorto en la televisiva observación de su sótano, llegué a preguntarme si el matrimonio Alabaster estaría facultado para ver algo que a los demás humanos resultase invisible. Más de un vez, inspeccionando el sótano, escudriñé los rincones y el suelo más que los libros, en la esperanza de descubrir algún animal minúsculo que allí guardaran o de oír la delgada respiración de un fantasma. Nunca vi ni oí nada, de modo que cuando descendía a aquel piso telarañoso para rebuscar entre la penumbra, suponía al matrimonio Alabaster excitado y conteniendo el aliento ante la aparición de mi propia figura —que acababan de ver arriba— en su aburrida pantalla, y en más de una ocasión estuve tentado de hacer disparates o robar algún tomo para ofrecerles un poco de diversión o alarma. No llegué a ello, pero sí procuraba entretenerme allí y hacer amenos mis movimientos, desplazarme por el sótano veloz e ilógicamente, quitarme y ponerme los guantes repetidas veces, abrirme y cerrarme el abrigo, atusarme el pelo, hacer mucho ruido al sacudir el polvo de los volúmenes, hojearlos aparatosa o detenidamente, tomar notas en mi agenda, taconear fingiendo impaciencia o duda, toser, suspirar, mascullar, lanzar exclamaciones en español y brindarles la mayor variedad posible en el exiguo espectáculo en que sin duda me convertía para aquellos cuatro ojos (dos ingenuos y dos malsanos) que me escrutaban mientras cazaba libros.

Poco después de haberles informado de mi interés por cualquier título de Machen con que se encontraran (aunque la verdad es que ellos no

parecían alejarse una milla de la ciudad de Oxford), observé, durante varios días de correrías librescas, a un individuo que parecía hacer, con leve retraso, mis mismísimos recorridos. Lo vi rebuscando en la gigantesca librería del anticuario Waterfield, en el misterioso piso de arriba de la tienda de grabados Sanders, en Swift y en Titles, vecinos de Turl Street, en la sección de segunda mano de la monumental y completísima Blackwell's, en los tres pisos de Thornton's, en la alejada Artemis e incluso en la diminuta Classic Bookshop, especializada en textos griegos y latinos. No me tengo por mal observador, pero reconocer a aquel hombre carecía de todo mérito: él mismo era bastante singular, pero lo que más llamaba la atención era el perro que siempre lo acompañaba y que se quedaba fuera esperando a la puerta de las librerías. Era un bonito terrier de color caoba y cara despierta al que faltaba una pata —la pata trasera izquierda—, limpiamente amputada. Por ese motivo aguardaba siempre echado, pero se ponía inmediatamente en pie en cuanto sentía salir a alguien del establecimiento a cuya puerta había quedado atado, confiando, supongo, en que se tratase de su bibliómano dueño. Como yo solía llegar antes que él a las librerías, solía salir también antes de ellas, y cada vez que lo hacía allí estaba el terrier alzándose y dejando ver su pequeño muñón pulido, como una aleta atrofiada. Yo le acariciaba la cabeza y el perro volvía a sentarse. Nunca le oí ladrar ni gruñir aunque estuviera lloviendo o batiese el viento, nunca le vi un mal gesto. Al hombre que lo llevaba, más o menos de mi misma edad, no le faltaba a su vez una pierna, pero cumplía con el precepto de que los dueños deben presentar cierto parecido con sus animales por medio de una notable cojera, también de la pierna izquierda. Aunque durante aquellos dos o tres días no llegué a verlos juntos (el hombre siempre dentro y el perro fuera), la asociación era fácil, y la reiteración de sus dos presencias la hacía inequívoca. El hombre vestía ropa buena

aunque algo depauperada, llevaba con naturalidad sombrero y los colores de su piel y pelo tendían a ser irlandeses. En él me había fijado —no mucho, pero inevitablemente— en el interior de las librerías, pues incluso en las más extensas y en las más laberínticas había coincidido con él en algún momento revisando los mismos estantes. Sólo nos habíamos cruzado fugaces miradas neutras, esto es, veladas. En ningún instante se me ocurrió pensar que aquel individuo tuviera que ver con mis imprevisibles pasos, menos aún que los fuera siguiendo, aunque resultaba extraño que, siendo tan reconocible, no lo hubiera visto nunca con anterioridad a aquellos precisos días, ni siquiera por la ciudad paseando, y en cambio me lo encontrara ahora lo suficiente para que las menoscabadas figuras de él y su perro, si bien poco notadas, me inquietaran ligera y momentáneamente. Tal vez fueran forasteros de paso, un librero de Londres haciendo una batida en Oxford.

Uno de aquellos domingos desterrados del infinito estaba yo trabajando por la mañana en mi casa piramidal y poco acogedora, y de vez en cuando levantaba la vista de mis papeles para mirar por la ventana, como era mi costumbre en ese día de la semana, a una joven y agradable florista gitana que, vestida con botas altas, jeans y cazadora de cuero, solía colocarse en la acera de enfrente los días festivos —aunque diluviara o nevara— y a la que a veces compraba un ramo para cruzar unas pocas palabras en medio de mi destierro. Al alzar la mirada por enésima vez en una breve pausa, vi avanzar desde la calle que llaman St Giles' al hombre y al perro de la cojera, mostrando claramente su defecto el primero, conspicuamente su ausencia el segundo. Iban por la otra acera, y pude ver durante un buen rato cómo se acercaban renqueando hasta el puesto de la florista, junto al que se detuvieron. 'El hombre sale en domingo', pensé, 'cuando están todas las librerías cerradas.' Le vi quitarse el sombrero para comprarle o bien charlar con la chica y volví a

fijar los ojos en mi aburrida tarea universitaria. Unos segundos después sonó el timbre de mi casa, y pensé que tal vez sería la florista a pedirme un vaso de agua, como me pedía a veces para recibir en su lugar una coca-cola o una cerveza, pero al levantar la vista antes de bajar comprobé que seguía en su lado de la calle. Bajé y abrí, y el hombre del perro sin pata trasera izquierda me sonrió tímidamente al pie de los escalones de entrada con el sombrero marrón en la mano apoyado contra su pecho.

—Buenos días —dijo—. Me llamo Alan Marriott. Debería haber telefoneado. Pero no tengo su número. Sólo sus señas. Tampoco tengo teléfono. Me gustaría hablar un momento con usted. Si no está muy ocupado. He esperado al domingo. Es el día en que la gente está menos ocupada. Generalmente. ¿Podemos pasar? —Hablabla puntuando cada frase y con escasa utilización de las conjunciones, como si también su habla padeciera cojera. No llevaba corbata pero parecía llevarla, quizá por influencia del sombrero, quizá porque su camisa era azul oscura y abotonada hasta el cuello. No parecía en absoluto universitario, tampoco un pobre ni un parado. Lucía dos sortijas —tenía mal gusto— en la mano que sujetaba el sombrero. Había en él algo miserable e inacabado, puede que fuera sólo efecto de la cojera.

—¿Le importaría decirme de qué se trata? Si es algo religioso no tengo tiempo.

—Oh, no. No es en absoluto religioso. A menos que se considere así a la literatura. No lo creo. Es literario.

—¿Qué le sucedió al perro?

—Fue una pelea.

—Está bien. Suba y me lo cuenta.

Los hice pasar y los conduje hacia la escalera de caracol, pero antes de empezar a subir, como si conociera o imaginara la casa, el hombre cojo dio un paso hacia la cocina y me preguntó con cortesía:

—¿Dejo al perro en la cocina?

Miré al pobre trípode, tan obediente y pacífico.

—No, súbalo, merece consideración. Estará mejor con nosotros.

En el piso de arriba, el segundo, donde tenía la habitación que me hacía las veces de salón y despacho, el hombre no pudo evitar que se le fueran de inmediato los ojos hacia los pocos libros que solía tener en Oxford (cada cierto tiempo me hacía enviar a Madrid voluminosos paquetes con lo ya cobrado) y que apenas ocupaban un par de estantes. Le pregunté, con hospitalidad latina de la que nunca logré deshacerme, si deseaba tomar algo, a lo que respondió que no, más por la sorpresa del ofrecimiento que porque no lo quisiera. Era claro que se sentía intruso. Yo me senté en la silla en la que trabajaba y le dejé el sofá. No se quitó la gabardina para tomar asiento, la tenía ya arrugada. El perro se echó a sus pies.

—¿Qué le pasó?

—Unos gamberros en la estación de Didcot. Se metieron conmigo. El perro salió en mi defensa. Mordió a uno de ellos. Malamente, le hizo daño. Entre todos lo cogieron y lo pusieron sobre la vía del tren que esperábamos. Más allá de los andenes. A mí también me sujetaban. Me tapaban la boca. Era de noche tarde. Querían que el tren lo cortase en dos mitades. Longitudinales. Pero cuando el tren llegó no tuvieron valor para aguantar hasta el final con las manos tan cerca de la vía. Aquel tren no parecía que fuera a aminorar la marcha. No paró. No era el nuestro. Él se volteó y perdió sólo la pata. No sabe cómo sangraba. Salieron corriendo espantados, a través del campo. Yo me llevé sólo unos bastonazos. Lo de mi pierna es poliomielitis. La tuve de niño.

—No sabía que la estación de Didcot fuera tan peligrosa.

—Sólo los días de partido. Bueno, fue cuando el Oxford United subió a primera. No pasará muchas veces.

No pude evitar darle unas palmaditas en el lomo al perro, que las recibió con total indiferencia.

—¿Era cazador?

—Sí. Ya no caza.

—Libros, quizá —dije sin saber si debía decirlo.

El hombre sonrió levemente. Tenía una cara afable, con ojos azules muy pálidos, grandes y un poco estrábicos. Era difícil mirárselos y saber hacia dónde miraban, más por la translucidez de su iris que por su estrabismo.

—Sí. Perdone. Fue la señora Alabaster quien me habló de usted. Ella me dio sus señas.

—¿La señora Alabaster? Ah, sí, se las dejé para que me mandara aviso si encontraba unos libros. No sé si debería habérselas dado a usted.

—Sí. Lo sé. No se enfade. Debe disculparla. Ella me conoce bien. Me habló de usted y yo tuve interés por conocerle. Le insistí mucho. Estos días he estado siguiéndolo por las librerías. No quería abordarlo en la calle. Se habrá dado cuenta.

—Siguiéndome. ¿Para qué?

—Para ver qué compraba y cómo compraba. Cuánto tiempo dedicaba a inspeccionar las estanterías y cuánto gastaba. En qué lo gastaba. Usted es español, ¿verdad?

—Sí, de Madrid.

—¿Es Arthur Machen conocido allí?

—Se han traducido algunas cosas. Borges ha escrito sobre él y lo ha elogiado mucho.

—No sé quién es Borges. Deberá darme la referencia. Es por Machen. Por lo que he venido a verle. La señora Alabaster me dijo que usted andaba buscando libros suyos.

—Es verdad. ¿Puede proporcionarme alguno? No he hallado mucho

hasta ahora. Usted es librero.

—No. Pero lo fui unos años. No es fácil dar con las cosas de Machen hoy en día. Yo lo tengo casi todo. No todo. Pero si encuentra algún título que no le interese o que ya tenga, cómprelo para mí de todos modos. Si no es caro. Siempre les encuentro destinatario. Tampoco he visto nunca *Bridles and Spurs*. Son ensayos. Se publicó en América. —Alan Marriott calló, y como yo no dije nada, pareció desconcertarse repentinamente. Empezó a darle vueltas al sombrero marrón con ambas manos. Miraba al suelo, luego hacia la ventana. Me pregunté si vería a la florista desde donde estaba. Pero no podía verla. Se ahuecó la gabardina. Bostezó el perro. Por fin dijo Marriott—: ¿Ha oído usted hablar de la Machen Company?

—No, ¿qué es?

—No puedo decírselo todavía. Quería saber si había oído hablar de ella. Para hablarle de ella tendría que saber antes si le podría interesar formar parte. No tenemos a nadie en España. Ni en Sudamérica. Usted regresará a España, ¿verdad?

—Sí, dentro de un año y pico, al final de este curso no, del próximo.

—No hay prisas.

—También voy ahora de vez en cuando, en vacaciones. Enseño en la universidad aquí. Escuche, es un poco difícil saber si quiero formar parte de algo que no sé en qué consiste.

—Sí, lo comprendo. Pero es así. Lo que cuenta es el nombre. La reacción ante el nombre. Uno reacciona siempre ante los nombres. Dicen mucho.

—¿Puede decirme al menos qué tendría que hacer?

—Oh, en principio sólo pagar una modesta cuota, diez libras por trimestre. Entonces estaría usted ya en la lista. Somos casi quinientos en Inglaterra. Más en Gales. Hay personas eminentes.

—¿Quinientos machenianos? ¿Y qué beneficio obtienen?

—Depende. Según los años. De momento iría usted recibiendo informes. Publicaciones también. No periódicas. Algunas se pagan aparte. Pero cuestan poco, se hace descuento y se pueden adquirir o no. Yo tengo ya doce años de antigüedad.

—Enhorabuena. Y no le ha pasado nada desde entonces, aparte de lo del perro en Didcot. Sólo unos bastonazos, ¿eh?

—¿Qué quiere decir?

—Nada malo, quiero decir.

—Oh, no, en absoluto. No correría usted ningún peligro, si eso es lo que quiere dar a entender. Esto no influye en la vida. Hay personas eminentes.

—¿Ningún horror? ¿Ningún terror? ¿La Machen Company?

Marriott se echó a reír.

—Tomaría una cerveza ahora, si no es demasiado pedir. —Tenía los dientes muy separados; su boca, retrospectivamente, pedía a gritos unos hierros infantiles. Sacó del bolsillo de su chaqueta un kleenex y se enjugó unas lágrimas que, extrañamente, habían saltado de sus ojos pálidos con una simple carcajada. Le subí la cerveza, que se bebió casi de un trago, toda espuma. Luego habló más fluidamente—: Los horrores de Machen son muy sutiles. Dependen en buena medida de la asociación de ideas. De la conjunción de ideas. De la capacidad para unir las. Usted puede no asociar nunca dos ideas de modo que le muestren su horror, el horror de cada una de ellas, y así no conocerlo en toda su vida. Pero también puede vivir instalado en él si tiene la mala suerte de asociar continuamente las ideas justas. Por ejemplo, esa chica que vende flores enfrente de su casa. No hay nada terrible en ella, por sí sola no puede infundir horror. Al contrario. Resulta muy atractiva. Es simpática y amable. Acarició al perro. Le he comprado estos claveles. —Y al decir esto sacó dos claveles

del bolsillo de la gabardina, doblados y ya medio espachurrados, como si los hubiera comprado sólo como pretexto para hablar con la florista—. Pero esa chica puede infundir horror. La idea de esa chica asociada a otra idea puede infundir horror. ¿No lo cree? Aún no sabemos cuál es la idea que falta, la idea adecuada para infundírnoslo. Su pareja espantosa. Pero es seguro que existe. La habrá. Es cuestión de que aparezca. También puede no aparecer jamás. Podría ser, quién sabe, mi perro. La chica y mi perro. La chica con su larga melena castaña y sus botas altas y sus largas piernas compactas y mi perro sin su pata izquierda. —Alan Marriott miró a su perro, que se había adormilado; miró hacia el muñón del perro. Lo tocó un instante—. Que el perro venga conmigo es normal. Es necesario. Es raro si se quiere. Quiero decir los dos juntos. Pero no hay horror en ello. Que el perro fuera con ella sería más contencioso. Sería quizá horroroso. El perro es sin pata. De haber sido de ella, no la habría perdido seguramente en una riña estúpida después de un partido. Eso es un accidente. Gajes del oficio de perro de un hombre cojo. Pero con ella tal vez la habría perdido por otra causa. El perro *es sin pata*. Con más motivo. Con más gravedad. No por un accidente. Es difícil imaginar a esa chica en una pelea. Quizá la habría perdido por *su* causa. Quizá, para que este perro hubiera perdido la pata perteneciendo a esa chica, tendría que habérsela amputado ella. ¿Cómo si no puede perder la pata un perro bien protegido, cuidado y querido por una chica tan atractiva y simpática que vende flores? Esa idea es horrible. Es horrible la imagen de esa chica cortándole la pata a mi perro con sus propias manos; viéndolo con sus propios ojos; asistiendo a ello —Las últimas frases de Alan Marriott sonaron levemente indignadas; indignadas con la florista. Se interrumpió. Parecía haberse asustado a sí mismo—. Dejémoslo.

—No, continúe, está usted a punto de inventar una historia.

—No. Dejémoslo. No es buen ejemplo.

—Como usted quiera.

Alan Marriott se metió las manos en los bolsillos de la gabardina, como anunciando que se apoyaría en ellos para levantarse.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Le podría interesar formar parte?

Yo me acaricié con un dedo entre la nariz y el labio, como hago cuando tengo dudas. Dije:

—Podría interesarme. Mire, hagamos lo siguiente si le parece. Le doy ya las diez libras del primer trimestre y estoy en la lista, con las personas eminentes. Más adelante le diré si me interesa.

—¿Cuándo? No crea que sólo hay personas eminentes.

—En un plazo breve. A lo largo, digamos, de los tres meses que cubro con mi cuota de ahora.

Alan Marriott miró con fijeza los dos billetes de cinco libras que yo había sacado de un cajón y había puesto sobre la mesita baja al decir esto. Creo que los miró con fijeza, sus ojos hialinos engañaban mucho.

—No es la norma. Pero usted es extranjero. No tenemos a nadie en España. Ni en Sudamérica. Le voy a dar mis señas. Por si encuentra algo de Machen repetido. O *Bridles and Spurs*. O también su introducción a *Above the River*, de John Gawsworth. Muy difícil de encontrar todo Gawsworth. Se lo apunto todo. Yo se los pagaré. Si no son muy caros. Hasta veinticinco libras. Primeras ediciones. No vivo lejos —Escribió rápidamente sobre un papel arrugado, me lo dio, cogió los billetes y se los guardó en la gabardina. Aprovechó que volvía a tener las manos en los bolsillos para apoyarse del todo en ellos y levantarse—. ¿Quiere un recibo por la afiliación?

—No, no creo que haga falta. Estoy en la lista, ¿no?

—Está en la lista. Gracias. Espero que continúe en ella. No le

entretengo más. Y perdone que no le telefonara. No tengo su número. Ni teléfono en casa. Me parece que voy a pedirlo. Pronto. Vámonos —le dijo al perro, que volvió a alzarse sobre sus tres patas y se sacudió el sueño. Marriott cogió el sombrero.

No le di mi número. Los dos bajaron y los acompañé hasta la puerta. Yo, que nunca había sido miembro de nada en Madrid, me había hecho en pocos meses miembro de la congregación oxoniense en virtud de mi cargo, miembro de St Antony's College, al que se me había adscrito desde la Tayloriana por mi condición de extranjero, miembro de Wadham College, al que me había adscrito por capricho Aidan Kavanagh, el jefe de mi departamento, y miembro de la Machen Company, a la que me había adscrito yo mismo sin saber con qué fin e ignorándolo todo acerca de ella. Los vi alejarse por mi acera, camino de St Giles' de nuevo, andando trompicadamente como borrachos por aquella monumental y amplia calle también desterrada del infinito. Se acercaba la hora de comer. Antes de cerrar la puerta saludé con la mano a la florista gitana, que ya estaba devorando un sandwich. No era tan atractiva como había dicho Marriott. Tenía los dientes grandes, su sonrisa era enorme, se veía a distancia mezclada con la lechuga. Yo sí la imaginaba en una reyerta en la estación de Didcot o en cualquier otro sitio, con su cazadora negra de cuero y su melena encrespada, dando patadas con sus botas altas, mordiendo —como el perro— con sus dientes grandes. Se llamaba Jane, era bruta y encantadora y yo sabía que estaba casada, a sus diecinueve años, con el hombre —para mí invisible: nunca bajaba a ayudarla— que todos los domingos y fiestas la depositaba y recogía enfrente de mi casa, con su mercancía, desde una furgoneta limpia y moderna. El marido podría haberle cortado la pata al perro.

De vuelta en el piso de arriba, recogí del sofá que había ocupado Marriott el bote de su cerveza, su kleenex enlacrinado y los dos claveles

tronchados, aún prendidos por su papel de plata, que había sacado para olvidárselos. Me fijé en las tres cosas mientras caían al cubo de la basura aquel domingo de marzo de mi primer curso en Oxford.

Ahora ya no me fijo tanto, paso semanas y aun meses utilizando el cubo sin prestarle atención, es posible que no me fije en absoluto o más que de tarde en tarde, un segundo, como cuando se recuerda algo tan repudiado o extinto que se lo ahuyenta en seguida para que no haya posibilidades de que vuelva a existir y para que se asemeje a lo que no existió. A lo que no tuvo lugar. En el breve espacio de tiempo transcurrido desde que abandoné la ciudad de Oxford demasiadas cosas han cambiado o han empezado o dejado de ser.

Ahora ya no vivo solo ni en el extranjero, sino que me he casado y vivo en Madrid otra vez. Tengo un hijo. Ese hijo es aún muy pequeño, no habla ni anda ni por supuesto tiene memoria, todavía no lo comprendo, no sé cómo ha llegado a suceder, me parece impropio de mí, extraño y ajeno, aunque vive con nosotros noche y día, no se ha ausentado un minuto desde que nació y para él no habrá fecha de caducidad, como puede haberla para su madre o para mí mismo, como la hubo para Clare Bayes o para mí mismo (tal vez) hace ahora dos años y medio, al término de mi estancia en Oxford. En cambio para él no hay plazo. Hace poco *no era*. Ahora es un niño eterno. A veces miro a este niño de pocos meses y recuerdo las palabras de Alan Marriott, me pregunto qué precisará este niño para causar horror, o a quién habrá venido a añadirse para que lo cause ese *quién*, me preocupa la fantasía de poder ser yo mismo —su padre— la idea precisa, la idea justa para que infundamos horror. Él la idea justa para que lo infunda yo. Lo miro dormido. Es un niño totalmente normal hasta ahora. Él, por sí solo, no puede infundir horror, al contrario, tanto su madre como yo, como todas las personas que nos rodean y nos visitan aquí en Madrid, sentimos hacia él el afán protector que suelen suscitar los niños de cortísima edad. Parecen frágiles. Y no se protege a lo que infunde horror, aunque también me pregunto si quizá lo horrible no será protegido por lo que Alan Marriott llamó su pareja

espantosa, por aquel o aquello que descubre o provoca el horror con su asociación, con su conjunción. Como el perro habría protegido a la florista y la florista al perro en el ejemplo puesto por Alan Marriott. Este hijo es muy querido por su madre y por mí, creo yo (para su madre será una deidad transitoria sentenciada a dejar de serlo), pero resulta obsesivo, como supongo que lo resultan todos en sus primeros meses, y hay veces en las que no desearía que desapareciera —no es eso en modo alguno, sería lo último, enloqueceríamos—, pero sí retornar a la situación de *ser sin hijos*, de ser un hombre sin prolongación, de poder encarnar siempre y sin mezcla la figura filial o fraterna, las verdaderas, las únicas a las que estamos acostumbrados, las únicas en las que estamos o podemos estar instalados naturalmente desde el principio. El ejercicio de la figura paterna o materna es una atribución del tiempo, sin duda un deber del tiempo. Requiere adaptación, concentración, es algo que *llega*. Aún no comprendo que este niño esté aquí y esté permanentemente, anunciando su duración increíble que nos sobrevivirá, ni que yo sea su padre. Hoy salí solo a unas conversaciones y a unos asuntos (a unos asuntos de mucho dinero: también eso ha cambiado, ahora gano y manejo mucho dinero, aunque no como un *bursar*), y en medio de una de las conversaciones me olvidé por completo de la existencia del niño. Quiero decir que me olvidé de que había nacido, de su nombre, de su cara, de su breve pasado al que tengo la responsabilidad de haber asistido, no simplemente que me abstraí de él durante un rato, lo cual no sólo es normal, sino beneficioso para ambos. El niño —eso es— no contaba. No me olvidé, en cambio, de mi mujer, para la que tampoco ha habido nunca ni hay fecha de caducidad prevista, como sí la hubo para Clare Bayes desde el primer instante en que puse mis ojos (con admiración sexual, que también tengo por Luisa) sobre su hermoso rostro tallado, leñoso, cuadrado, y su escote nocturno de tan buen gusto. (Con todo, a mi mujer

no hace tantísimo que la conozco, podía haberme olvidado de ella y sin embargo no lo hice.) Así, esta mañana, mientras hablaba con un financiero llamado Estévez, cincuentón y extrovertido (*impulsor*, se llamó a sí mismo con agrado tres o cuatro veces), el niño se asemejó a lo que no ha existido, más que a lo que ha dejado de ser. Durante no menos de cuarenta y cinco minutos, y mientras el impulsor Estévez me regalaba los oídos y me hacía propuestas magníficas, creí que no tenía ningún hijo, e hice mentalmente proyectos con mi mujer (sobre todo viajes) como si no existiese en absoluto este niño que aún no sabe andar ni tampoco hablar. Su vida fue literalmente borrada de mi cabeza durante no menos de cuarenta y cinco minutos. Desapareció, quedó anulada. Luego, sin que hubiera nada especial ni concreto que me lo trajera a la memoria, lo recordé. ‘El niño’, recordé. No me importó recordarlo —me alegré—, ni desechar de inmediato los planes que había ido trazando rápidamente mientras charlaba con el impulsor Estévez, un individuo muy alentador y entusiasta. En modo alguno me molestó. Pero sí me preocupé y me sentí culpable por haberlo olvidado, y eso me ha hecho volver a pensar hoy, como otras veces cuando lo miro dormido, si no seré yo su pareja espantosa, si no estaré destinado a serlo puesto que soy capaz de olvidarme por completo de su existencia a los pocos meses de su nacimiento. Esto no tiene por qué ser un indicio, le puede ocurrir a cualquiera, pero el olvido origina rencor, y el rencor espanto. Él me olvidará, porque no me habrá conocido en mi infancia ni en mi juventud. Hace un rato le pregunté a mi mujer, que es bastante objetiva y serena en su maternidad, si creía que este niño viviría siempre con nosotros, mientras fuera niño o muy joven. Estaba desnudándose para acostarse, acababa de descubrirse el torso con los pechos crecidos por su maternidad.

—Claro, qué bobadas son esas —me contestó—, ¿con quién si no? —

Y añadió sin interrumpir su acción, mientras se quitaba las medias enteras y oscuras—: Si no nos pasa nada.

—¿Qué quieres decir?

Estaba casi desnuda. En una mano aún tenía las medias, en la otra el camisón. Estaba casi desnuda.

—Nada malo, quiero decir.

El hijo de Clare Bayes no vivía con ella y con su marido. O, mejor dicho, no solía estar con ellos en Oxford más que en vacaciones, cuando regresaba desde su colegio en Bristol. Estudiaba allí porque estaba previsto que a partir de los trece años acudiera al famoso y carísimo colegio Clifton, a orillas del Avon, en las afueras de Bristol, donde su padre había estudiado y para que ya desde muy pequeño se acostumbrara al sitio y al alejamiento del hogar paterno. Sus vacaciones, mucho más cortas que las mías y las de sus padres (en Oxford se imparten clases durante tres periodos de ocho semanas justas —Michaelmas, Hilary, Trinity— y el resto es desocupación para aquellos que no tienen además tareas administrativas ni apenas que examinar, como no tenía yo), solían pillarme fuera de la ciudad, de visita en Madrid o viajando por Francia, Gales, Escocia, Irlanda o la propia Inglaterra. Jamás me quedé en Oxford sin estar obligado a ello. Bueno, sólo una vez, al final de todo. Con el hijo de Clare Bayes, por tanto, no coincidía nunca, y eso era para mí lo más cómodo, y para nuestro adulterio, supongo, lo más adecuado. A los niños no hay que mezclarlos. Son demasiado inquisitivos y sensibleros. Son dramáticos y aprensivos. No soportan la penumbra ni la ambigüedad. Ven peligro por todas partes, hasta donde no lo hay, por lo que no se les escapa nunca una situación en la que sí lo haya, ni siquiera una situación meramente turbia o irregular. Hace ya más de un siglo que dejó de educárselos para convertirse en adultos. Todo lo contrario, y el resultado es que los adultos de nuestra época están educados —estamos educados

— para seguir siendo niños. Para emocionarnos con la competición deportiva y tener celos de cualquier cosa. Para vivir en constante alarma y quererlo todo. Para temer y rabiar. Para acobardarnos. Para observarnos. De nuestros países ha sido Inglaterra el que menos ha seguido esta tendencia moderna, y hasta hace bien poco todavía apaleaba con fruición y rigor a sus vástagos más tiernos, con las consiguientes desviaciones que todo el mundo conoce (sexuales) en sus ciudadanos más impresionables. En el colegio de Bristol, sin embargo, y por lo que me contaba Clare Bayes, ya no fustigaban, y yo suponía que su hijo Eric no sólo no padecería apenas en su vida escolar, como sus predecesores reales y de ficción, sino que gozaría en casa de los inauditos privilegios reservados a los niños que viven internos la mayor parte del año. Pese a su falta de miramientos y a su carácter expansivo, Clare Bayes tenía la consideración de no hablar demasiado de él, al menos conmigo, que, sin conocerlo, no podía sino verlo como la estela o el testimonio vivo de su amor pasado. Los amores pasados siempre ofenden a los amantes nuevos, por muy muertos que estén aquéllos. Mucho más que las desafecciones, aunque éstas estén muy presentes y vivas y sean un engorro para lo práctico. Pero conmigo, al menos, Clare Bayes hablaba de su hijo Eric sólo cuando se le preguntaba.

Durante mi segundo y último curso en Oxford, al comienzo del falso trimestre llamado Trinity y cuyas ocho semanas justas se reparten entre abril, mayo y junio, el hijo de Clare Bayes enfermó en su colegio de Bristol y Clare y Edward Bayes hubieron de ir a buscarlo. Permaneció recuperándose en Oxford por espacio de cuatro semanas, y durante aquella temporada de convalecencia y restablecimiento dejé de ver a Clare Bayes casi completamente. Como ya he dicho en otra ocasión, no es que nos viéramos nunca con mucha regularidad ni continuidad excesiva, pero también es cierto que —exceptuando las vacaciones—

jamás desde nuestro conocimiento habían pasado más de siete días sin que nos encontráramos una vez al menos, aunque no fuera más que media hora turbulenta y rápida entre dos lecciones. Aquellas cuatro semanas (y quizá las que las siguieron no fueron mejores) fueron el peor periodo de toda mi estancia en Oxford. No sólo estuve más solo y más desocupado (durante el último trimestre muchas clases son desatendidas o acaban suspendiéndose para que los alumnos puedan dedicarse a preparar los exámenes y los *dons* a preparar las preguntas más criminales), sino que descubrí con gran desagrado que los tenues y esporádicos celos que muy de tarde en tarde sentía por causa de Edward Bayes (o por el amor pasado, conmigo o hacia mí no retornado) se intensificaban por causa de su hijo Eric y de los cuidados que su madre le dispensaba en presente detrimento mío. Fue de ella la determinación de no verme mientras el niño Eric permaneciera en la ciudad, y aunque su dolencia no era grave sino sólo lenta (a partir de la segunda semana ya pudo salir, con prudencia), Clare Bayes decidió compensarle de tantos meses como pasaba al año apartado de ella. Aprovechando su enfermedad, quiso educarlo un poco y hacerlo más niño. Alimentar su retina, acumular imágenes. Esto es lo que yo infería.

Yo la llamaba a su despacho cada dos o tres días (lo único que ella me permitía) con el pretexto de saber cómo iba evolucionando el niño y la intención de arrancarle una cita rauda —una turbulencia— en el momento que ella quisiera. Nunca estuve más disponible y dispuesto, nunca le di tantas facilidades, que fueron todas —una tras otra, día tras otro— declinadas. Tampoco estuve nunca más ardoroso (pero verbalmente). Clare Bayes no quería distracciones ni interferencias adultas mientras el niño Eric estuviera en su casa. Estaba dispuesta a recibir mis llamadas, incluso a llamarme ella para darme el parte, creyendo o fingiendo creer que yo tenía preocupación verdadera por

aquel proceso infeccioso o aquel hueso roto (ni siquiera recuerdo qué fue lo que trajo al niño, tan poco atendía a las explicaciones) que debían combatirse o soldarse en el cuerpo de quien para mí era sólo un desconocido intruso. Pero no consentía en verme, y cuando coincidíamos en la calle o en los pasillos con eco de la Tayloriana, me saludaba con aún más medida y tibieza de las que —por precaución, aunque irreflexiva— mostraba hacia mí normalmente en público. Y seguía de largo. En un gesto demasiado meridional yo me volvía para ver sus piernas un poco musculadas y recias sobre sus tacones altos. Ya nunca se las veía esbeltas y casi pueriles en sus movimientos: no la veía descalza. No podía agarrarla de un brazo y obligarla a pararse y protestarle como he visto hacer en el cine a los amantes desesperados, porque en las calles de Oxford (no digamos en los pasillos con eco de la Tayloriana) hay en todo momento numerosos *dons* o colegas (la ciudad dominada, es suya) que, con el pretexto de dirigirse de un *college* a otro o de una reunión en un edificio a otra en otro, remolonean ante los escaparates de las tiendas o las carteleras de los teatros o cines (escasos, pero suficientes) u organizan no tan breves intercambios de saludos y de impresiones (universitarias). (Quizá están espiando.) Y en la Tayloriana se oye siempre, como un murmullo metálico, en la distancia, el hilo de la voz exaltada y casi colérica del profesor Jolyon que dicta sus magistrales lecciones en el ostracismo (piadoso) del último piso. Por otra parte, yo no estaba exactamente desesperado. Clare Bayes me había prohibido aparecer por su despacho de Catte Street mientras aquella situación durara, y por supuesto me había prohibido llamarla a casa, aun cuando fuera en horas en las que la ausencia de Edward estaba garantizada. Ahora ya no importaba que su marido estuviera o no, porque lo que era seguro es que el niño Eric estaba allí siempre. Yo no podía profesarle mayor antipatía (por anticipado) a aquel niño Eric que me privaba de pronto del único

afecto —caedizo, precario, sin porvenir, pero el único manifiesto— de que había disfrutado en aquella ciudad estática y conservada en almíbar. Pero no llegaba a estar desesperado (exactamente).

Durante aquellas cuatro interminables semanas de primavera intensifiqué mis vagabundeos por la ciudad en busca de libros raros, y esa intensificación no deseada, artificial y finalmente enfermiza trajo como consecuencia el auge de mi perturbación y de mi identidad brumosa.

La ciudad de Oxford, sobre todo cuando llega lo que allí no tienen más remedio que considerar buen tiempo, es decir en Trinity, está poblada, es más, está abarrotada de pordioseros. Durante toda la primavera y parte del verano la ciudad, que en las demás estaciones cuenta ya con buen número, ve incrementada demencial y desmesuradamente su población mendicante. Da la impresión de que hay casi tantos mendigos como estudiantes. Son éstos la razón principal de la proliferación de aquéllos, que forman un verdadero ejército de ocupación (indisciplinado). Si los mendigos ingleses, galeses, escoceses y aun irlandeses abandonan sus respectivos refugios o cuarteles de invierno y todos a una inician la peregrinación o marcha sobre la ciudad de Oxford cuando llega la primavera (de hecho son sus oleadas las que la van anunciando), es porque Oxford es una ciudad adinerada —riquísima—, porque allí hay un par de casas de beneficencia o asilos en los que se les procura una comida diaria y a veces cama a los menos noctámbulos, y, principalmente, porque la gran mayoría de sus habitantes tienen corazones jóvenes y bisoños. Estos mendigos británicos que invaden las ciudades del sur más prósperas cuando su clima empieza a convertir su empedrado o su asfalto en un lecho admisible (o más bien sus bancos), no tienen nada que ver con los llamados pobres de solemnidad de nuestros países sureños, quienes siempre guardan la conciencia (un resto) de que, por mucho que juzguen que les es *debido*, el dinero lo están *pidiendo*.

Estos mendigos británicos e irlandeses son hoscos y fieros y enormemente borrachos. Nunca les vi pedir nada, aunque esto tampoco quiere decir que lo exijan. Simplemente no hablan, no dicen, no actúan según lo acordado desde hace siglos, no mencionan su tarea ni su significado, sino que dan por supuesto que su actitud y su aspecto (desde luego indigente) hacen ya por sí solos las veces del gesto de tender la mano y de las consabidas frases postulantes. Jamás expondrán su caso ni contarán una historia: desconocen la labia. Son casi áfonos. Son interjectivos. Hay en ellos, yo creo, un punto de pereza y un punto de orgullo, uno de aburrimiento y uno de fatalismo. Seguramente no piden porque quien pide no puede —a menos que la petición sea falsa, el primer y disimulado paso para un atraco en regla— tener al mismo tiempo el aire jactancioso, hastiado, pendenciero y bronco que les es tan propio. No son humildes, carecen de picardía. No les interesa. Sin un mínimo o simulacro de aseo, con la mirada perdida en sus negras ojeras, con largas barbas y greñas prehistóricas, las ropas agujereadas o deshilachadas o desgarradas (pero con chaqueta o abrigo todos, casi ninguno con anorak o chándal u otras prendas deportivas), los hay de todas las edades y todos son incansables. Ninguno es sedentario. Blandiendo durante sus paseos botellas de cerveza, ginebra o whisky en sus manos olvidadas del agua, no permanecen en un mismo sitio más que lo suficiente para apurar sentados una botella o cuando caen rendidos tras sus caminatas interminables. Los mendigos oxonienses parecen poseídos por una rabia o fiebre andariega que los lleva a recorrer la ciudad entera varias veces al día con sus largas zancadas, increpando a su paso, haciendo ademanes bravucones u obscenos a los transeúntes, mascullando improperios, blasfemias y maldiciones que uno no descifra al cruzarse con ellos. Los mendigos oxonienses vagan. Son, de toda la población, los únicos que no saben a dónde van y dan vueltas y más vueltas por las calles grises y

rojizas, bajo la lluvia o las nubes bajas. De vez en cuando se detiene uno de ellos a vomitar sobre el río Isis, encima de un puente, o se queda merodeando un rato a la puerta de un *pub* por si algún parroquiano con prisas (de los que salen a beber al fresco) deja un generoso culo de cualquier licor al alcance de su mano fuliginosa. Pero por lo demás nunca paran, son errabundos. Hay unos pocos que, por así decirlo, trabajan en algo más que en cultivar su aspecto menesteroso y tienen tendencia a estar fijos en un mismo sitio, o al menos arrastran algo en su vagabundeo (su herramienta de trabajo): son los que tocan un instrumento o poseen un animal ingenioso o hacen torpes malabarismos o canturrean baladas o dicen la buenvventura (escasísimos éstos, allí no hay casi clientela, ni curiosidad por el futuro). Estos mendigos activos son los más ricos y por consiguiente los más aborrecidos por sus colegas menos dotados. Yo he visto cómo dos de los más fieros y errantes (siempre barbados) se abalanzaban un atardecer sobre un hombrecillo entrado en años al que solía dar monedas por su apariencia aseada y pacífica y porque tocaba — lo había rescatado, dijo, de una hoguera portuaria en Liverpool— un organillo con chotis madrileños. Avanzar por Cornmarket y escuchar a lo lejos el vibrante sonido de un organillo tocando chotis me producía una hilaridad sólo comparable con la que me causaban los vivarachos grupos de turistas españoles con que me cruzaba algunos sábados y que iban invariablemente batiendo palmas, como es su costumbre en el extranjero (palmas claras). Así que no podía por menos de acercarme hasta el puesto del organillero cada vez que lo oía, aunque no me pillara muy de camino, y darle peniques, cuanto llevara suelto. Aquel atardecer, ya digo, vi cómo aquellos dos barbudos bestiales pateaban al viejo y su instrumento matritense. Corrí hacia ellos lleno de indignación y pánico, gritándoles barbaridades en español, y fue probablemente la sonoridad de una lengua extraña y adecuada al insulto (yo creo que les impresionó nuestra palabra

culo) lo que los puso en fuga antes de que tuviera ocasión de estar lo bastante cerca para que me patearan a mí también (sin compasión), lo cual habría sido mi normal destino: no soy muy fuerte ni muy valiente. Ni el organillo ni el viejo sufrieron, por suerte, daños irreparables. Unos minutos después los vi desaparecer por St Aldate's, un poco trastabillados, mientras acababa de caer la tarde. Era roja y yo respiraba agitadamente.

Pero para lo que quizá sí tenía valentía y fuerza era para reconocer y darme cuenta de que me iba asemejando algo a ellos, a los mendigos, aunque el mayor enemigo del pordiosero oxoniense es precisamente el profesor o *don* oxoniense, que, al contrario que los estudiantes, tiene el corazón viejo y experimentado y ahuyenta a los limosneros con exabruptos y con el vuelo rasante de su azotadora toga. Yo era un *don* oxoniense en aquellos momentos, y mi aspecto, supongo, era más el de un *don* oxoniense que el de cualquier otro tipo de personaje, por lo que las miradas que recibía de los errantes eran —con exactitud— torvas. Pero yo era un *don* provisional, y por tanto mi conciencia de serlo era aún exigua y no tenía muy arraigados los hábitos que les son más propios, entre ellos el de espantar vagabundos con gran destreza y ensayadas voces al efecto. En cuanto a mi educación y grado de conocimiento, eso no era un obstáculo para percibir la semejanza, ya que hay pordioseros muy cultos en Inglaterra. Allí la condición de mendicante puede no venir dada por el origen paupérrimo o por la quiebra atroz de un negocio o por la paralizadora ignorancia, sino por la afición a la bebida, por la expulsión de un trabajo, por el desengaño, por la pasión del juego o por trastornos psíquicos —en principio menores— de los que el estado suele hacer caso omiso. John Mollineux, el violín solista que tanto tocó en una época con la Academy of St Martin-in-the-Fields, la célebre orquesta de cámara, es hoy un anónimo mendigo alcoholizado del Támesis después

de haber hecho una fulgurante carrera como músico durante más de un lustro y haber viajado (con muchos honores y cierta pompa) por todo el mundo. Sólo bebe, ya no toca, detesta el pentagrama. El profesor Mew (católico), un caso perdido de enajenación mental, vagó a lo largo de años por las calles de Oxford esgrimiendo botellas, blasfemando, disparatando, prevaricando, atufando a sus antiguos colegas y subordinados cuando se cruzaba con ellos (quienes no sabían si ahuyentarlo a bufidos o seguirle dando el tratamiento de catedrático), después de haber dejado importantísimos escritos de teología, haber llegado a lo más alto en su ascensión o medro académico e incluso haber formado parte durante varios años del Consejo Pontificio para la Cultura, que preside el mismísimo Papa. Ambos (el primer violín y el teólogo, no el Papa) eran borrachos y trastornados y en un momento dado fueron expulsados de sus respectivos trabajos. Pues bien, yo, en aquellas semanas del Trinity de mi segundo año en Oxford, vagaba también de un lado a otro, o, mejor dicho, de una librería de la ciudad a otra durante buena parte del día, y lo cierto es que en mi deambular me encontraba una y otra vez con las mismas caras esquinadas, con las mismas ropas raídas y pestilentes, con las mismas vaharadas alcohólicas y eructos estruendosos procedentes de bocas que apenas articulaban. Los únicos que vagaban por la ciudad, como yo, eran los pordioseros más violentos y más desesperados y más inactivos y más borrachos, algunos de los cuales eran quizá malogrados talentos de las artes y de las ciencias, como el violín Mollineux y el teólogo Mew. La ciudad de Oxford, o su casco central, no es grande, por lo que uno puede encontrarse con relativa facilidad a la misma persona dos o tres veces en un mismo día. Puede imaginarse cuán fácil resulta si tanto uno mismo como esa otra persona pasan además la jornada en la calle, vagando, errando, caminando sin rumbo, motivo, propósito ni seguramente —siquiera— conciencia de su

caminar. Algunos rostros y algunos atuendos empezaron a hacérseme excesivamente familiares. ‘Ahí está de nuevo el tipo de los dientes negros, la nariz exangüe y la barba roja’, pensaba al cruzármelo por enésima vez. ‘Ahí el mendigo de los mitones de color verde higo.’ ‘Ahí esa mujer de la desdentada sonrisa ausente que quizá fue guapa, pues aún camina como caminaban en los años sesenta las mujeres guapas que se sabían guapas.’ ‘Ahí ese escocés tan calvo pese a su gorra de jockey, que exagera tanto la pronunciación de sus erres cuando maldice al Gran Dios y a su Madre Virgen.’ ‘Ahí ese negro joven y tatuado con la pernera derecha del pantalón cortada hasta casi la ingle.’ ‘Ahí ese viejo pasional y arremolinado, clavado al Filósofo que pintó Fragonard.’ Yo temía que ellos empezaran a efectuar el mismo tipo de reconocimiento conmigo y me asimilaran, que empezaran a darse cuenta de que, aunque no era un mendigo ni hablaba como ellos ni iba vestido como ellos, sino que tenía el inequívoco aspecto de un hombre togado aun cuando no siempre llevara la toga puesta, también yo, sin embargo, aparecía en sus recorridos maquinales y desnortados varias veces en el mismo día, y eso un día tras otro, durante una semana y dos semanas y tres semanas y cuatro semanas, como un animal doméstico extraviado, expulsado a la calle por el niño Eric que estaba enfermo.

En cierto sentido empecé a sentirme uno de ellos y a temer poder convertirme un día en uno de ellos, en España o en Inglaterra, en cualquier lugar del mundo al que me llevaran la suerte o el interés. Pero aunque esto pueda parecer el mero producto de un desvarío, por pasajero que fuese, debo decir que mi perturbación no era tan fuerte como para alimentar por sí sola ese temor, esa ilusión, esa fantasía o esa identificación sin más fomento ni apoyo que el común vagabundeo por la ciudad de Oxford y la común inactividad. Había algo más —aunque también fuera tenue— que alimentaba ese temor funesto, esa ilusión sombría, esa fantasía tétrica o nebulosa identificación.

Desde la primera visita de Alan Marriott, un año antes o más, yo había incluido entre los raros autores de los que buscaba libros a aquel John Gawsworth, desconocido para mí hasta entonces, cuyo nombre él había mencionado y apuntado antes de despedirse y para quien Machen había redactado un prólogo. Sus cosas, como había dicho el propio Alan Marriott, eran muy difíciles de encontrar. De su escasa obra nada está editado en Inglaterra en la actualidad, pero poco a poco, con paciencia y fortuna y la progresiva agudización de mi ojo cazador, fui hallando algún que otro opúsculo suyo en mis librerías de viejo de Oxford y Londres, hasta dar al cabo de unos meses con un ejemplar de su libro *Backwaters*, de 1932, firmado además por el propio escritor: *John Gawsworth, written aged 19 1/2*, decía a pluma nada más abrirlo; o bien: ‘John Gawsworth, escrito a la edad de 19 años y medio’. También había una enmienda de su puño y letra en la primera página de texto (había añadido, después del nombre *Frankenstein*, la palabra *monster*, a fin de dejar bien claro que se refería a la criatura y no al creador). Fue justamente la sensación de vértigo temporal o de tiempo negado que produce tener en las manos objetos que no silencian enteramente su pasado lo que avivó mi curiosidad, y a partir de aquel momento inicié una labor de investigación

que resultó más bien infructuosa durante muchos meses, tan huidiza y desconocida era entonces y es hoy la figura de Terence Ian Fytton Armstrong, el verdadero nombre de quien acostumbró a firmar Gawsworth.

Sin embargo, y a pesar de que sus escritos no pasaban de decorosos o raros y hacían bastante explicable su absoluto olvido y su falta de reedición, a medida que iba averiguando datos dispersos (no existía ningún libro ni, al parecer, artículo sobre Gawsworth, y apenas si venía mencionado en los más voluminosos y exhaustivos diccionarios y enciclopedias de literatura), mi interés iba creciendo, no tanto por la regular obra cuanto por el irregular personaje. Descubrí primero las fechas de su nacimiento y muerte, 1912 y 1970, y luego, en una página de muda bibliografía, que varios de sus textos habían sido publicados (a veces con otros pseudónimos, a cual más absurdo) en lugares tan extravagantes e improbables para un autor londinense como Túnez, El Cairo, Sétif (Argelia), Calcuta y Vasto (Italia). Su obra poética, reunida entre 1943 y 1945 en seis volúmenes —la mayoría de stampa india—, ofrece la particularidad de que el cuarto tomo, según parece, no se publicó jamás pese a tener hasta título (*Farewell to Youth* o *Adiós a la juventud*). Simplemente no existe. Su obra en prosa —breves ensayos literarios y cuentos de horror principalmente— se encuentra desperdigada en extrañas y oscuras antologías de los años treinta o vio la luz —es un decir— en ediciones privadas o limitadas.

Y no obstante Gawsworth había sido toda una personalidad y una promesa literaria en esos mismos años treinta. Impulsor infatigable de movimientos poéticos neoisabelinos reaccionarios a Eliot y Auden y demás renovadores, tuvo, cuando aún era poco más que un adolescente, trato y amistad con muchos de los escritores más relevantes de la década; se ocupó de la obra del célebre vanguardista y pintor Wyndham Lewis y

de la del celeberrimo T E Lawrence o Lawrence de Arabia; recibió distinciones literarias y en su día fue el miembro electo más joven de la Royal Society of Literature; conoció al viejo Yeats y al moribundo Hardy; fue protegido y luego protector de Machen, del famoso psicólogo del sexo Havelock Ellis, de los tres hermanos Powys, del entonces (y ahora de nuevo, algo) conocido novelista y cuentista M P Shiel. Poco más pude averiguar, hasta que finalmente, en un diccionario especializado en literatura de horror y fantástica, hallé algo más. En 1947, a la muerte de su maestro Shiel, Gawsworth fue nombrado no sólo su albacea literario, sino asimismo heredero del reino de Redonda, minúscula isla antillana de la que el propio Shiel (nativo de la vecina y mucho mayor de Montserrat) había sido coronado rey a la edad de quince años, en 1880 y en una festiva ceremonia naval, por expreso deseo del anterior monarca, su padre, un predicador local metodista que además era naviero y que había comprado la isla años atrás: si bien no se sabe exactamente a quién, dado que los únicos habitantes eran, a la sazón, los alcatraces que la poblaban y una decena de hombres que se dedicaban a recoger los excrementos de las aves para hacer guano. ‘Gawsworth no pudo nunca tomar posesión de su reino, pues el gobierno británico —con cuya Oficina Colonial pleitearon incansablemente tanto los dos Shiel como él—, atraído por el fosfato de alúmina que producía la isla, había decidido anexionarse su territorio en prevención de que los Estados Unidos hicieran lo propio. A pesar de ello, Gawsworth firmó algunos de sus escritos como Juan I, King of Redonda (rey en el exilio, es de suponer), y otorgó títulos ducales o nombró almirantes a varios escritores admirados o amigos, entre ellos el maestro Machen (a quien más bien se lo confirmó), Dylan Thomas (Duke of Gweno), Henry Miller (Duke of Thuana), Rebecca West y Lawrence Durrell (Duke of Cervantes Pequeña). La nota de ese diccionario, tras *no* explicar cuanto acabo de contar y descubrí algo después, terminaba así:

«Pese a su amplio círculo de amistades, Gawsworth se convirtió en una especie de anacronismo. Pasó sus últimos años en Italia, volviendo a Londres para vivir de la caridad, durmiendo en los bancos de los parques y muriendo, olvidado y sin un penique, en un hospital.»’

Que el hombre laureado que pudo ser rey y que con indudable entusiasmo y orgullo juvenil firmó un día de 1932 el ejemplar de *Backwaters* que obra en mi poder terminara de ese modo no pudo por menos de impresionarme —aún más que las historias del violín Mollineux y del teólogo papal Mew—, aunque tantos otros escritores y hombres mejores que él hayan corrido parecida suerte. No podía dejar de preguntarme qué le habría sucedido *en medio*, entre su precoz y frenética iniciación literaria y social y aquel final anacrónico y harapiento; qué le habría sucedido —tal vez— *durante* aquellas estancias o viajes suyos por medio mundo, siempre publicando, siempre escribiendo, dondequiera que se encontrara. ¿Por qué Túnez, El Cairo, Argelia, Calcuta, Italia? ¿Sólo por la guerra? ¿Sólo por alguna oscura y nunca registrada actividad diplomática? ¿Y por qué no había vuelto a publicar después de 1954 —dieciséis años antes de su patética muerte— quien lo había logrado en lugares y en fechas en los que debía de ser heroico o suicida conseguir una imprenta? ¿Qué había sido de las —al menos— dos mujeres con las que estuvo casado? ¿Por qué, a los cincuenta y ocho años, aquel desenlace de viejo inútil, aquella muerte de mendigo oxoniense?

El matrimonio Alabaster, con su inconmensurable pero precavida sapiencia, no había podido ayudarme apenas a hallar textos suyos ni sabía más de él, pero sí sabía de la existencia de un individuo en Nashville (Tennessee) que, a miles de kilómetros de distancia, poseía sobre Gawsworth casi toda la información del mundo. Este individuo, al que tardé en escribir por un extraño temor injustificable, me remitió (cuando por fin lo hice) a un breve texto de Lawrence Durrell sobre quien resultó

haber sido su iniciador literario y gran amigo de juventud, y también me dio algunos datos complementarios: las esposas de Gawsworth fueron tres, dos de las cuales, al menos, habían ya muerto; su problema fue el alcohol; su afición —leí con aprensión y un reflejo de horror— la búsqueda y el coleccionismo malsano de libros. *Malsano*, así lo calificaba sin titubeos el individuo de Nashville.

El texto de Durrell presenta a Gawsworth o Armstrong como a un experto y dotadísimo cazador de joyas inencontrables, con magnífica vista bibliófila y mejor memoria bibliográfica, que en sus años de principiante solía estrenar el día comprando por tres peniques alguna edición rara y cara que su pupila sabía discernir y reconocer entre la morralla de los cajones de saldos expuestos en plena Charing Cross Road, para venderla inmediatamente por varias libras, a unos pocos metros de donde la había hallado, a Rota de Covent Garden o a algún otro librero superferolítico de Cecil Court. Además de sus exquisitos volúmenes (muchos los guardaba, como tesoros), poseía manuscritos y cartas autógrafas de autores admirados o renombrados y toda clase de objetos que habían pertenecido a personajes ilustres, adquiridos con no se sabía qué dinero en las subastas que frecuentaba: un bonete de Dickens, una pluma de Thackeray, un anillo de Lady Hamilton, luego las cenizas del propio Shiel. Gran parte de sus energías las gastaba en intentar obtener de la Royal Society of Literature y otras instituciones, a cuyos miembros más proyectos martirizaba con sus insistencias y engorrosas comparaciones literarias y monetarias, pensiones y ayudas para viejos escritores con escasa solvencia o simplemente arruinados tras el fin del éxito: los maestros Machen y Shiel fueron dos de sus beneficiarios. Pero también cuenta Durrell que la última vez que lo había visto, unos seis años antes (el texto es de 1962, cuando Gawsworth aún vivía y era un hombre de cincuenta, luego lo había visto con cuarenta y cuatro; pero

curiosamente Durrell, de su misma edad, habla de él como se habla de los que ya se han ido o se están marchando), había sido por Shaftesbury Avenue, empujando un cochecito de niño. Un cochecito victoriano de enorme tamaño, señala Durrell. Al verlo pensó que aquel excéntrico bohemio, el *Escritor de Verdad* que, recién llegado él de Bournemouth, lo deslumbró con sus conocimientos y le mostró el Londres literario y nocturno, había sido centrado y cargado al fin por la vida (que la vida se había puesto al día también con él, dice Durrell literalmente) y tenía hijos, tal vez tres pares de mellizos a juzgar por el descomunal vehículo. Pero al acercarse a mirar al pequeño Gawsworth o pequeño Armstrong o príncipe de Redonda que esperaba encontrar bajo la capota, descubrió con alivio que el único contenido del cochecito era un montón de cascos vacíos de cerveza que Gawsworth se encaminaba a devolver, cobrar y sustituir por otros tantos intactos. El Duque de Cervantes Pequeña (ese era su título) acompañó a su rey exiliado que nunca conoció su reino, le vio llenar el coche de botellas nuevas y, tras beberse una con él a la memoria de Browne o Marlowe o algún otro clásico de quien aquel día se cumplía el aniversario, lo vio desaparecer empujando su cochecito alcohólico con paso tranquilo hacia la oscuridad, quizá del mismo modo que yo empujo ahora a veces el mío cuando cae la tarde sobre el Retiro, sólo que yo llevo dentro a mi niño —este niño nuevo— que aún no conozco bien y que ha de sobrevivirnos.

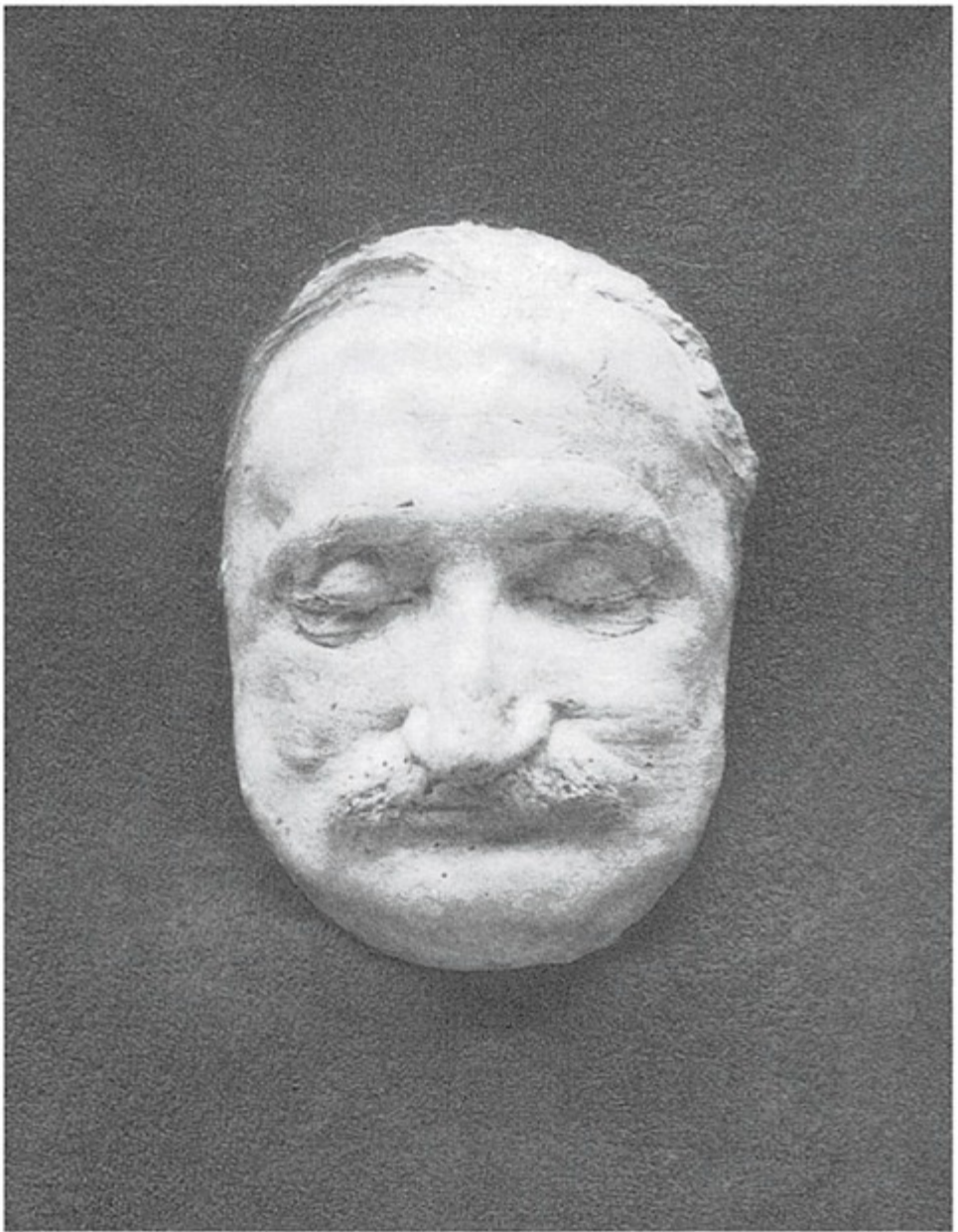
Con posterioridad he visto una foto de Gawsworth que más o menos —en lo que puede apreciarse— coincide con la descripción física que de él hace el propio Durrell en su texto: ‘... de mediana estatura y algo pálido y delgado; tenía la nariz partida, lo cual confería a su rostro un toque de villonesca astucia. Sus ojos eran castaños y brillantes, y su sentido del humor no se veía dañado por sus privaciones literarias.’ En esa única foto que he visto lleva el uniforme de la RAF y tiene en los

labios un cigarrillo aún no encendido. El cuello de la camisa le viene un poco holgado y el nudo de su corbata parece demasiado estrecho, aunque aquella fuera una época de nudos estrechos en las corbatas. Está condecorado. Tiene la frente surcada, nítida y horizontalmente, y, más que ojeras, pequeños pliegues bajo los ojos, que miran con una mezcla de picardía o divertimento y ensoñación o nostalgia. Es un rostro generoso. La mirada es limpia. La oreja es llamativa. Podría estar escuchando. Seguramente está en El Cairo, sin duda en Oriente Medio, o acaso no, sino en el Norte de África, en la Berbería francesa, y es 1941 o 42 o 43, quizá no mucho antes de ser trasladado del Escuadrón Spitfire a la Desert Air Force del VIII Ejército. Ese cigarrillo no duraría. Tendrá unos treinta años, aunque aparenta más, algo más. Como sé que ha muerto, veo en la foto la cara de un hombre muerto. Me recuerda un poco a Cromer-Blake, aunque el pelo de éste era blanco prematuramente, y el bigote que se dejaba crecer durante unas semanas para afeitárselo luego y no llevarlo durante otras tantas era asimismo canoso o al menos con hebras de plata, mientras que los de Gawsworth (el bigote y el pelo) son oscuros. La ironía de la mirada es muy parecida, pero la de Gawsworth es más afable, no hay en ella ningún rastro de sarcasmo ni cólera, ni su anuncio, ni su posibilidad siquiera. El uniforme no está bien planchado.



También he visto una foto de su máscara mortuoria. Acababa de renunciar a la edad o al transcurso cuando se la hicieron, pero justo antes había sido un hombre de cincuenta y ocho años. La máscara se la hizo Hugh Olaff de Wet el 23 de septiembre de 1970, el mismo día o el siguiente al de su muerte en Londres, en el distrito de Kensington, donde había nacido. Su antiguo amigo de El Cairo Sir John Waller la donó a la Poetry Society, pero estas atenciones prestadas debieron de ser ya póstumas o llegaron demasiado tarde. El que fue John Gawsworth y Terence Ian Fytton Armstrong y Orpheus Scannel y Juan I, King of

Redonda, y también a veces Fytton Armstrong a secas o J G o aun G simplemente, tiene ahora los ojos cerrados y sin mirada de ninguna clase. Los pliegues son ya ojeras seguras, las arrugas de la frente son confusas (abombado el cráneo) y parece que tuviera más pestañas, quizá sólo por efecto de esos párpados sellados. El pelo se le ve blanco —pero puede ser porque todo es yeso— y su arranque le ha retrocedido un poco desde los años cuarenta o límite de su juventud, desde la guerra contra el Afrika Korps. El bigote parece más poblado pero más flácido, es un bigote que pincha y a la vez lacio, de militar retirado cansado ya de estirárselo. La nariz ha crecido y se ha ensanchado, las mejillas están muy reblandecidas, el rostro entero está hinchado, como con falsa gordura y abatimiento. Tiene papada. No cabe duda de que está muerto.



Pero con ese rostro postrero debió vagar por las calles de Londres, con un abrigo o una chaqueta de las que siempre saben procurarse los pordioseros. Esgrimiría botellas y señalaría ante sus iguales sus libros

expuestos en los cajones de saldos de Charing Cross Road, que no podría comprar, para incredulidad de ellos. Les contaría de Túnez y Argelia, de Italia y Egipto, y de la India. Se proclamaría rey de Redonda para hilaridad de ellos. Con ese rostro dormiría en los bancos de los parques y entraría en un hospital, como decía aquel diccionario especializado en literatura de horror y fantástica, y con ese rostro sería tal vez incapaz de tender la mano que utilizara pluma y pilotara aviones. Quizá fuera, como suelen serlo los mendigos británicos, orgulloso y fiero, brutal y huraño, amenazador y altivo, y no sabría *pedir* para sí mismo. Sin duda era borracho, y al final de su vida no estuvo años en Italia, sino sólo unas semanas en los Abruzzos, en Vasto, para una farra última de la que no sé nada. *Una farra última*, así decía en su carta el individuo de Nashville con el que no he vuelto a tener contacto. No hubo ningún Gawsworth que salvara a Gawsworth, ningún escritor prometedor y entusiasta que intentara hacerle entrar en razón y le obligara a escribir de nuevo (quizá porque su obra no es admirable y nadie quería que continuase), que fuera a pedir y consiguiera para él una pensión de la Royal Society of Literature, de la que un día fue miembro electo, el miembro más joven. Tampoco hubo ninguna mujer, de las numerosas que había habido, que frenara su divagación o lo acompañara en ella. Eso creo. ¿Dónde están o reposan esas mujeres, insulares o coloniales? ¿Dónde estarán hoy sus libros, los que sabía distinguir al primer golpe de vista en medio de los laberintos de estantes caóticos y polvorientos, como sabía hacer yo con los del matrimonio Alabaster y tantos otros libreros de Oxford y Londres? (También yo, con mis enguantados y ágiles dedos que apenas rozaban los lomos que recorrían con más velocidad que mis propios ojos—como un pianista haciendo un *glissando*—, sabía dar siempre con lo que buscaba, hasta el punto de tener tantas veces la sensación de que eran los libros los que me buscaban a mí, y me hallaban.) Probablemente han

vuelto a ese mundo al que regresan todos o la mayoría, al mundo paciente y callado de los libros de viejo, del cual salen sólo temporalmente. Tal vez alguno de los que poseo, además de *Backwaters*, pasó también por las manos de Gawsworth, fue comprado y vendido inmediatamente para pagar un desayuno o una botella o permaneció quizá —como un elegido— durante años en su biblioteca, o lo acompañó a Argelia y a Egipto, a Túnez y a Italia y hasta la India; y asistió a combates. Quizá cualquiera de los patibularios mendigos con que me cruzaba a diario una y otra vez en Oxford, a los que identificaba, y a los que temía, y en los que mi desvarío pasajero y leve me hacía verme como en un reflejo anticipador (o no tanto), había tenido libros. Quizá había *escrito* libros, o había enseñado en Oxford, o había tenido una amante-madre pegajosa primero y evasiva y sin escrúpulos luego (cuando fue más madre); o había venido de un país sureño —con un organillo que se perdió al llegar, al desembarcar acaso en el puerto de Liverpool, y trazó su destino— al que aún no había olvidado que no puede regresarse siempre.

No me hice ni me hago todas estas preguntas por piedad hacia Gawsworth, al fin y al cabo sólo un nombre falso al que no he conocido y cuyos textos —que son lo único de él que aún puedo ver, además de sus fotos de vivo y muerto— no me dicen mucho, sino por curiosidad teñida de superstición, convencido como llegué a estar, algunas interminables tardes de primavera o Trinity, de que yo acabaría corriendo su suerte idéntica.

La primavera inglesa es particularmente angustiosa para quien ya está angustiado, pues, como es sabido, los días se alargan anómalamente, es decir, no como puede ocurrir y ocurre en Madrid o Barcelona cuando se acerca y llega el verano. Aquí, en Madrid, los días se hacen infinitos, pero la luz va variando y se va matizando continuamente y así da fe de que el tiempo avanza, mientras que en Inglaterra —como también más al norte— nada cambia durante horas. En Oxford la luz es la misma desde las cinco y media, cuando uno se ve obligado a reparar en ella con el cese de toda actividad visible —al cerrarse las tiendas y volver a casa los profesores y los estudiantes—, hasta más de las nueve, en que por fin el sol se pone súbitamente —como si fuera un interruptor lo que lo apagara, aunque queda un resplandor fantasmal y lejano— y los que salen de noche se echan a la calle con impaciencia. Esa misma luz inmutable, esa acentuación del estatismo o estabilidad del lugar le hace a uno sentirse parado y aún más fuera del mundo y de todo transcurso de lo que allí es corriente, como he explicado. Durante esas horas inmóviles no hay nada que hacer si cenar con la luz diurna queda excluido, como desde luego era mi caso. Y se espera. Se espera. Se espera a que caiga la deseada noche, a que desaparezca esa luz suspendida y tibia, a que se vuelva a poner en marcha la débil rueda del mundo y la quietud acabe, encerrado en casa, viendo la televisión u oyendo la radio, sin tener ni siquiera librerías abiertas que visitar y en las que sentirse activo, útil y a salvo. Los *dons*,

mientras el sol permanece paralizado, están descansando en sus aposentos del *college* o están cenando en sus mesas alzadas, y los estudiantes se encierran a preparar exámenes o se preparan para salir de farra en cuanto haya certeza de que la noche ha llegado. En esas horas demoradas y fijas de la tarde primaveral de Oxford la ciudad es, más que nunca, de los Gawsworth de nuestro tiempo. Se apoderan de ella mientras dura y se eterniza ese largo y falso crepúsculo en el que sólo se atreven a inmiscuirse las incontables campanas de la ciudad —su religioso pasado— tocando a vísperas desaforadamente. Los mendicantes no van a casa, ni regresan al *college*, ni están invitados a ninguna *high table*. Tampoco creo que acudan a las iglesias, cuando éstas les llaman. Siguen caminando desorientadamente, aunque al ver las calles vacías de transeúntes en pleno día, se desconciertan y aflojan el paso, e incluso se detienen en algún momento para patear un bote o pisar un periódico que levanta el aire y matar más el tiempo que llevan matando desde que despertaron.

Yo solía esperar la noche refugiado en casa, buscando los miércoles en la radio alguna emisora española que retransmitiera un partido internacional del Real Madrid, tentado siempre de descolgar el teléfono y marcar el número de la casa de Clare Bayes, donde ella estaría, sentada a los pies de la cama del niño Eric para darle la cena, mirando con el niño Eric programas infantiles de televisión o distrayéndole con algún juego nuevo. La tentación era fuerte todas las tardes, pero para no caer en seguida en ella y aguantar las horas de igualdad e inercia —las niveladas horas y los nivelados días—, a veces me afeitaba por segunda vez y me componía para salir a la calle, también yo, como los estudiantes y profesores más vivaces y más viciosos. Para mezclarme con gente en cuanto anoheciera. Unas noches cenaba en el agradable Brown's, muy cerca de mi casa piramidal, donde las camareras eran más que atractivas

con sus muy cortas faldas, y otras en algún restaurante francés de los que tanto abundan en la ciudad, para intentar sentirme en el continente y no en las islas, o incluso me forzaba a asistir a menudo a *high tables* insoportables, a las que no había vuelto desde los primeros meses de mi estancia en Oxford, hacía ahora más de año y medio. Probé las de varios *colleges* ya conocidos o aún no visitados, con la esperanza minúscula, por otra parte, de encontrar otra vez a Clare Bayes entre los anfitriones (All Souls, o Todas las Almas; Exeter, por el marido) o los convidados (Keble, Oriel, Balliol, Pembroke, Christ Church, a cual más tediosa: la cena de Christ Church la más opípara y la de más bostezos). Pero era demasiado esfuerzo y no bastaba para evitar la sensación de entumecimiento, ni para combatir la luz cernida inacabablemente, ni para huir de la obsesión de Gawsorth y su destino.

Durante aquellas semanas di en acudir, a partir de las ocho y media o nueve, a una discoteca vecina al Apollo Theatre, en principio más frecuentada por la gente oxoniense de las fábricas y los comercios (pues Oxford, a diferencia de Cambridge, sí tiene industria y trabajadores y clases sociales distintas de la universitaria) que por la gente togada de la que formaba parte. Digo bien *en principio*, porque me llevé alguna sorpresa. Allí me encontraba cada noche con un escenario salido de los años setenta, pero de unos años setenta ingleses que no hubieran tenido en el mundo el menor influjo. Todo era provincial y doméstico, desde la música que sonaba estridente (era una discoteca en regla) hasta la decoración con motivos vagamente árabes, desde el juego de luces sobre la pista (verdes y rosas) hasta los atuendos de los que bailaban, fechados con precisión excesiva. Aquella discoteca gozaba, sin embargo, de enorme éxito a juzgar por lo llena que estaba siempre, quién sabía desde qué vespertina y luminosísima hora. Recuerdo que abundaban más de lo lógico las gordas con minifalda y rizos artificiales: había mesas ocupadas

enteramente por grupos nutridos de nutridas gordas (lo que se llama *gordas infames*) que, en número de seis o siete, se daban continuos codazos y masticaban chicle hundidas en los sofás por su propio peso y molicie y mostrando en fila —descaradamente— sus muslos obesos (en permanente roce) y aun el pico de sus bragas. También había muchos jóvenes dandies del Oxfordshire (de Banbury y Charlbury, Witney y Eynsham, muy locales) que hacían gala de un gusto tan rebajado y chillón como sólo puede darse en el sur de Inglaterra. Aquellos jóvenes rústicos y afeminados era claro que odiaban a las gordas infames, y las gordas infames odiaban a los patanes amanerados: nunca alternaban, pero cuando se encontraban en las colas de los lavabos o coincidían bailando en medio del tumulto o pista, se lanzaban miradas despreciativas (los unos) o escarnecedoras (las otras), y volviendo con complicidad los ojos hacia sus correligionarios de mesa o barra, señalaban sin disimulo —agitando ostensiblemente el pulgar, flaco o grueso— a su risible contrario. Si estas dos especies eran grosso modo los principales dominadores de la discoteca arábiga, no era raro ver en ella a estudiantes (sobre todo a los más refinados, que son los que tienen más debilidad y gusto por lo plebeyo), e incluso a ciertos *dons* —solteros— disfrazados de juveniles. A la mayoría los conocía sólo de vista, lo bastante de lejos para que no tuviéramos que saludarnos en semejante sitio, pero la cuarta noche que me acerqué por allí vi a mi propio jefe, Aidan Kavanagh, el novelista de horror y éxito, bailando en la pista con flexibilidad extraordinaria y ritmo descompasado. Al principio pensé con alarma —no veía bien entre tantos cuerpos con el color alterado— que había sustituido su habitual indumentaria anodina o sobria por un chaleco de color verde Nilo y debajo nada, pero comprobé en seguida —con nada más que mediano alivio— que eran sólo los brazos lo que llevaba al desnudo, aunque hasta los hombros: es decir, bajo el chaleco verde Nilo

había corbata y había camisa, como de costumbre (albaricoque y verde botella, respectivamente), pero tenía que tratarse de una extraña camisa que no consistiese más que en la pechera. Me pregunté si llevaría el modelo también a la facultad, y me hice el propósito de fijarme bien en si le asomaban las mangas bajo la chaqueta o no la próxima vez que lo viera en la Tayloriana. (Al fin y al cabo, además de novelista de horror con pseudónimo, era una autoridad internacional en nuestro Siglo de Oro.) Su atuendo discotequero me permitió, en cualquier caso, descubrir que tenía mucho vello en las extremidades (las superiores), coronadas interiormente por dos tupidísimas matas de pelo axilar que —levantados todo el rato los brazos por su frenesí danzante y por la falta de espacio— no tuve más remedio que contemplar. Él me vio a distancia, y lejos de ruborizarse o intentar esconderse, se llegó sin suspender su baile hasta la barra donde yo estaba y me saludó jovial y hospitalariamente. Traía cogida de la mano (alzada) a una gorda tambaleante que empujaba a su paso (corto) y sonreía mucho. Kavanagh tuvo que gritar para hacerse oír, por lo que sólo le salieron frases muy breves, como a Alan Marriott.

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¡Creí que no te gustaban estos sitios! ¡Has tardado casi *dos* cursos en aparecer! —Y me puso *dos* dedos delante de los ojos—. ¡Este antro es el mejor! ¡El único divertido de la ciudad! —Apartó la vista para mirar a la pista con genuina estima y satisfacción: la pista parecía un motín operístico—. ¡Yo vengo casi todas las noches! ¡Todas las noches que puedo! ¡Conozco a todo el mundo aquí! —Y con su poderoso brazo desnudo hasta el hombro hizo un gesto que abarcaba el local entero. Bebió un trago largo—. ¡¿Quieres conocer a alguien?! ¡Yo te presento a quien quieras! ¡Mira bien! ¡A tu alrededor! ¡Y si ves a alguien que te apetezca conocer! ¡Dímelo y yo te la presento, seguro! Docenas de chicas —bajó la voz—. Docenas. ¡Ah, déjame presentarte a Jessie! ¡Jessie! —Vaciló un instante—. ¡Este es mi amigo

Emilio! ¡Es español también!

—¿Qué?!

—¡Emilio! —Y Kavanagh me señaló con el dedo. Casi me dio en un ojo—. ¡Otro amigo español!

—Buona sera! —gritó Jessie por encima del estruendo.

—Ciao! —contesté yo para no defraudarla. Era muy risueña.

—Es mejor que ellas no sepan nuestros verdaderos nombres —me dijo Kavanagh en español al oído—. No hay peligro, sólo vienen de noche a Oxford. Ella cree que yo trabajo en la industria del automóvil. Le tengo prometido un Aston Martin.

—¿Se siguen haciendo?

—No lo sé, pero ella lo acepta. —Y añadió ya en inglés—: ¡Ven con nosotros! ¡Estamos todos en una mesa! Docenas de chicas —murmuró—. Docenas. ¡También está del Diestro! ¡Ha llegado hoy!

Y Kavanagh me agarró del brazo y me arrastró bailoteando hasta una de las mesas de gordas infames que yo tenía más que controladas y que las tres anteriores noches había desdeñado casi tan tajantemente como un joven rústico y afeminado del Oxfordshire (Jessie nos seguía, pisándose sus propios pies y repartiendo empujones). Estaba con ellas, en efecto, el famoso profesor del Diestro, el mayor y más joven experto mundial en Cervantes según él mismo, e inevitablemente conocido en Madrid (según las antipatías) como el diestro del Diestro o el siniestro del Diestro, quien, invitado por nuestro departamento, iba a darnos una conferencia maestra y diestra a la mañana siguiente. Yo lo conocía de fotografías. El profesor, hombre distinguido, petulante, de cuarenta y tantos años, camisa de Ferré y una muy bien llevada calva (‘Un profesor español distinguido’, pensé con asombro al verlo, y me expliqué su éxito), ya besuqueaba y se dejaba besuquear por una de las chicas más gruesas. Hay que decir que todas estas gordas, como los dandies rurales y los

profesores solteros y los estudiantes más refinados (y yo mismo seguramente, pero entonces no me daba demasiada cuenta ni por tanto me lo confesaba), no ansiaban otra cosa que trabar conocimiento con desconocidos —lo cual no era tan fácil considerando lo estable y reiterativo de la clientela— con los principales fines de hacerles unas cuantas y someras preguntas, responderles falazmente a otras tantas, ofrecerles chicle (bailar no era indispensable), besarlos al poco rato y tal vez —según la marcha y la calidad de los besos— follarlos rápidamente en los lavabos o el anfiteatro si alguien tenía un condón a mano, o bien después en casa, más despacio.

El profesor del Diestro llevaba ya muy avanzado el conocimiento trabado de su desconocida, por lo que pudo permitirse una interrupción momentánea para cruzar conmigo cuatro palabras cordiales, y Kavanagh, tras presentarme a las cinco o seis chicas, me obligó a sentarme en un sofá entre dos de ellas. Quedé enclavado entre sus cuatro notorios muslos (dos por cuerpo, de las chicas), y, con repentina conciencia o consentimiento del hecho de que aquella noche no saldría solo de la discoteca muslime, miré de inmediato a derecha e izquierda para sopesarlas, pensando en elegir al menos la compañía más liviana. La chica de mi derecha —lo vi en el acto— no era exactamente gorda, sino sólo casi, de tal modo que —calculé— al cabo de un rato resultaría posible cierto aprecio sexual por mi parte. Sus facciones, una vez prevista la intimidad que debería alcanzar con ellas, me parecieron muy agradables, y sus rizos leonados eran estupendos, aunque tuvieran todo el aire de existir tan sólo desde hacía unas horas (era jueves). Di la espalda a la otra —gorda innegable e indisimulable— e inicié con la que no llegaba a tanto, de nombre Muriel, una intermitente y poco interesada conversación a gritos de la que apenas recuerdo nada (era un trámite): solamente que dijo vivir en una mínima población —o era una granja—

vecina a Wychwood Forest, entre el río Windrush y el río Evenlode. Pero aquello bien podía ser falso, tan falso como los nombres de Emilio y Muriel. Como sus compañeras, masticaba chicle incesantemente, y aunque no era tan sonriente como la joven Jessie que había vuelto a la pista a bailar más con Kavanagh y asegurar su Aston Martin, parecía festiva y contenta de conocerme y no evitaba el roce de mis piernas, cubiertas con pantalones de entretiempo, contra las suyas, tan conspicuas y potentes pero cubiertas sólo por las finas medias; es más, tendía a convertir el ineludible contacto (dadas las estrecheces) en presión deliberada. Tampoco yo la rehuía, así que llegó un momento en el que puso su mano sobre mi rodilla con familiaridad y me preguntó con el grito de turno:

—¿Quieres chicle?!

—¡No, gracias! —dije yo, y sólo tras haberlo dicho caí en la cuenta de que aquella podía no ser la respuesta más indicada en aquel lugar de los años setenta.

Ella no volvió a hablar en seguida. Se quedó un poco pensativa, con su chicle detenido en el paladar o en alguna encía. Luego dijo con naturalidad:

—Yo lo tengo en la boca por si nos besamos. Pero si quieres lo tiro ya.

(Aún me dio tiempo a notar el fuerte sabor a menta en aquella boca succionadora y redondeada.) (La mía, seguramente, sabría a tabaco rubio.)

Al salir del local con ella una hora más tarde me encontré con dos miradas, una múltiple y otra singular, aunque de ésta no tengo certeza: varios dandies gañanes a los que ya empezaba a conocer de vista me estaban censurando —catalogando al fin: gran desprecio— por la compañía elegida; y unos metros más adelante, ya en la puerta, creo que

me crucé (ella entraba, y si era ella creo que fui mirado como por un relámpago) con la chica de la estación de Didcot que luego fue también, aunque más brevemente, la chica de Broad Street —a la altura de Trinity College, cerca de Blackwell's— que una tarde de viento iba con una amiga que no la dejó pararse. Como en aquella segunda oportunidad (si es que era ella en esta tercera: hacía más de un año que no la veía, y antes fue tan escaso), me di cuenta de que era ella —o así creí, darme cuenta— una vez que nos habíamos dado la espalda. Yo me volví, como aquella otra vez, pero ella no, esta vez que no estoy seguro de que fuera ella. Vi adentrarse su nuca en la discoteca, y la nuca del hombre que la acompañaba, cuya presencia ni había notado cuando lo había tenido que tener de frente —sólo un segundo y los dos hombres andando, y quizá esquivándonos para no chocar—. De espaldas se parecía a Edward Bayes. De espaldas me pareció Edward Bayes. Pero era imposible: Edward Bayes estaría también sentado a los pies de la cama del niño Eric, leyéndole un cuento que Clare Bayes se habría quedado a oír. Ya era demasiado tarde para averiguar nada o retroceder; también ahora, como en Broad Street, hubo un tirón de una manga, pero en esta ocasión era la mía. Aunque fuera no hacía viento, Muriel, ya en la calle, se impacientaba.

En casa, en el segundo piso, volvió a masticar chicle durante un rato, combinándolo con la ginebra (mucha, medida española) que con hielo y tónica le serví en un vaso. Yo no estaba borracho, en modo alguno; ella bastante, me dio la impresión (no sabía lo que había bebido antes de que nos presentaran). Pero fue sólo luego, arriba, en el tercer piso, cuando ya estábamos desnudos y en mi cama, cuando empecé a pensar en Clare Bayes de veras y a echarla de nuevo en falta, o, mejor dicho (pues no era exactamente así, que la echara en falta), a comprobar con extrañeza y un asomo de perplejidad que aquella chica casi gorda y de facciones y rizos

tan agradables no era ella. La fidelidad (lo que así se llama para referirse a la constancia y exclusividad con que un determinado sexo penetra o es penetrado por otro igualmente determinado, o se abstiene de ser penetrado o penetrar en otros) es producto de la costumbre principalmente, como lo es también la llamada —contrariamente— infidelidad (la inconstancia y alternación y el abarcamiento de más de un sexo: la promiscuidad literal, en la que, por lo que yo sabía, estaba instalado Cromer-Blake y tenía que estarlo Muriel y tal vez Kavanagh y el profesor del Diestro). Cuando uno está habituado a una sola boca desde hace tiempo, las otras bocas parecen incongruentes y presentan dificultades: los dientes son demasiado grandes o demasiado pequeños, los labios son avaros o en exceso abundantes, la lengua se mueve a destiempo o permanece yerta, como si no fuera músculo sino carne y hueso; el olor de las zonas más olorosas (ingles, sexo, axilas) es desconcertante, como lo es la descompensada intensidad del abrazo, el tacto anestésico de las pieles, el áspero sudor de los muslos (que se debe quizá al escrúpulo), los volúmenes mal acoplados, los desconocidos colores que alteran la luz del cuarto, el tamaño y la humedad del agujero. Las manos no comprenden la medida distinta de unos pechos que tal vez rebosan las propias manos o parecen sustraerse a ellas, o que se endurecen con un pezón poco liso, que casi raspa cuando se lo lame. El cuerpo nuevo no es manejable (ningún cuerpo nuevo es manejable), y siempre hay una reserva o una interrogación respecto al orden y fuerza con que se deben besar sus diferentes partes, o apretarlas, o mordisquearlas, o investigarlas usando los dedos, o respecto al efecto que hará en el otro pararse a mirarlas, interrumpir el contacto y dedicarse a verlas con detenimiento. ‘Tengo la polla dentro de su boca’, pensé al tenerla, y lo pensé con estas palabras, pues sólo esas palabras vienen cuando se pone en palabras o en pensamientos lo que se está haciendo

con lo que denominan (cuando lo que denominan está actuando), más aún si no se conoce apenas el otro cuerpo y sobre todo si las palabras hacen referencia a las partes del cuerpo propio y no a las del otro, con las que siempre se es más respetuoso y para las que sí se buscan y emplean los eufemismos y las metáforas y los términos neutros. ‘Tengo la polla en su boca o ella tiene su boca en ella, puesto que ha sido su boca la que ha venido a encontrarla. Tengo la polla en su boca’, pensé, ‘y no es como otras veces, como tantas veces desde hace mucho tiempo. La boca de Muriel es succionadora, como noté desde el primer momento, desde que la besé, pero no es tan espaciosa y líquida como la de Clare Bayes. Le falta saliva y le falta sitio. Sus labios son bonitos, pero un poco finos, y están parados; o, más que parados (que no lo están, pues noto mucho su movimiento), carecen de flexibilidad, son rígidos. (Son como cintas tensadas.) Mientras tengo la polla en su boca veo sus pechos, son blancos y grandes y de pezón muy oscuro, a diferencia de los de Clare Bayes, que combinan sus dos colores sin estridencias, como la transición del color del albaricoque al de la avellana. Noto en mis muslos (que los aprietan un poco, sin hacerle daño) la contextura de estos pechos blancos, y aunque esta chica es muy joven, la constitución es blanda, como de plastilina nueva y aún no amasada ni endurecida por el uso y las huellas del niño que juega con ella. Yo jugué mucho con plastilina, pero ignoro si el niño Eric jugará con ella. Que tenga la polla en la boca de Muriel es incomprensible (quién lo hubiera dicho hace sólo tres horas, cuando yo hacía tiempo para salir de aquí y me afeitaba vigilando la luz de la tarde y tal vez ella se pintaba los labios en el espejo del cuarto de baño de su casa o granja de Wychwood Forest pensando en un desconocido: los labios tan despintados ahora). Mucho más incomprensible que ir a tenerla, como la tendré muy pronto, metida en su sexo, pues en su sexo —es de esperar— no habrá habido nada durante las últimas horas,

mientras que en su boca ha habido chicle y ginebra y tónica y hielo, y humo de cigarrillos, y cacahuetes, y mi lengua, y risa, y también palabras que yo no he escuchado. (La boca está siempre llena y es la abundancia.) Ahora no bebe ni fuma ni mastica ni ríe ni dice nada, porque tiene mi polla en la boca y está distraída, y sólo eso cabe. Yo tampoco hablo, pero no estoy distraído, sino que estoy pensando.’

Y luego, un poco más tarde, todavía arriba, en el piso tercero de mi casa piramidal, aún desnudo en mi cama, volví a pensar y pensé esto: ‘Con ella no echo en falta lo que siempre echo en falta cuando me acuesto con Clare, a saber: que la polla tenga ojo, que tenga visión y tenga mirada, que pueda ver *a la vez* que se acerca o entra o ha entrado en su sexo. No quiero verlo ni quiero verla. Pero a ella la veo. Aunque Muriel me gusta y está ayudando a que pase esta tarde o noche de la mejor manera, no la conozco. Sé que no es Clare Bayes, sino una no-gorda de la discoteca vecina al Apollo Theatre. Lo sé por varias razones: por su tamaño y su altura (es algo más baja); porque sus muslos no se separan lo suficiente (tal vez impedimento de la carnosidad, ¿serán separables en absoluto los de la chica más gruesa que besaba al profesor del Diestro? Quizá el profesor esté ahora mismo con un problema); también por sus huesos, que apenas se notan de tan bien envueltos (noto sólo el pubis, pero no las caderas); y por sus jadeos, que son tímidos y avergonzados (soy un desconocido y no me mira a mí al entreabrir los ojos, sino al muro vacío sobre la almohada en la que yo me apoyo). Pero sobre todo lo sé por el olor que siento. No es de Clare Bayes ni quizá siquiera de la ciudad de Oxford ni de la de Londres ni de la estación de Didcot, sino acaso el olor del bosque de Wychwood, y del río Windrush, y del río Evenlode, entre los que Muriel vive y habrá crecido, como Clare Bayes vivió y creció junto al río Yamuna o Jumna con sus cantos insignificantes, sus gabarras rudimentarias y su puente de hierro desde el

que se arrojaban los amantes desdichados. Ella está jadeando, pero también está pensando. Piensa en mi olor acaso, y piensa que es olor de extranjero, un continental, un meridional, un apasionado, sangre caliente según la fama. Mi sangre es caliente, o es tibia, o fría. ¿Cómo será mi olor para ella? Los ingleses usan poca colonia, y yo la uso, Trussardi, puede que esa sea la mayor diferencia, una novedad absoluta, puede que la colonia italiana que traigo desde Madrid cada vez que vengo sea lo único que acierta a sentir, en lo que se refiere a olores. Puede que no le guste, puede que le entusiasme, no lo puedo saber a menos que se lo pregunte, luego, porque ahora está muy concentrada en sí misma (piensa sólo en sí misma). Quizá ni siquiera ha reparado en ello, quizá no percibe nada, aunque no parece resfriada ni nada, hay muchos resfriados en esta primavera inglesa o furtivo invierno, y alergia al polen, fiebre del heno la llaman, la padecen los jóvenes principalmente, aunque Clare Bayes —ya no es tan joven— también la tiene. La primavera pasada estornudó varias veces estando en el lugar que ahora ocupa esta chica de Wychwood Forest, un bosque que ya no existe, sólo sus restos, fue talado y arrasado el pasado siglo, pero es muy difícil renunciar a un nombre, dicen mucho los nombres. Muriel no parece que vaya a estornudar, si lo hiciera lo sentiría fortísimamente tal como estamos puestos, y me estremecería, notaría un empuje violento que ahora no existe. Tal vez se cansa, ha bebido mucho. La habitación estaba fría cuando salí de casa, pero ahora hace calor porque el cuerpo de Muriel es caluroso, mientras que el de Clare Bayes es tibio, y el de la chica del tren de Londres bien podría ser frío, según su aspecto. La he visto, creo, pero no me importa, hace más de un año que no pienso en ella, y hace más de un año que pienso en Clare Bayes casi todo el tiempo, aunque nunca nos hayamos visto con la exigencia de quienes tienen ante sí un proyecto. Pero si esta noche hubiera esperado —si no me hubiera encontrado a Kavanagh y a la

sonriente Jessie y al profesor del Diestro—, tal vez habría acabado yéndome de la discoteca con esa chica del tren de Londres, y —aún no, porque tendría que haber ocurrido más tarde, pero dentro de un rato— ella estaría aquí (si era ella, y si no lo era), en el lugar de Clare Bayes y en lugar de Muriel, esta chica no-gorda —no es gorda, no es gorda ni tampoco infame— que dice vivir entre el río Windrush y el río Evenlode, en lo que *fue* Wychwood Forest. Es ella la que está aquí, en mi cama, encima de mí —ocultando o guardando mi polla—, porque Clare Bayes no quiere verme durante estas semanas que son para el niño Eric que ha venido enfermo y porque era ella y ninguna otra —era ella y no la chica de la estación de Didcot— la que tomaba chicle por si nos besábamos. Hacía bien, porque nos estamos besando ahora.’

—Dime que me deseas —dijo Muriel separando de la mía un momento su boca succionadora y redondeada.

Oí las campanas todavía despiertas o que no duermen de la iglesia vecina de St Aloysius, o eran las de St Giles. No había que mirar el reloj en la mesilla de noche ni que apresurarse ni que empezar a pensar dónde habían quedado los escondidos zapatos de tacón alto y las prendas desperdigadas por la habitación. Ya era noche cerrada.

—Te deseo —dije. ‘Te deseo’, pensé, y dejé de pensar después de este pensamiento.

Creo que sólo hice verdadera amistad con Cromer-Blake durante mi estancia de dos años en Oxford. Pero así como muchos *dons* me resultaron gente insufrible (el economista Halliwell es un pálido ejemplo, y recuerdo con particular sufrimiento al doctor Leigh-Peele, el experto en las Indias de nuestro departamento, un sujeto puntilloso y frailuno, de abdomen notablemente más ancho que el torso, siempre con pantalones que le estaban estrechos y cortos —las pantorrillas (asquerosas) al aire en cuanto se sentaba— y con el que tuve que dar las más metódicas y lamidas clases), llegué a ponerme a menudo en el lugar de Edward Bayes, como ya he explicado, y llegué a apreciar el buen humor y la despreocupación del hostigado y frivolidante Kavanagh (hostigado por ser irlandés y escribir novelas y ser desenvuelto), y llegué a responder al afecto —en igualdad de condiciones seguramente, aunque él no pudiera ni imaginarlo, pues yo era todavía más reservado y no demostraba— que, quizá a pesar suyo o sin darse cuenta, me profesaba Alec Dewar, el Inquisidor o Matarife o Destripador. Y sobre todo llegué a admirar a la autoridad literaria o ya casi emérito (durante mi primer curso) y luego emérito definitivamente (durante el segundo) profesor Toby Rylands, cuya amistad me había recomendado Cromer-Blake con algo de ligereza. Pues con Toby Rylands no se podía tener amistad exactamente, no porque no fuera acogedor y gentil o no gustara de recibir a quien quisiera verlo, sino porque era un hombre demasiado sagaz y demasiado verídico (quiero decir que lo que decía sonaba siempre como verdades), y hacia el que no era fácil sentir otra cosa que admiración abierta y quizá un poco de miedo (lo que en inglés es *awe*, y me entenderán algunos).

Yo iba a visitarlo a su casa, fuera del área universitaria, al este, en una zona de parques: una casa lujosa (era hombre de fortuna personal, no académica ni usufructuada) con un extenso jardín asomado a uno de los más selváticos y feéricos tramos del río Cherwell a su paso por Oxford o

sus aledaños. Solía ir en domingo, el día de la semana en que también a él, sobre todo una vez jubilado, en el segundo año, debían costarle más el esfuerzo y las ganas de entretenerlo y pasar al siguiente (mataba el tiempo como los mendigos). Era un hombre muy grande, de tamaño en verdad enorme, con el pelo totalmente conservado, ondulado y blanco —una bavaroise— sobre su cabeza estatuaria, siempre bien vestido con más presunción que elegancia (corbatas de pajarita y jerseys amarillos, un poco a la americana, o como un estudiante antiguo), y en Oxford estaba considerado como una futura —ya casi presente— inolvidable gloria, pues allí, como en todos los sitios que se perpetúan por alguna suerte de endogénesis, las personas sólo se convierten en inolvidables cuando empiezan a cesar en sus cargos y a ser pasivas y a dar lugar a sus legatarios. Él y Ellmann, Wind y Gombrich, Berlin y Haskell, estaban o están destinados a acabar siendo de la misma estirpe: los anhelados retrospectivamente. Toby Rylands tenía todos los honores y vivía solitariamente. Recibía por correo a diario unos cuantos más, cada vez más insinceros; cuidaba el jardín; alimentaba a algunos cisnes que pasaban temporadas en aquel tramo suyo del río Cherwell; escribía un ensayo más sobre el *Sentimental Journey*. No le gustaba mucho contar de su vida pasada, de sus orígenes mal conocidos (se decía que no había sido inglés siempre, sino sudafricano, pero si era verdad no había rastro en su acento), de su juventud, y menos aún de sus supuestas actividades, ya remotas —eso se susurraba en Oxford—, con el MI5, el famoso servicio secreto británico. Debían ser ciertas, pero eso no resultaba muy interesante, tan vulgar y corriente es el vínculo entre ese servicio de las novelas y el cine y las dos principales universidades inglesas. Las historias más sabrosas que corrían entre sus acólitos, discípulos y ex subordinados eran, de hecho, las relativas a su actuación durante la guerra: al parecer, no había estado en el frente (en ninguno), sino

llevando a cabo extrañas y confusas misiones (con mucho dinero siempre por medio) vagamente relacionadas con el espionaje o el seguimiento de personalidades neutrales en lugares tan alejados del corazón del conflicto como La Martinica, Haití, Brasil y las islas de Tristan da Cunha. Nunca supe mucho acerca de su pasado, debían de ser pocos los enterados. Lo que más impresionaba de él eran los ojos rasgados de colores distintos, color aceite el derecho y ceniza pálida el izquierdo, de tal manera que si se lo miraba desde el lado derecho se le veía una expresión aguda no falta de crueldad —un ojo de águila, o quizá de gato—, mientras que si se lo miraba desde la izquierda lo que se veía era una expresión meditativa y grave, recta, como sólo pueden ser rectas las gentes del norte —un ojo de perro, o quizá de caballo, que parecen los más rectos de los animales—; y si se lo miraba de frente, entonces uno se encontraba con dos miradas, o mejor dicho no, con los dos colores pero una sola mirada, que era cruel y recta, meditativa y aguda. A cierta distancia predominaba (y asimilaba al otro) el color del aceite, y cuando alguna mañana de domingo el sol le daba en los ojos y se los iluminaba, la densidad del iris se disolvía, y se aclaraba el tono, que era como el del jerez ya servido en la copa que sostenía a veces entre las manos. En cuanto a su risa, eso era lo más diabólico de Toby Rylands: la boca no se movía apenas, pero sí lo bastante —sólo horizontalmente— para que bajo su labio superior, morado y carnoso, aparecieran unos dientes pequeños y levemente puntiagudos, pero muy igualados, tal vez la buena imitación, debida a un dentista de pago, de los que la edad le habría perdido. Pero lo más demoniaco de aquella risa breve y seca no era verla, sino oírla, pues no se asemejaba a las onomatopeyas escritas más habituales, todas ellas fiadas a la aspiración de la consonante (sea *ja, ja, ja* o *je, je, je* o *ji, ji, ji*, o en otras lenguas *ha, ha* o incluso *ah, ah*), sino que en su caso ésta era indudablemente plosiva, una clarísima *t* alveolar, como lo es la inglesa.

Ta, ta, ta, así era la risa escalofriante del profesor Toby Rylands. *Ta, ta, ta. Ta, ta, ta.*

El día que mejor recuerdo y que él pareció decir más verdades sólo rio al principio, mientras comentábamos sobre mis colegas que ya no lo eran suyos exactamente y me contaba con medias palabras alguna jocosa anécdota diplomática o universitaria, nunca de la guerra ni del espionaje. Por entonces (Hilary de mi segundo año, luego era entre enero y marzo: era fin de marzo, justo antes de que Clare Bayes decidiera darme la espalda durante cuatro semanas) todos ya sabíamos que Cromer-Blake estaba enfermo y le suponíamos con algo grave. Él seguía sin decirnos nada (o sólo vaguedades, si es que no evasivas), ni a mí, ni a Clare, ni a Ted, ni a su hermano Roger que vivía en Londres, ni siquiera a su venerado Rylands, quizá sí a Bruce, la persona más cercana a él desde hacía años, con quien mantenía lo que se llamaba antiguamente (en francés sobre todo) una amistad amorosa, sin ningún progreso ni retroceso ni exclusividad ni constancia. (Bruce era mecánico de la Vauxhall y no solía tratarnos: Bruce era su mundo aparte.) Pero sus visitas al hospital en Londres —sus internamientos esporádicos pero cada vez menos cortos— y su aspecto demasiado variable —tan pronto se lo veía en su peso y con la tez luminosa como demacrado y de color ceniciento— hacían que nos preocupáramos con esa preocupación callada, muy frecuente en Inglaterra o al menos más que en otras partes, que tiene como base un poco de estoicismo y también —sin embargo— la optimista creencia de que las cosas existen sólo cuando se habla de ellas, o, lo que es lo mismo, de que no prosperan y acaban por diluirse si la existencia verbal no se les da ni consiente. Ninguno de sus allegados hablábamos de Cromer-Blake (de su enfermedad ya visible) a sus espaldas, y con él nos limitábamos a olvidar en seguida el anterior aspecto cuando lo tenía bueno —como algo que condenamos alegremente

a *haber sido*—, y a recordar éste en cambio cuando lo tenía malo —deseando vivamente, en silencio, la vuelta de lo que *sólo ha sido*.

Para Toby Rylands, Cromer-Blake era uno de sus más queridos e irrenunciables amigos —el vástago solidario, el discípulo que no se retira cuando ya ha cumplido su crecimiento—, y por eso mismo Rylands era la última persona de la que podía esperarse que mencionara la enfermedad sin nombre, cualquiera que fuese ésta. Por eso me sorprendió cuando aquel domingo, estando los dos de pie en el jardín a la orilla del río, mirando correr el agua sin la resistencia ilusoria de la vegetación que en otras estaciones parecía empujarla a su paso desde las riberas y que tanto contribuía a hacer de aquel tramo un paraje selvático, habló de Cromer-Blake y de su salud o su falta. Estaba arrojando pedazos de pan viejo al agua, para ver si salían los cisnes que pasaban temporadas en aquel recodo.

—No salen hoy —dijo—. Quién sabe si se habrán mudado, van río arriba y abajo a lo largo del año. A veces desaparecen durante semanas y están sólo a unas yardas. Aunque es raro, porque ayer los vi. Este es uno de sus lugares predilectos, aquí son bien tratados. Pero bueno, siempre tiene que haber un primer día en las desapariciones. Si no no serían tales, ¿verdad? —Y siguió tirando migas, ahora más troceadas, al agua de color canela—. Pero no importa, ya han llegado patos, mira, ahí sale uno a buscar la comida. Y otro, y otro. Qué ávidos son, no desprecian nada. —Y, casi sin transición, añadió—: ¿Has visto a Cromer-Blake últimamente?

—Sí —dije yo—, hace dos o tres días. Estuve tomando un café con él en sus habitaciones.

La autoridad literaria estaba a mi izquierda, por lo que veía su expresión aguda en su ojo de aceite, que de perfil parecía más rasgado que el de ceniza. Tardó unos segundos en hablar de nuevo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bueno. Lo tiene mucho mejor desde que volvió de Italia. Se tomó una semana de permiso, supongo que lo sabe. Yo le sustituí en algunas clases. Necesitaba un descanso y alejarse de aquí. Le vino bien, parece.

—Le vino bien, ¿eh? —Y el ojo se desplazó hacia su derecha con un movimiento fugaz (se desplazó hacia mí), para volver a fijarse en seguida en los patos.— Sé que se tomó un permiso y que estuvo en la Toscana, pero lo sé por otros. Desde que ha regresado, ¿dos semanas, tres?, no ha venido a verme. Tampoco ha llamado. —Calló, y luego se volvió para mirarme de frente, como si le fuera necesario mirar de frente para decir cosas sentidas o reconocer debilidades—. Eso me extraña y también me duele, no veo por qué no deba decirlo. Había pensado que sería tal vez por su aspecto, si lo tenía malo. Pero dices que lo tenía bueno, ¿verdad? Eso has dicho, ¿no?

—Sí, estuvo muy mal en febrero, y ahora, en comparación, lo he visto muy mejorado.

Toby Rylands, con su enorme peso no debido a gordura alguna sino a su tamaño y a su corpulencia, se agachó con dificultad para coger más pan de una cesta de mimbre que tenía en el suelo. Habían aparecido otros cuatro patos.

—Me pregunto qué día dejará de venir del todo. Cuál será, por tanto, el último día que vaya a verlo, si es que ese día no llegó ya, en febrero, y yo no lo supe entonces. Esa fue la última vez que vino, a mediados de febrero. Quizá no piensa venir más. Mira los patos.

Miré a los patos. Pero contesté en seguida:

—No sé por qué dice eso, Toby. Nadie aprecia tanto su compañía como Cromer-Blake, lo sabe usted perfectamente. No creo que deje de venir nunca a verlo, al menos por voluntad propia.

El profesor Rylands vació de golpe en el agua el resto del pan que

tenía en su cesta, sin trocearlo más —mendrugos y rebanadas flotando un instante en las aguas terrosas del río Cherwell—, y, soltándola —quedó volcada sobre la hierba, como un sombrero campesino de mujer, el asa como la cinta—, retrocedió hasta la mesita donde la señora Berry, su ama de llaves, nos había servido jerez y unas aceitunas. Aunque era fin de marzo no hacía frío si fuera se estaba un poco abrigado. Era un domingo de sol alternado con nubes ralas, y el sol no había que desperdiciarlo, porque ayudaba a entretener el día y pasar al siguiente. Rylands llevaba una de sus pajaritas y uno de sus gruesos jerseys amarillos y encima una cazadora forrada de lana: el jersey era más largo y asomaba bajo el cuero castaño. Se sentó en una silla con almohadón y bebió de su copa. La terminó lentamente, pero de un solo trago, y volvió a servirse.

—Por voluntad propia —dijo—. Por voluntad propia —repitió—. ¿A quién pertenece la voluntad de un enfermo? ¿Al enfermo o a la enfermedad? Cuando uno está enfermo, como cuando uno es viejo o está perturbado, se hacen las cosas a partes iguales con voluntad propia y con voluntad ajena. Lo que no siempre se sabe es a quién pertenece la parte de la voluntad que ya no es nuestra. ¿A la enfermedad, a los médicos, a los medicamentos, a la perturbación, a los años, a los tiempos pasados? ¿Al que ya no somos... que se la llevó consigo? Cromer-Blake ya no es el que creemos que es o el que solía ser, no es el mismo. Y o mucho me equivoco o cada vez lo irá siendo menos hasta dejar de ser, simplemente. Hasta que no sea ni uno ni otro ni un tercero ni un cuarto, sino nadie. Hasta que no sea nadie.

—No le entiendo, Toby —dije yo, esperando que la frase fuera disuasoria en sí y él se interrumpiera. Esperando que contestara algo así como ‘Dejémoslo’ u ‘Olvídalo’ o ‘No me hagas caso’ o ‘No tiene importancia’. Pero no contestó nada de eso.

—No, ¿eh? —Y Toby Rylands se pasó una mano por el pelo cremoso,

bien peinado y blanquísimo, como hacía Cromer-Blake (que quizá le había copiado a él el gesto), sólo que el de Rylands era mucho más blanco. ‘Toby Rylands debió ser muy rubio’, pensé justo antes de que dijera lo que yo (madrileño y supersticioso o ya anglicado y estoico) prefería que no dijera—: Escucha —dijo—, escúchame. Cromer-Blake va a morir. No sé lo que tiene y él no va a decírnoslo, si es que lo sabe seguro o no ha logrado olvidarlo, al menos a ratos, a base de irresponsabilidad y con tremendo esfuerzo. No sé lo que tiene, pero no creo que dure mucho y estoy convencido de que es muy grave. Cuando vino por aquí la última vez, en febrero, estaba fatal y lo vi ya muerto. Tenía cara de muerto. Ahora dices que está mejor, no sabes cómo lo celebro, y ojalá le dure. Pero ya ha estado mejor otras veces y luego peor que nunca, y aquel último día lo vi sentenciado. Se me partió el corazón y se me partirá aún más cuando ocurra, pero es mejor que esté hecho a la idea. Pero también me duele que por eso no venga a verme, mientras aún es posible. No es por su aspecto, regular o malo, por lo que no viene; no es por no apenarme, o porque no desee que yo lo vea cuando lo tiene pésimo. Yo sé por qué no viene a verme. Antes yo era un anciano (mi aspecto es de anciano desde hace mucho; siempre parecí mayor, y tú me has conocido hace sólo un año), y era inofensivo, o beneficioso incluso, era instructivo con mis digresiones y era divertido con mi malicia y mis bromas, y aún podía enseñarle cosas, aunque no sepa mucho de vuestra materia, la literatura española, no sé por qué no se ocupó de la nuestra, que es más variada. Pero ahora ya no soy eso, sino el espejo en el que no quiere verse. Su fin está próximo y también el mío. Yo le recuerdo a la muerte, porque soy seguramente, de sus amigos, el que la tiene más próxima. Yo soy la enfermedad que él padece, yo soy la vejez, yo soy el decaimiento, mi voluntad anda errante, como la suya, sólo que yo he tenido tiempo de irme acostumbrando a perderla, y acostumbrarse a

perderla quiere decir aprender a retenerla al máximo, demorar su marcha, y no hacer daño. Él no ha tenido ese tiempo, y no puede culpársele. No debo culparle porque me rehúya. Pobre muchacho. Aunque no se le note, estará desconcertado. Estará aterrado. Y no podrá creer lo que le está pasando.

Toby Rylands bebió un poco más de jerez y entrecerró sus ojos distintos pero asemejados ahora porque miraba hacia el sol que le daba de cara. Cogió una aceituna.

—No sé —dije yo—. No sé si tiene razón, Toby. Yo no le veo a usted en absoluto cercano a la muerte, como dice, o reminiscente de ella, o un adelantado. Ni siquiera es usted muy mayor, y está bien de salud, ¿no es cierto? Se le ve magnífico. El año pasado tenía usted sus clases abarrotadas, y podría seguir teniéndolas si no le hubiera tocado jubilarse este curso. Nadie llena aulas en Oxford si está acabado. Puede que Cromer-Blake no haya tenido tiempo de venir a verle.

—Ta, ta, ta —Toby Rylands rio por fin explosivamente, pero con amargura. Luego dijo—: Sé lo que piensas, que digo estas cosas justamente por eso, porque he tenido que jubilarme. Que de pronto me veo cercano a la muerte y demás bobadas porque estoy inactivo y pienso demasiado, aquí en este jardín junto al río, que en todos los tiempos es la imagen del transcurso. O en la casa... la señora Berry tan silenciosa. Eso es una vulgaridad, y no estoy inactivo. Estoy escribiendo el mejor libro que jamás se haya escrito sobre Laurence Sterne y su *Sentimental Journey*. Me dirás que eso no importa mucho, o a poca gente, y que no sirve en exceso para sentirse... esperado. Pero me importa a mí. Yo adoro ese libro, y me importa que se lo comprenda bien, y comprenderlo yo, según lo voy estudiando otra vez y os lo voy explicando: yo me espero a mí mismo. No, no es la jubilación, en modo alguno. Desde hace años veo pasar los días con la sensación de descenso que todos los hombres sienten

más pronto o más tarde. No depende de los años exactamente, hay quien la tiene desde que es niño, hay niños que ya la sienten. Yo la tuve pronto, hace unos cuarenta años, y llevo todos esos años permitiendo a la muerte acercarse, y me da pánico. Lo grave de que la muerte se acerque no es la propia muerte con lo que traiga o no traiga, sino que ya no se podrá fantasear con lo que ha de venir. Yo he tenido lo que se llama comúnmente una vida plena, o así la considero yo. No he tenido mujer ni hijos, pero creo haber tenido una vida de conocimiento, que era lo que me importaba. Nunca he dejado de saber más de lo que sabía antes, y es indiferente dónde quieras poner ese *antes*, aunque sea hoy, aunque sea mañana. Pero también he tenido una vida plena porque esta vida ha tenido acción, e imprevistos. Yo he sido espía, como seguramente has oído y como lo han sido tantos de nosotros porque eso puede ser parte de nuestra tarea; pero no de oficina, como lo son ese Dewar de tu departamento y la mayoría, sino de campo. Yo he estado en la India y en el Caribe y en Rusia, y he hecho cosas que ya no puedo contar a nadie porque resultarían ridículas y no se creerían, yo sé bien lo que se puede contar y lo que no se puede según los tiempos, porque he dedicado mi vida a saberlo en la literatura, y lo distingo. Nada de esto debe ya ser contado, pero yo he corrido riesgos mortales y he delatado a hombres contra los que no tenía nada personalmente. Yo he salvado vidas y a otra gente la he enviado al paredón o a la horca. Yo he vivido en África, en lugares inverosímiles y en otras épocas, y he visto matarse a la persona que amaba —Toby Rylands se paró en seco, como si sólo su memoria, y no la voluntad (su voluntad retenida al máximo, pero ya no sólo suya), le hubiera llevado a decir lo último que había dicho; se rehízo en seguida, sin duda porque continuar era la mejor manera de disiparlo—; y asistí a combates. Mi cabeza está llena de recuerdos nítidos y fulgurantes, espantosos y exaltadores, y quien pudiera verlos en su conjunto como yo

los veo pensaría que eran suficiente para no querer más, para que la sola rememoración de tantos hechos y tantas personas emocionantes llenara los días de la vejez más intensamente que el presente de tantos otros. Pero no es así, e incluso ahora, cuando no parece que vaya a ocurrirme ya nada imprevisto, es decir, *nada*; cuando la vida que llevo aquí en mi jardín o en la casa con la demasiado previsible señora Berry parece hecha a propósito para que no ocurra nada, y todo lo sorprendente y lo estimulante parece tan concluido y tan descartado, te aseguro que incluso ahora sigo queriendo más: *lo quiero todo*; y lo que me hace levantarme por las mañanas sigue siendo la espera de lo que está por llegar y no se anuncia, es la espera de lo inesperado, y no ceso de fantasear con lo que ha de venir, exactamente igual que cuando tenía dieciséis años y salí de África por primera vez, y todo cabía, porque todo cabe en el desconocimiento. Yo he ido minando poco a poco ese desconocimiento, y, como te he dicho, siempre he ido sabiendo más de lo que sabía. Pero aun así el desconocimiento sigue siendo tan grande como para que aún hoy, con mis setenta años cumplidos y esta vida tan mansa, siga esperando abarcarlo todo y experimentarlo todo, lo insólito y lo ya probado, otra vez, lo ya probado. Existe el afán por lo desconocido y también el afán por lo conocido, uno no puede aceptar que ciertas cosas no vayan ya a repetirse. Por eso a veces envidio a Will, el viejo portero de la Tayloriana, que me llevará veinte años y sin embargo, gracias a que ya ha dejado marchar su voluntad del todo, vive en constante alegría o zozobra a lo largo del tiempo entero de su vida entera, llevándose grandes sorpresas y también repitiendo lo que ha conocido. Es una manera de no renunciar a nada, aunque él no lo sepa y aunque su vida de garita haya sido todo menos plena desde mi punto de vista. Pero mi punto de vista no importa en esto, ninguno importa. Saber que en un momento dado habrá que renunciar a todo es lo insoportable, para todo el mundo, sea lo que

sea lo que constituya ese *todo*, lo único que conocemos, lo único a lo que estamos acostumbrados. Yo comprendo bien a quien lamenta morir sólo porque no podrá leer el próximo libro de su autor favorito, o ver la próxima película de la actriz que admira, o volver a tomar cerveza, o hacer el crucigrama del nuevo día, o seguir la serie de televisión que sigue, o porque no sabrá qué equipo ha ganado el campeonato de fútbol del año en curso. Lo comprendo perfectamente. No es sólo que todo pueda aún darse, la noticia inimaginable, el giro de todos los acontecimientos, los sucesos más extraordinarios, los descubrimientos, el vuelco del mundo. El revés del tiempo, su negra espalda... Es también que son tantas las cosas que nos retienen. Son tantas las cosas que retendrán a Cromer-Blake. Tantas como a ti. O como a mí. O como a la señora Berry. —Y Toby Rylands señaló hacia la casa—. Imagínate, pobre muchacho. Supongo que a la hora de irse despidiendo yo ya no soy una de ellas.

El profesor Rylands calló. Se subió un poco más la cremallera de la cazadora, tapando ahora enteramente el jersey por arriba —pero nunca por abajo, la franja amarilla visible siempre—, y se tomó dos aceitunas de golpe.

—No querrá usted que hable con él, ¿verdad?

—Ni se te ocurra. —Y los dos ojos, el de aceite y el de ceniza pálida, el de águila y el de caballo, me miraron con autoridad. La autoridad literaria se acabó la segunda copa de jerez y, dándose una palmada en el pecho, enorme y convexo, se levantó y dio unos pasos en dirección al río. Recogió la cesta de mimbre tirada en la hierba y, con ella colgada del brazo, como un antiguo vendedor ambulante al que se le hubiera terminado la mercancía, se volvió hacia la casa y gritó—: ¡Mrs Berry! ¡Mrs Berry! —Y cuando la señora Berry se asomó a la ventana de la cocina, donde estaría preparándole ya un poco de almuerzo al que yo no

me quedaría, le dijo elevando la voz como la elevaría yo luego en la discoteca para hablar con Muriel de Wychwood Forest—: ¡Mrs Berry, hágame usted el favor de traer unas galletas, las que estén más viejas! — Después volvió a mirarme (ya sin autoridad) y agitó la cesta en el aire. Rio—: Ta, ta, ta. A ver si de una vez salen esos cisnes perezosos.

Todo lo que nos sucede, todo lo que hablamos o nos es relatado, cuanto vemos con nuestros propios ojos o sale de nuestra lengua o entra por nuestros oídos, todo aquello a lo que asistimos (y de lo cual, por tanto, somos algo responsables), ha de tener un destinatario fuera de nosotros mismos, y a ese destinatario lo vamos seleccionando en función de lo que acontece o nos dicen o bien decimos nosotros. Cada cosa deberá contarse a alguien —no siempre el mismo, no necesariamente—, y cada cosa va poniéndose aparte como quien ojea y aparta y va adjudicando futuros regalos una tarde de compras. Todo debe ser contado una vez al menos, aunque, como había dictaminado Rylands con su autoridad literaria, deba ser contado según los tiempos. O, lo que es lo mismo, en el momento justo y a veces ya nunca más si ese momento justo no se supo reconocer o se dejó pasar deliberadamente. Ese momento se presenta a veces (las más) de manera inmediata, inequívoca y apremiante, pero muchas otras veces se presenta sólo confusamente y al cabo de lustros o de decenios, como sucede con los mayores secretos. Pero ningún secreto puede ni debe ser guardado siempre para todo el mundo, sino que está obligado a encontrar al menos un destinatario una vez en la vida, una vez en la vida de ese secreto.

Por eso algunas personas reaparecen.

Por eso nos condenamos siempre por lo que decimos. O por lo que nos dicen.

Yo sabía que si el tiempo contado de Cromer-Blake me daba tiempo a ello, acabaría contándole lo que Toby Rylands me había prohibido que le dijera con su mirada imperiosa, aunque en sentido estricto aquello tampoco pudiera considerarse tanto como un secreto. Pero como entonces (inmediatamente) sí era seguro que debía callarlo y que aquellas palabras tardarían en llegar a su destinatario ya seleccionado y más indispensable, olvidé en seguida, aunque pasajeraamente (quiero decir que no seguí

preguntándome ni dándole vueltas), cuanto le había escuchado a Rylands sobre Cromer-Blake y su prolongado alejamiento de la casa junto al río Cherwell. No pude olvidar, en cambio, las insinuaciones —o afirmaciones: las más explícitas que le había oído— acerca de su propio pasado. Pero en lo que se refería a éstas lo más que podía hacer era *sólo* comunicarlas, a Cromer-Blake, a Clare Bayes, a mis dos principales figuras de la ciudad de Oxford (paterna y materna, fraterna y pensada, respectivamente) aparte del propio Rylands (que era la tercera, la del maestro, y la más conforme). Ese *sólo* de antes significa que así como ellos podían compartirlas y ser sus destinatarios fuera de mí mismo, ni ellos ni nadie, seguramente (cuántos muertos no habría en la rememoración fulgurante y nítida de Toby Rylands), podrían esclarecerlas ni completar la historia de aquellas actividades de delación y espionaje, de aquellos oscuros orígenes y aquellos combates, de aquellos hombres que Rylands había condenado o salvado ni —por supuesto, aún menos— de aquella persona que había amado y que, *mientras* él la amaba —aunque en seguida empecé a dudar de que lo hubiera dicho, y empecé a dudar de mi capacidad de comprensión del inglés, y de haber oído y entendido bien—, se había matado ante sus propios ojos.

Se lo comenté a Cromer-Blake a la primera oportunidad que tuve, pero pareció darle la razón a Rylands en lo referente a la preterición y olvido a que lo sometía, pues apenas prestó atención. No se mostró interesado. (Quizá ya no era, en efecto, el que creíamos que era o el que solía haber sido, porque Cromer-Blake podía reaccionar ante cualquier cosa, como ya he dicho o decía él mismo, con ironía o con ira, pero nunca sin curiosidad, jamás con indiferencia.)

‘¿Estás seguro de que dijo eso?’, se limitó a preguntar distraída y escépticamente (y no hay interés menor que el del escepticismo). ‘Creo

que sí’, dije yo, ‘aunque ya no me fío. Pero tampoco podría habérmelo inventado, no se me habría ocurrido semejante historia.’ Y él contestó: ‘Quién sabe, sería en la guerra, a lo mejor a un soldado amigo suyo le entró tanto miedo antes de un combate que prefirió acabar de una vez con la incertidumbre y pegarse un tiro. Pasaba bastante, no digamos en las trincheras de la primera guerra, repletas de adolescentes, de niños.’ ‘Pero, ¿Rylands es homosexual?’, pregunté yo. ‘Ah, yo no lo sé en realidad, desde que lo conozco siempre ha estado solo, y él no habla de estas cuestiones poco caballerosas. Bien mirado, parece asexuado’, y aquello me pareció una contradicción con lo que me había expuesto una noche de abundante oporto, después de una cena alzada. ‘Por lo demás ya sabes que cuando se me habla de personas amadas o deseadas yo sólo alcanzo a ver hombres mientras no se me diga que no debo verlos. Quizá lo dijo para impresionarte. Cuenta poco de su pasado, pero le gusta dar a entender que fue muy intenso. Yo no daría importancia a ese comentario, si es que lo hizo.’ Y pasó a preguntarme por mi relación con Clare Bayes, a la que por entonces —al final de Hilary de mi segundo y último año— quedaba en principio un trimestre de vida y a la que él se había acostumbrado ya tanto que ahora hacía —cuando estaba de humor— de confidente de ambos. En aquellos días —como una matrona— parecía querer saber sólo de las relaciones sexuales o sentimentales de otros, como si él hubiera renunciado a las suyas, y del presente, de los problemas más cotidianos, como si para él, en efecto, no contara el futuro (pero tampoco el pasado). ‘¿Qué importa, en todo caso, lo que ocurriera hace cuarenta años?’ Y abriendo las manos elocuentemente, cruzó sus largas piernas y adoptó la postura (la toga como catarata nocturna) que mejor contribuía al disfraz estético de su entera estampa. Eso fue lo único que dijo sobre aquellas palabras oídas de las que yo le había hecho destinatario.

En cuanto a Clare Bayes, le hice asimismo una relación (a ella sí completa) de mi charla con Rylands. Pero ella pareció interesarse principal o únicamente por el pesar de éste ante la dilatada deserción de Cromer-Blake, y no fue sino con verdaderos ruegos como logré disuadirla de tomar cartas en aquel asunto, como pretendía, y convencerla de guardar silencio ante el discípulo esquivo, sobre las quejas de su maestro. El hijo Eric estaba aún sano en Bristol, y por lo tanto Clare Bayes estaba atenta aún a todo, expansiva como era, perseverante en su tiempo. Sin embargo, cuando mis comentarios insistieron en el pasado de Rylands y en aquel episodio tan melodramático relacionado con una muerte concreta que había tenido un testigo, Clare Bayes cambió de expresión (torció el gesto) y se impacientó, como si no estuviera dispuesta no ya a hablar, sino ni siquiera a oír hablar de ello. Aunque lo más inesperado fue quizá que tampoco ella pareció impresionarse ni sorprenderse en exceso por la revelación que Rylands me había hecho sólo a medias voluntariamente. Pareció más bien resentirse.

‘Quién sabe’, dijo como había dicho Cromer-Blake aquella misma mañana, ‘puede ser cierto.’ Estábamos en mi casa, en el piso de arriba, es decir, en mi cama, cuando aún había sido sólo mi lugar y el lugar de ella. Pero estábamos vestidos, como estábamos allí tantas veces por la mala calefacción y las prisas, hablando rápidamente antes de que se fuera y volviera a su casa andando —bajo la luna pulposa y móvil y de cara al viento— con el rostro todavía demasiado encendido para nuestra seguridad y mi gusto. Hablábamos rápidamente porque así nos daba la impresión de que se demoraba el tiempo, de que había cabido más en el tiempo escaso de que disponíamos siempre: más que las efusiones, que desde hacía ya mucho no nos bastaban, quiero decir, no eran ya lo único que nos interesaba del otro. Así que dijo: ‘Quién sabe, puede ser cierto’, e intentó pasar a otro tema. Pero yo continué: ‘¿Y quién podría saber al

respecto? Me gustaría conocer esa historia de Toby, pero a él no me atrevo a preguntarle.’ ‘Qué más te da’, dijo ella, ‘quizá estuvo enamorado de una mujer enferma que padecía tantos dolores que se quitó la vida. Esas cosas pasan también fuera del cine.’ ‘Toby Rylands es heterosexual, ¿verdad?’, pregunté yo. ‘Ah, no lo sé, supongo que sí’, dijo ella, ‘yo doy por descontado que todos los hombres lo son a menos que me digan abiertamente lo contrario, como Cromer-Blake. ¿Por qué no habría de serlo? ¿Porque no se ha casado nunca? Nunca he oído decir que no lo fuese.’ ‘Tampoco yo, desde luego’, respondí, y añadí: ‘Pero si la historia es verdadera, ¿no te parece atroz y digna de saberse, cualquiera que sea?’ Fue entonces cuando Clare Bayes se impacientó y torció el gesto y pareció resentirse: encendió un cigarrillo con irritación y descuido, le cayó una pavesa encima de una media —siempre las medias al descubierto, siempre en mi cama la falda subida cuando no quitada, dejando ver sus piernas esbeltas y recias y sus pies descalzos—, y al quemarse maldijo, se levantó de la cama, se frotó la media, dio tres pasos por la habitación hasta la ventana, miró por ella mecánicamente —miró quizá la iglesia de St Aloysius y el viento—, luego dio otros cinco hasta el muro opuesto y apoyó en él la mano haciendo sonar sus varias pulseras, dio un golpecito al cigarrillo que aún no soltó ceniza —habría caído sobre la moqueta— y dijo: ‘Sí, claro que me parece atroz, y justamente por eso no quiero saberla, ni hablar de ella, todavía menos ponerme a imaginar qué espanto pudo pasarle a Toby en un país extranjero hace treinta años. ¿A quién le importa lo que pasara tan lejos, y hace tanto tiempo?’ ‘Cuarenta’, dije yo, ‘me dio la sensación de que se refería a algo ocurrido hace cuarenta años. Y no dijo que fuera en un país extranjero, aunque es bien posible que sí lo fuera.’ ‘También sucedieron muchas cosas hace treinta’, dijo Clare Bayes, y aspiró y exhaló el primer humo, pues hasta entonces había tenido el cigarrillo encendido en la

mano, gesticulando con él pero sin fumarlo, ‘y hace veinte, y hace diez, y ayer mismo, aquí y en tantos otros países, siempre han ocurrido demasiadas cosas atroces, no veo por qué hay que volver a hablar de ellas, ni por qué hay que intentar enterarse de las que teníamos la suerte de no saber, de las que han sucedido sin que las presenciáramos ni nos afectaran. Ya tenemos bastante con lo que nos ha tocado ver con nuestros propios ojos, ¿no te parece?’ Y empezó a recoger sus carpetas y bolsas y a ponerse la chaqueta para marcharse, aunque las campanas de Oxford habían hecho su última intervención poco antes avisando que aún nos quedaba un cuarto de hora, y el despertador no había sonado en la mesilla de noche. Esta vez no se entretuvo en la despedida (no sintió la pena del tiempo que acaba), a pesar de que en seguida empezaban las vacaciones de Semana Santa y ya no podríamos vernos hasta que llegara Trinity y volviera el curso. Fue aquel día cuando se dejó olvidado su par de pendientes que yo aún conservo.

Pero en aquella conversación con la autoridad literaria había surgido un tercer elemento —también de pasada— que me había llamado la atención o intrigado y sobre el cual, en cambio, sí había posibilidades de averiguar más, aunque difícilmente de averiguarlo todo. En aquel elemento yo vi el antiRylands, y aún es más, vi el antiGawsworth, lo contrario de lo que yo temía llegar a ser, y ese contrario me dio también miedo, porque en él vi al perfecto usufructuario, a aquel que en verdad no tendría beneficio personal de su vida ni dejaría ninguna huella, a aquel de quien nunca dependería nada ni nadie (la suerte de nadie), más que él mismo sin prolongación ni sombra, y sus actividades. O mejor, sus rutinas y su vida solamente imaginada (como las de los que escriben). Vi el alma muerta de la ciudad de Oxford, aquella que ni siquiera Will se acordaría de resucitar —un instante, desde su garita, al alzar la mano— cuando hubiera desaparecido. Y aunque yo no iba a seguir en Oxford y no

llegaría a ser nunca una de sus verdaderas almas, se me ocurrió que aquel antiRylands, aquel antiGawsworth, podía correr peor suerte que Rylands y Gawsworth, pues no tendría nunca destinatario ni depositario de sus secretos (el único secreto auténtico el del vivo muerto, no el del muerto).

No pensé en ese elemento durante el lunes ni el martes ni el miércoles siguientes al domingo de mi visita a Rylands (y ese martes fue el día en que hice mis destinatarios a Cromer-Blake y a Clare Bayes, con escaso eco); pero el jueves, que era la penúltima fecha lectiva antes de aquellas vacaciones de Semana Santa, hice una rápida escapada a la librería Blackwell's entre dos de mis clases, separadas por una hora en blanco, y, a diferencia de las más de las veces, en que subía inmediatamente hasta el tercer piso para indagar y hurgar en la inmensa sección de viejo o de segunda mano, subí sólo hasta el segundo piso para echar un vistazo a la sección de extranjero o continental, en la que convivían las traducciones con textos importados en las diferentes lenguas originales. Y allí vi a lo lejos, ante la subdivisión de ruso, a Alec Dewar el Destripador. Estaba consultando —leyendo más bien, por lo mucho que se entretenía— un grueso volumen en cuya cubierta vi en seguida el retrato de Pushkin que le hiciera el pintor Kiprenski y que se ha reproducido tanto. En el primer momento no le concedí importancia, especializado como estaba Dewar en el siglo XIX portugués y español (era un exagerado devoto de Zorrilla y de Castelo Branco, y siempre me recomendaba con ardor infinito un largo poema de mi compatriota, titulado *El reloj* o *Los relojes*, no recuerdo bien porque nunca seguí su consejo), y supuse que le animaría alguna suerte de maniobra o cábala comparativa. Él no me vio, tan absorto se hallaba en la lectura de *Onegin* o de *El convidado de piedra* (debía de ser esta obra, pensé, para cotejarla con el *Tenorio*), y no me apeteció saludarlo fuera de la Tayloriana y en una hora que para mí era de asueto. Pero al dar la vuelta buscando la subdivisión de italiano, aún a cierta

distancia, y pasar por detrás de él sin que se diera cuenta, durante unos segundos vi el texto que tenía ante sus ojos, y el texto estaba en caracteres cirílicos. Me alejé un poco más y ahora ya sí me dediqué a observarlo. Siguió durante un buen rato leyendo de aquel tomo en ruso, pasando las páginas a su debido tiempo, y es más: cuando al cabo de bastantes minutos y vencido por la curiosidad me acerqué sigilosamente hasta casi rozar su espalda y —siempre sin que él emergiera de los abismos de uno u otro libertino, tan cautivado estaba— miré a mis anchas por encima de su hombro y vi que ni siquiera se trataba de una edición en ruso hecha en Inglaterra, en la que pudiera haber notas a pie de página o una introducción en inglés que explicaran su interminable consulta, sino de una edición genuina y propiamente soviética de las que no andaba escasa aquella sección continental de Blackwell's, oí —un susurro muy tenue, sólo perceptible desde muy cerca y si no estaba en funcionamiento la vecina caja registradora— cómo el Matarife recitaba lo que leía entre dientes, con una desmayada sonrisa suspendida de su enorme boca, y marcaba con delicadeza y ritmo (embelesado, en suma) la cadencia perfecta de las estancias yámbicas. No cabía duda: el Inquisidor, además de leer, estaba deleitándose en ruso.

Si hubiera sido Rook a quien hubiera descubierto en esta actitud extasiada (Rook, el viejo y proclamado amigo de Vladimir Vladimirovich en las colonias, eximio y siempre futuro traductor de *Karenin* como Vladimir era ya para siempre pasado y eximio del propio *Onegin*), nada habría tenido de extraño. Pero el Destripador dominaba ya las dos lenguas a las que se dedicaba profesionalmente, y parecía un exceso que además de éstas conociese también el ruso, y con virtuosismo tal que hasta pudiese permitirse canturrear de corrido en un lugar público sus mejores versos. Y fue entonces cuando recordé que Rylands, en lo que más tarde él habría visto como sus indiscreciones de aquel domingo,

había hablado de Dewar como de un espía. ‘De oficina’, había dicho, y por tanto despreciable a sus ojos; pero no había tenido la menor vacilación a la hora de atribuirle aquella faceta y mezclarlo con aquel trabajo, por otra parte tan oxoniense. Acerca de esto sí podía preguntarle a él, al propio Rylands, pero ya no fue sino hasta después de Pascua, cuando había llegado Trinity y el niño Eric estaba enfermo y Clare Bayes no quería verme, cuando yo caminaba más horas por la ciudad de Oxford cruzándome y obsesionándome con mis mendigos y estaba a punto de empezar a frecuentar la discoteca arábiga vecina al Apollo Theatre, fue sólo entonces cuando volví a visitar la casa junto al río Cherwell y me atreví a preguntarle. Y aunque al principio trató de disimular un poco (‘Oh, sí, Dewar, de tu departamento, ¿estás completamente seguro de que dije eso?’), dándome una muestra de lo que me habría aguardado de haber triunfado sobre mis propias discreción y respeto y haberle preguntado más sobre su pasado intenso, tras algo de insistencia accedió a contarme, con sus acostumbradas divagaciones y detalles malévolos: ‘Oh, sí, Dewar’, volvió a decir; ‘de Brasenose College, ¿no? ¿O es de Magdalen? Bueno, en realidad debe estar ya retirado, si no me equivoco, ¿cuántos años tendrá ahora, cincuenta y tantos? Es un hombre de edad imposible, desde que lo conozco siempre ha sido de lo que se llama mediana; pero en todo caso el servicio retira pronto a sus hombres a menos que sean insustituibles, hasta a los oficinistas. A Dewar supongo que estarán a punto de retirarlo si no lo han hecho ya: es muy nervioso, un insomne crónico, y eso lo habrá desgastado. ¿Sabías que sólo puede dormir con el ruido blanco? El ruido blanco, así lo llaman. Es un aparato, un ingenio acústico que emite un extraño sonido uniforme que en realidad no lo es, algo casi inaudible pero existente, tan existente que de hecho suprime todos los demás sonidos y conmina al sueño, dicen que no falla. Lo utilizan mucho en el servicio, allí hay mucha gente que no

concilia el sueño. Dewar debió de hacerse con uno a cambio de unos cuantos trabajos extra. Me lo mostró una vez, en su *college*... no consigo recordar si era Magdalen o Brasenose... parecía una pequeña radio, pero yo no logré oír nada. Dewar. Sí. Nunca hizo gran cosa, y, que yo sepa, nunca salió de Inglaterra en misión alguna. Tareas de oficina, eso es todo, debido a su excelente dominio del ruso, su único mérito. Es un hombre dotado para las lenguas, el ruso lo aprendió de estudiante, como aprendió el español y aprendió el portugués más tarde para completar la especialización que había elegido... Creo que habla otras varias... También podía haber elegido eslavas, aunque en tal caso el servicio nunca habría recurrido a él. Todo el que está en un departamento de eslavas es ya un hombre inútil para cualquier trabajo relacionado con los soviéticos. Ta, ta, ta, nunca haría nada. Dewar ha sido llamado a veces a Londres para realizar escuchas, para traducir grabaciones e interpretar tonos, o para matizar algunos textos particularmente complicados o densos, pero nada más. Ah, sí, y su última función, pero tan esporádica... quizá siga haciéndola todavía... Cuando ocurre que algún bailarín de ballet, o algún atleta, o un ajedrecista, o un cantante de ópera (el tipo de ciudadanos que solían salir fuera del territorio soviético) escapa y se pasa al oeste aprovechando una tournée o un torneo en este país... pero cada vez se da menos, y no sólo por los cambios de ahora, sino porque todos preferían pisar América antes de decidirse... entonces, y antes de que al atleta o al cantante en cuestión (toda gente poco interesante, gente mecánica) se le prestara ningún tipo de ayuda o se le concediera asilo, se llamaba a Dewar para que lo interrogara en ruso, o, mejor dicho, para que tradujera las preguntas del inspector encargado y diera su opinión acerca de la sinceridad, buenas intenciones y desapego hacia la Unión Soviética del fugado. Ninguno de estos fugados... nunca hubo muchos, me parece recordar que el último que pasó por sus manos, hará ya un par de años,

fue un bailarín que luego ha hecho gran carrera en América, como la hacen todos... Ninguno de estos fugados, digo, daba un paso en libertad por nuestras calles sin que antes Dewar hubiera dado su visto bueno. Esto no quiere decir que su consentimiento fuera el definitivo o el único, nunca ha sido tan importante: se trataba más bien de que expusiera su parecer personal a partir del tono, las inflexiones de la voz, la manera en que los interrogados respondían en su propia lengua, algo que en modo alguno podía apreciar el inspector que dictara el interrogatorio. Se decía que Dewar disfrutaba o disfrutaba tanto como interrogador vicario o interpuesto que más de una vez se le han sospechado licencias, es decir, se le ha visto extenderse tan inverosímilmente en la traducción de las preguntas al ruso que se ha llegado a tener la impresión de que se apartaba de ellas o añadía otras de su propia cosecha, absteniéndose de traducir al inglés, claro está, las respuestas correspondientes a estas últimas. Aunque los inspectores nunca han podido tener la certeza de la existencia de estos diálogos privados y paralelos entre Dewar y los prófugos, y (de haberlos realmente) menos todavía han podido saber de qué diablos departiría Dewar con los súbditos ex-soviéticos. Para ello habrían precisado el concurso de un segundo intérprete que supervisara las traducciones de Dewar en ambos sentidos, controlando y retraduciendo cuanto éste oyera y dijera en ruso. Demasiado complicado, y con el riesgo de iniciar así una cadena interminable de traductores, ta, ta, ta... Lo que sí es seguro es que Dewar se tomaba muy en serio su tarea, y que su participación en un interrogatorio suponía siempre mantener a los fugitivos sentados en una silla durante horas, acribillados a preguntas quizá personales o incluso íntimas y quién sabe si inconvenientes. Supongo que aprovechaba al máximo las pocas ocasiones que se le presentaban de ejercer este segundo oficio. Teniendo en cuenta la vida que lleva, él debía considerarlo una gran aventura.'

Creo que mi afecto por el Matarife se intensificó a partir de entonces. No es que su trabajo en calidad de espía fuera muy brillante ni muy admirable, pero cada vez que lo vi con posterioridad a que Rylands me descubriera sus facultades políglotas e inquisidoras (ahora comprendía mejor uno de sus apelativos), no podía sino imaginármelo en el cuartucho de una comisaría londinense, encerrado durante horas con un bailarín medroso y recién fugado y que durante aquellas horas —la cara meliflua y feroz de Dewar su primera y poco halagüeña visión del mundo llamado libre— tendría muy serias dudas acerca de si el verdadero yugo lo había dejado atrás o lo tenía delante. Quizá el Inquisidor flexionara e hiciera balancearse la pierna como solía hacer en clase ante los alumnos, sus zapatones voraces —a falta de pupitres en los que apoyarse— alternándose sobre los brazos de la silla que el bailarín ocupara; o tal vez, más alzados, sobre el respaldo; o aún es más, sobre el mismísimo asiento, metiendo la puntera (tan ancha y cuadrada) a modo de cuña entre los muslos del prófugo, de forma amenazadora para sus ajustadísimos pantalones o calzas (pues no podía evitar pensar que los bailarines habrían huido tras la función londinense y las ovaciones y los ramos de flores, no antes, aún vestidos por tanto con las ropas de baile —ese aire de Robin Hood que tienen todos— y si acaso una capa *fin de siècle* y morada para protegerse del frío). ‘Así que has decidido largarte, ¿eh?’, le diría tal vez el Destripador en ruso, con desprecio e incredulidad iniciales, tuteándolo para rebajarlo; y con un movimiento rápido haría amago de ir a pegarle, aunque probablemente nunca llegaría a tocarlo (excepto con la puntera de los zapatones —con cordones—, un levísimo roce). ‘¿Y cómo sabemos que no nos estás engañando y que no planeas atentar contra la Corona?’ (el Matarife es pomposo) ‘Oh, sí’, añadiría de su propia cosecha, ‘me conozco muy bien el cuento: allí carecéis de horizontes, allí os aburrís, allí os sentís prisioneros, aherrojados’ (esta

palabra introducida para impresionar con su vocabulario), ‘y queréis mejorar, los artistas siempre queréis más brillo y más oropel y más adulación y más dinero, ¿no es cierto?’ ‘No es sólo eso’, se atrevería a contestar quizá el bailarín con el impulso o *élan* de la danza aún no perdido del todo. Pero el Inquisidor no estaría dispuesto a dejarse engañar por un sujeto disfrazado de Peter Pan (está en sus manos la seguridad del estado, al menos en uno de sus múltiples frentes, durante varias horas él es el responsable y todo depende de su sagacidad y astucia para desenmascarar a un posible bailarín-agente). Dewar levanta por vez primera el pie aparatosamente calzado, con un ademán que puede anunciar tanto una duda como una patada; pero en esta primera ocasión lo deja caer de nuevo al suelo, limitándose a un golpe de resonancias marciales. Alguien depende de él, aunque no dependa más que durante ese día. ‘Bien, bien, bien’, dice con su sonrisa ampulosa que yo conozco perfectamente por habérsela visto prodigar, durante nuestras compartidas clases, a los alumnos que más detesta. Y el Destripador flexiona la pierna y va pisando por todas partes la silla del interrogado (pellizcándole en un descuido un poco de carne) mientras va traduciendo las preguntas del inspector e intercalando las suyas: ‘¿Por qué decidiste pedir asilo en el Reino Unido? (Y dime, camarada, ¿te gustaba ya bailar desde pequeño?)’ O bien: ‘¿Planeaste la desertión totalmente a solas o algún otro miembro de tu ballet estaba al tanto? (Y dime, camarada, en la Unión Soviética, ¿es difícil entrar a formar parte de una compañía estable? ¿Hay que someterse a prestaciones sexuales?)’ O acaso: ‘¿Conoces en persona a algún dirigente del Partido Comunista o a algún miembro del gobierno de tu país? (Y dime, camarada, ¿qué te ha parecido el público de Inglaterra? Entendido, ¿no es cierto? Hay mucha tradición aquí. ¿Qué tal ha acogido la función de hoy? ¿Y cuántas horas al día ensayas? ¿Tienes que seguir algún tipo de régimen? ¿Qué resulta más esforzado, el ballet clásico o el

moderno? ¿Nijinsky o Nureyev? Muy bonita tu capa morada. ¿Y qué tal te llevabas con tu pareja de baile? ¿Celos?)’ Al Inquisidor no le faltan nunca preguntas, todo le interesa desde su vida monótona de la ciudad de Oxford, lo que ahora oiga de labios del ruso le dará para conversar durante varias *high tables*, podrá mostrarse tremendamente familiarizado con la vida y hábitos de los bailarines en la Unión Soviética, dejando asombrados a sus compañeros de mesa. Y así, el Matarife acaba dando siempre su visto bueno al prófugo, aunque sólo sea porque después de tantas preguntas y tantas respuestas lo ve casi como a un amigo, al menos como a un conocido, ya tan conocido suyo como tantos *dons* altaneros o adustos a los que lleva decenios viendo en la ciudad donde enseña sin sacar nada en limpio. Y el Destripador, al cabo de las largas horas, se vuelve hacia el inspector y le hace un gesto afirmativo con la cabeza. ‘Traedme vodka’, ordena al policía que los ha acompañado en la sombra, pegado a la pared y en silencio durante todo el interrogatorio. ‘A este hombre le gustará brindar por su nueva vida. *Za zdorovie!*’

Es posible que el pobre Dewar, como sugería Rylands, se sintiera importante e intrépido en estas ocasiones; también es posible, a juzgar por su pushkiniano trance, que echara en falta las oportunidades de poner en práctica sus extraordinarios conocimientos de ruso; y finalmente es posible que aprovechara la circunstancia para tener unas agradables horas de charla con alguien que no podía rehuirle ni hacer otra cosa que contestarle, alguien a quien podía preguntar abiertamente sobre las costumbres y el paisaje de su región natal, sobre su familia y amigos, sobre su infancia, sobre sus opiniones políticas y sus creencias religiosas, sobre sus amores y sus preferencias sexuales, sobre su carrera y las servidumbres a que ésta le hubiera obligado, o sobre el metro de Moscú, y la cocina rusa, y los precios del mercado, y el actual estado de las letras soviéticas (las más de las veces sin respuesta a esto para su irritación y

ofensa —ajedrecistas, bailarines, gimnastas: estaban todos tan poco al tanto—: ‘¡Todas mis preguntas deben ser contestadas! ¿Me oyes? ¡Ninguna debe quedar sin respuesta!’).

Aquel hombre oscuro y huesudo y protocolario, de boca enorme y cráneo picudo y pómulos altos como si saliera de un cuadro del pintor Otto Dix (y de ferocidad infantil, es decir, que sólo podía asustar a los casi niños, sus alumnos que iban transmitiéndose los tres sanguinarios apodos de curso en curso), tenía seguramente tanto gusto por la lengua rusa como lo tenía por las palabras españolas de cuatro o más sílabas (‘En-a-je-na-mien-to, tra-ga-sa-bles, sin-gla-du-ra, va-sa-lla-je’). No se le conocía más vida que la universitaria. Era otro soltero más de la ciudad de Oxford, otro continuador de la vieja tradición clerical de aquel sitio inmutable e inhóspito y conservado en almíbar, como ya he dicho que dijo uno de mis predecesores. (Como yo, otro perturbado.) Era un alma muerta. Tenía, sin embargo, otra vida mínima y desusada, y el día —los pocos días— que fuera llamado a Londres con gran urgencia porque un nadador o un saltador de pértiga o un violonchelista o un bailarín (a buen seguro estos últimos sus favoritos) había pedido asilo político abandonando a su troupe o a su orquesta o equipo, al salir corriendo de sus habitaciones de Brasenose College dominadas por el ruido blanco (al salir con un vuelco de su alma muerta), y al pasar en tren por Didcot y Reading y Slough y Southall, y al llegar a la estación de Paddington, y al empalmar en un abarrotado metro hasta el centro, debía sentirse el hombre más importante e inescrutable y sabio de aquella universidad: más importante que el vicerrector y más que el rector, y más que el vicescanciller y también más inescrutable y sabio que el mismísimo canciller. Por eso, cada vez que me lo encontraba con sus gruesas gafas leyendo un periódico en la Senior Common Room o sala de profesores, o en la biblioteca de la Tayloriana, o en el salón de té del hotel Randolph

que se erigía enfrente, imaginaba que estaría escudriñando con avidez y acelerado pulso las páginas de espectáculos y de deportes para ver si alguna compañía de ballet u orquesta estatal o equipo de atletas o de ajedrecistas soviéticos venía a actuar o a competir en algún punto de la Gran Bretaña, y, cuando los viera anunciados o su intervención reseñada, debía de rezar a Hermes, el dios de los viajeros y de la palestra, de los ladrones y de la elocuencia, de la inquietud y los sueños, para que armara de valor a alguno de sus miembros durante la noche y lo convenciera de eludir toda vigilancia y emprender la huida.

Ahora Dewar lo tendrá cada vez más difícil, y pasarán los días rutinariamente sin que nada ocurra ni se produzca nunca la llamada de Londres. Y por eso —desentendido cada vez más del teléfono— no tendrá ya apenas reparo en ahuyentar y neutralizar todos los demás sonidos permanentemente con su ruido blanco. Yo ya no soy un solitario como él, ni un vivo muerto, pero creí ser eso, durante un tiempo.

Sólo una vez vi al niño o hijo Eric, y fue cuando ya se consumían los últimos días de su estancia imprevista en la ciudad de Oxford y mayor era mi desequilibrio del ánimo (pues la proximidad del cese de una privación no se contrapone con la privación aún presente si ésta lleva durando tiempo o —poco importa su duración real— se ha llegado a sentir como duradera y acaso como ilimitada; quiero decir que no se contrapone con la suficiente fuerza para dar por terminado lo que está a punto de terminar pero aún no ha acabado, y lo que prevalece es el temor a que, por algún azar —por una mala suerte, la inversión de lo anticipado—, ese presente acumulado y sufrido pueda perpetuarse: no va sintiéndose alivio, sino más angustia, y del futuro sólo se desconfía). Y esa vez que vi al niño Eric vi también —también por vez única— a su abuelo, esto es, al padre de Clare Bayes, el viejo diplomático ya retirado que vivía en Londres y que treinta años antes solía mirar desde el borde del jardín a su hija, la niña Clare, mientras ella esperaba y a su vez miraba pasar los trenes por el puente de hierro sobre el río Jumna. (Entonces el silencioso padre olía a tabaco y a licor y a menta.)

Ocurrió en el museo, es decir, en el principal museo de la ciudad, el Ashmolean de arte y arqueología, ese edificio que fue la primera exposición pública de curiosidades que hubo en el reino, a finales del xvii (o más bien lo fue el museo y no el edificio, ya que el actual no albergó las curiosidades hasta dos siglos más tarde). No es que yo lo visitara a menudo, pues esas curiosidades son de las que con una sola vez ya están vistas, pero aquel día de la quinta semana de mi segundo y solitario Trinity había dado una veintena de pasos desde la Tayloriana (la institución y el museo son contiguos y forman ángulo recto y casi parecen ala y cuerpo del mismo edificio) para mirar en la biblioteca ashmoleana los dibujos de ciudades españolas, no expuestos al público, que a mediados del xvi hiciera el flamenco Anton Van den Wyngaerde o

Antonio de las Viñas, topógrafo y pintor de cámara de Felipe II, por encargo de uno de mis hermanos, historiador de la arquitectura en Madrid (por encargo suyo di yo la veintena de pasos y fui a ver las vistas, no hizo sus dibujos Van den Wyngaerde, que los hizo por encargo de quien entonces sería conocido en Oxford como el Demonio del Mediodía). Un amable bibliotecario de pelo rojizo me había permitido contemplar y medir y tomar unos datos sobre las vistas urbanas (pluma, tinta sepia, aguadas de color), y, bajo la extraña impresión de haber visto con exactitud extraordinaria el aspecto que en el Siglo de Oro tenían en perfil —u oblicuamente desde arriba— Sanlúcar de Barrameda, Málaga, Tarragona, Gibraltar, Segovia o la Albufera y el Grao de Valencia, es decir, el aspecto perdido de nuestras ciudades del Mediodía, de mis ciudades ya casi olvidadas y a las que sin embargo podría regresar muy pronto si lo deseaba: en cuanto concluyera Trinity y con Trinity el curso, y para ello faltaban sólo tres semanas largas; salía ya del museo, digo, con esa sensación extraña y la repentina conciencia de que no me quedaba mucho —objetivamente— para abandonar Oxford y volver a Madrid (aunque aún no volvía a Madrid del todo), cuando me crucé en el umbral (o era puerta giratoria) con las tres figuras que entraban: el padre, la hija y el hijo de ésta, o bien mi amante con su hijo y su padre. Como ya me había sucedido dos veces con otra mujer en Oxford —y la segunda era muy reciente, pero dudosa—, no me di cuenta de que se trataba de Clare Bayes hasta que yo estuve fuera del museo y ellos ya dentro, separados por una puerta. Pero fue tan instantáneo (quiero decir darme cuenta, quizá me había impedido fijarme la compañía que llevaba Clare Bayes, que para mí era sola o si acaso con su marido, o fue la puerta giratoria, o el recuerdo vivo de Sanlúcar según Van den Wyngaerde) que me dio tiempo a entrar de nuevo en seguida y a verlos en el vestíbulo, donde estaban entretenidos echando un vistazo a las postales y diapositivas que allí se

vendían.

Yo no tenía por qué saber que el caballero anciano que la cogía del brazo era su padre, el señor diplomático Newton (Clare Newton —¡Clare Newton!—, así era como se había llamado Clare Bayes antes de su matrimonio), ya que nunca lo había visto, ni siquiera en fotografía. Pero lo supe en el acto. Supe en el acto que era su padre por el parecido asombroso. (Por el parecido quizá espantoso.) Aquel hombre con la piel muy marchita y grandes bolsas bajo los ojos, completamente calvo y algo encorvado y que apoyaba sobre un bastón su aire a duras penas distinguido, tenía la misma cara —exacta— que yo conocía a la perfección. Aquel viejo de aspecto cadavérico *era* Clare Bayes, como hubiera podido serlo en un mal sueño en el que ella se hubiera aparecido como un hombre decrepito sin dejar de ser ella. Los observé a distancia, semioculto por una columna —ambos de frente y el niño aún de espaldas—, y si era probable que tampoco ella me hubiera visto al cruzarnos en el umbral, ahora sí me vio sin duda —mi cabeza y mi torso asomando tras aquella columna que en realidad no intentaba que me ocultase, acaso que me protegiese—, y con la mano derecha me hizo un gesto para que me alejara, para que me marchara, para que desapareciera, en un momento en que sus acompañantes no estaban mirando hacia donde ella, en mi dirección (miraban diapositivas). Pero fue entonces cuando el niño o hijo Eric, como si su nuca tuviera ojos o él supiera que debía mirar justo entonces —o tal vez oyó el sonido de las varias pulseras al hacer la mano aquel fugaz y clandestino gesto de proscripción—, se dio media vuelta un instante y me vio y me miró, y sin duda me asoció a su madre. Y al volverse aquel niño dejando de prestar atención a las diapositivas y a las postales y a lo que dijera su abuelo (fue sólo un instante); al encontrarse nuestras miradas y verle yo por fin la cara, lo que vi fue el mismo rostro por tercera vez, idéntico, el rostro de Clare Bayes que conocía

perfectamente y que había y me había besado tanto. Me había besado, pensé, aquella cara que era también desde mucho antes la cara del diplomático Newton y luego, desde hacía poco, también la del niño Eric, Eric Bayes su nombre. Una única y misma cara que me había besado en una de sus encarnaciones o representaciones o figuraciones o manifestaciones, pues nunca he visto un parecido tan cabal y preciso, tan excluyente. Aquellas tres personas se habían ido transmitiendo sus rasgos descartando todos los demás posibles (los de una madre y un padre, los de la primera Clare Newton y los de Edward Bayes), y se los habían cedido íntegramente, sin la menor mezquindad o cicatería, quiero decir sin ahorrarse un detalle; y a diferencia de lo que suele ocurrir con los parecidos caprichosos e imprevisibles, en los que se reproducen una o varias o muchas facciones pero nunca todas, o bien van variando los rasgos legados (van variando con el paso del tiempo tan antojadizo y la intransigente edad), aquí la transmisión había sido completa y estable, y lo había sido en los tres casos: los mismos ojos oscuros y azules, las mismas pestañas densas y levantadas, la misma nariz recta y corta, la misma barbilla partida y firme, las mejillas pálidas y la dura frente, los pesados párpados y los grandes y desvaídos labios. No pude ver más de momento, porque el niño Eric volvió a girarse y me dio la espalda, y después de que el señor diplomático Newton adquiriera una reproducción del tamaño de un folio —una reducción o una ampliación: un parecido— de algún cuadro u objeto que no alcancé a distinguir, los tres echaron a andar hacia el interior de las salas, ahora ya sin que Clare Bayes volviera a mirarme, sino —al contrario— tratando de disimular e ignorarme (habría comprendido que yo no pensaba obedecer ni hacer caso de lo que ordenaran sus manos furtivamente). Y dejé pasar unos segundos; y eché a andar detrás de ellos, dispuesto a recorrer las salas que recorrieran ellos. ‘Así que traen al niño Eric a ver el museo’, iba pensando sin querer

pensarlo (quería pensar en el parecido; o quizá era al revés: porque prefería no pensar en el parecido me obligaba a pensar esto). ‘¿Cuántos años me ha dicho tantas veces Clare Bayes que tiene? ¿Ocho, nueve? Parece, por su estatura, un niño de unos nueve años, pero quizá sea alto para su edad, sus padres son altos y también su abuelo, puede que tenga sólo ocho, o siete, o menos. No es edad para ir a un museo, yo no traería a mi hijo de siete años al Museo Ashmolean, aunque estuviera harto y aburrido de estar en casa, enfermo.’ Así iba yo pensando, y pensé: ‘Ya no parece enfermo. Se marchará muy pronto. Pero yo también, me marcharé muy pronto, y ahora no estoy tan seguro de quererme marchar ahora.’

Las tres figuras se iban parando, delante de una estatua griega, delante de un retrato de Reynolds, de una pieza de cerámica china o de monedas romanas. Lo miraban todo. Yo me acercaba o me alejaba más según la extensión de las salas, según mi capacidad de falsa concentración en cada obra ante la que me detuviera, siempre a unos metros respetuosos de ellos; y por eso —y porque hablaban muy bajo, como se habla en los museos ingleses y nunca en los españoles— no podía oír nada de lo que se decían. Al ir yo siempre detrás, siguiendo escrupulosamente sus recorridos, los veía de espaldas cuando se desplazaban y casi de perfil —más bien de un cuarto— cuando contemplaban algo. No los veía bien nunca, y creo que lo prefería así, no enfrentarme aún de nuevo con las caras iguales. Al niño Eric lo llevaba Clare Bayes de la mano, y el padre avanzaba con su bastón levemente rezagado, como si Clare Bayes no estuviera muy dispuesta a esperarle, a ajustar su paso y el de su hijo al más lento y dificultoso del señor diplomático Newton (como si la visita al museo fuera cosa del niño y de ella, y el abuelo, que tal vez se había empeñado en acompañarlos sin haber sido invitado, fuera sólo un apéndice, quizá un intruso: caminaba relegado, como caminaban las ayas cuando las madres estaban presentes

y se hacían cargo, y cuando había ayas). El abuelo no llevaba tampoco la voz cantante, sino que era Clare Bayes quien hablaba más, siempre dirigiéndose al niño, y yo oía retazos de sus comentarios de vez en cuando.

Ante la Joya Alfredo (esmalte tabicado del siglo ix, orgullo del Ashmolean) oí cómo le leía en voz alta (como cualquier padre, como cualquier madre) la inscripción en antiguo inglés del oro calado que ciñe el supuesto retrato de Alfredo el Grande: ‘Mira, Eric, aquí dice *Aelfred mec heht gewyrca*, que significa *Alfred mandó que me hicieran*. ¿Ves? Es la joya quien lo dice; la joya habla y revela su origen y dice lo mismo desde hace once siglos, y lo dirá ya para siempre.’ Y el niño Eric no respondió nada.

Más tarde, en el piso de arriba, ante un dibujo somero o inacabado de Rembrandt en el que se ve a la mujer del pintor, Saskia, dormida en la cama (pero no está lo que se dice *en cama*, sino que parece vestida o en bata y cubierta por una manta, como están los convalecientes), oí que Clare Bayes le decía a su niño: ‘Así has estado tú más o menos todas estas semanas, ¿eh? Pero con televisión’, y le acarició la nuca haciendo tintinear otra vez sus pulseras. Y luego añadió, todavía mirando a Saskia e ignorando sin duda que Saskia murió con menos años de los que tenía ella y no fue nunca vieja (confundiendo con vejez la enfermedad posible): ‘Así seré yo cuando sea vieja.’ Y el niño Eric no contestó nada o bien yo no alcancé a escucharlo (el niño Eric parecía educado y tibio, si hablaba no se le oía).

Y aún más tarde, ante una estatua cantonesa de madera dorada (en realidad una copia del siglo pasado) que representaba a Marco Polo como a un chino gordo de ojos claros, tocado con un extravagante sombrero negro de ala estrecha y copa baja, calzado con zuecos del mismo color y adornado con bigotes asimismo negros y laterales (derrengados hacia las

mejillas), oí que Clare Bayes decía: ‘Mira, Eric, este es Marco Polo. Era un viajero italiano, y llegó hasta la China en el siglo XIII, cuando era muy difícil llegar; y como volver era aún más difícil, se quedó allí tanto tiempo que se le puso cara de chino, ¿ves? Pero era italiano, de Venecia. Mira cómo tiene los ojos azules. Ningún verdadero chino tiene los ojos azules.’ Y el niño Eric siguió callado, o a él no lo oía y a Clare Bayes apenas: sin duda ella, enojada por mi desobediencia y mi acecho, procuraba bajar la voz al máximo instando así a hacer lo mismo al niño, como si no quisiera —en consonancia con su decisión de las últimas cuatro semanas— que yo participara de su mundo familiar ni siquiera a través del oído, sobre todo del mundo filial y del mundo paterno —del mundo de sangre—, ya que a su marido sí lo conocía y en alguna ocasión, como he relatado, incluso habíamos almorzado o cenado los tres en compañía de Cromer-Blake. No quería que yo asistiese, y pensé que cuando la oía era porque lo quería ella, que las frases que me llegaban no eran casuales, y que Clare Bayes elevaba la voz a propósito para hacerme entender algo (cuando la elevaba). Y pensé: ‘Se estaba refiriendo a mí al decir eso de Marco Polo, me estaba dedicando sus comentarios, pues a un niño de siete u ocho años no se le habla ya de esa forma, a esos años se es ya un proyecto bastante serio de adulto. A menos que el niño Eric padezca de infantilismo y haya que tratarlo como si tuviera menos edad —o quizá ella lo ha hecho más niño durante estas semanas—, aunque también puede ser que tenga menos edad de la que le atribuyo, me doy cuenta de que no sé calcular la edad de los niños ni casi la de las personas, como también me he dado cuenta de que, exceptuando a las que ya conozco, como la propia Clare Bayes, cada vez deseo más a las mujeres y estoy menos dispuesto a conocerlas, las deseo sin preguntarme por ellas, como no me pregunté por Muriel al desearla ni me pregunto por las atractivas camareras de Brown’s cuando las deseo, y no sé si eso

significa algo —es nuevo—, aparte de mi desequilibrio. Por Clare Bayes sí me pregunto, cuanto menos la veo más me pregunto y trato de adivinarla, si no no estaría aquí dando aún vueltas por el Ashmolean y olvidado de Van den Wyngaerde, que es lo que aquí me trajo (llevo sus datos en el bolsillo); y ella ha alzado la voz al hablar de la estatua para que yo comprenda que quien pasa demasiado tiempo en un sitio del que no procede acaba no siendo de ninguno de ellos, acaba con cara de chino y ojos azules, como Marco Polo en esa estatua. Pero yo no llevo aquí demasiado tiempo, yo no soy un exiliado ni tampoco un emigrante, y además me marcharé ya pronto, puede que este verano vaya a Sanlúcar de Barrameda, me ha gustado mucho esa vista con el abra, el Castillo, la iglesia Mayor, el palacio del Duque, la Aduana, esa vista de hace cuatro siglos que ya no existe ni existió jamás, pues el punto de vista adoptado es imaginario, como quizá es imaginario mi punto de vista sobre la ciudad de Oxford.’ Y añadí en mi pensamiento: ‘Ella también lo sabe, que me marcharé muy pronto, habrá hecho sus cálculos, poco más de tres semanas para que termine Trinity, pero pese a ello me sigue diciendo —ahora no con la mano ni con un gesto, ni me lo dice tan circunstancialmente como en el vestíbulo, sino con palabras aladas y esencialmente— que me aleje, que me marche, que desaparezca ya, sin más espera, de Oxford y de su vida, en la que no he estado tanto. Casi podría irme, casi no me quedan clases, quizá ya ha llegado el momento, antes de lo previsto, tengo que hablar con ella y no por teléfono ni rápidamente como hablamos siempre, siempre desde el primer instante ya a punto de separarnos, tengo que verla, tendríamos que tener tiempo, vernos sin prisas, sin campanadas, nada me retiene, una vez al menos.’

En el museo no había casi nadie más, algún visitante impaciente o extraviado que se asomaba a una sala y salía de nuevo sin mirar nada, y los vigilantes aletargados ocupando sus sillas como vecinos andaluces

absortos en sus patios al terminar la siesta, solamente ellos y el grupo familiar de tres generaciones y un individuo solo, un extranjero que tal vez ya no lo parecía tras una estancia en Oxford de no demasiado tiempo —pero quién sabía si los andares de inglés y los ojos del Mediodía— y que detrás, a unos pasos, iba mirando mecánicamente lo que ellos ya habían visto y olvidado quizá al instante. Ese individuo extranjero con aspecto de *don* de Oxford (pero imperfecto) los siguió también fuera del museo, y caminó a espaldas suyas por las calles grises y rojizas, y entró en el mismo restaurante en el que entraron ellos —era temprano, pero a los niños les viene el hambre en cualquier momento, y almuerzan pronto —, y se sentó solitario a una mesa que quedaba enfrente, en línea recta con la del padre, la hija y el hijo de ésta, cruzando los dedos para que nadie ocupara la que había libre entre él y ellos y le tapara la visión de los rostros idénticos —ahora ya hecho a la idea de verlos, y de observarlos.

El niño Eric tomó asiento dándole aún la espalda, frente a su madre, y el abuelo a la izquierda de ésta, seguramente distribuidos así porque Clare Bayes pensaba seguir dirigiéndose a su hijo principalmente (del diplomático Newton hacía caso omiso, no lo estimaba, o lo maltrataba por no tratarlo). Ahora yo oía mejor su conversación, aunque en realidad no era tanto lo que sostenían, sino comentarios aislados y sin continuidad, mientras miraban el menú y luego, mientras comían. ‘Voy a tomar salchichas’, y oí por vez primera la voz del niño. ‘No creo que debas comer salchichas aquí, Eric’, le dijo Clare Bayes, ‘no serán mejores que las de casa, y otras cosas sí lo serán. ¿Por qué no pides espárragos de primero? Te gustaron una vez en casa de la tía. Casi nunca los comemos en casa, y tampoco creo que te los den mucho en Bristol.’ ‘No me apetece tomar espárragos. ¿Puedo comerlos con los dedos?’ Vi cómo Clare Bayes lo miraba con falsa reprobación y oí cómo le decía con

falsa vacilación: ‘Sí, me parece que podrías.’ ‘Yo sí los voy a tomar, pero revueltos con huevo’, intervino el diplomático señor Newton, ‘¿no te apetecen más así, Eric? Llevan también salmón, ¿te gusta el salmón?’ ‘No lo sé’, dijo el niño Eric, y volvió a consultar la carta. El diplomático jubilado pidió vino blanco, y Clare Bayes agua. Y luego, cuando ya estaban comiendo el primer plato y yo aún esperaba a que me trajeran el mío (revuelto de salmón y espárragos), Clare Bayes le preguntó a su hijo: ‘¿Qué es lo que más te ha gustado del museo, Eric? ¿Qué te llevarías a casa si pudieras?’ ‘Las monedas’, dijo el niño Eric, ‘y las estatuas. Las estatuas chinas, que estaban pintadas. Hay un chico en el colegio que colecciona monedas, pero no se puede coleccionar estatuas, ¿verdad?’ ‘Sería algo caro’, dijo el diplomático Newton riendo senilmente con los mismos dientes que tenía Clare Bayes (pero más translúcidos y quizá encapsulados como los de la señora Alabaster o postizos como los de Toby Rylands), ‘y hay muchas menos.’ ‘Entonces yo también coleccionaré monedas, ¿por qué no me dais una para empezar mi colección ahora?’, dijo el niño Eric, y Clare Bayes y su padre sacaron cada uno una moneda, él del bolsillo de la chaqueta y ella tras buscar en el bolso que solía dejar tirado de cualquier manera (a veces volcándolo) en mi alcoba o en las habitaciones de los hoteles de Londres o Reading, y yo me acordé de la moneda que les había lanzado a unos niños que no eran Eric (entonces no estaba enfermo, y estaba ausente) el día de Guy Fawkes de aquel mismo curso, el 5 de noviembre del año anterior, desde el despacho que Clare Bayes tenía en All Souls, en Catte Street, frente a la Radcliffe Camera, nueve meses después de que nos conociéramos. De eso hacía siete meses ahora, y nada había cambiado en nada excepto en que todo era lo mismo tras esos siete meses: llevaba ya mucho tiempo conociendo a Clare Bayes y nada había cambiado nunca, aunque ahora no la veía y pronto tendría que despedirme. No me habría importado darle

también una moneda al niño. ‘Pero no te las gastes’, le advirtió el abuelo; ‘si eres capaz de guardarlas y empiezas la colección de veras, te traeré de Londres algunas de Italia y Egipto y la India.’ Y volviéndose hacia su hija añadió: ‘Me parece que todavía quedan algunas en casa. Viajábamos mucho, ¿verdad? Ahora yo ya no viajo.’ Pero Clare Bayes no le contestó, y siguió comiendo su propio revuelto de salmón y espárragos. Y estaban ellos terminando el segundo plato y yo empezándolo cuando Clare Bayes dijo: ‘Y el domingo, otra vez a Bristol. ¿Qué, ha sido muy aburrido estar aquí tanto tiempo conmigo?’ ‘No’, respondió el niño (que seguramente no reconocía aún la coquetería); y como no respondió más que eso y siguió comiéndose sus salchichas, yo pensé que de nuevo esta vez la pregunta de Clare Bayes iba dirigida a mí, y contesté con mi pensamiento: ‘Sí, ha sido muy aburrido estar aquí tanto tiempo sin ella.’

Y durante todo este almuerzo en el restaurante que iba llenándose, y como el niño Eric era niño y más bajo, su altura me permitía ver el rostro de su madre entero por encima de su cabeza que para mí estaba vuelta — el rostro de Clare Bayes justo enfrente de mí y de frente, pero no me miraba nunca—, y también me resultaba perfectamente visible el del abuelo, sentado a su izquierda; y al estar sentados y estar yo sentado — pero ella no me miraba nunca—, los veía mejor de lo que los había visto de pie en el vestíbulo del museo o en ninguna de sus salas, parados o en movimiento. Y estaba ya acostumbrándome al parecido asombroso al final del almuerzo —al parecido espantoso entre padre e hija y a la nuca del nieto que encubría el suyo— cuando, sin terminar el postre y tras pedir permiso (el niño Eric era educado), el niño Eric se levantó y se dio la vuelta y pasó junto a mí camino de los lavabos. Fueron pocos —cuatro o cinco— los pasos que dio antes de rebasarme, pero durante el tiempo que duraron esos cuatro o cinco pasos dados —uno, dos, tres y cuatro; o cinco— pude ver con claridad y de cerca y al mismo tiempo las tres caras

iguales, la del abuelo y la madre sentados y la del hijo que caminaba. El niño se fijó en mí durante esos pasos, como se había fijado al darse la vuelta en el vestíbulo del museo, y sin duda volvió a asociarme con quien debía asociarme (pero no diría nada, porque era educado y tibio); y al seguir su madre y su abuelo con sus respectivas miradas la trayectoria que estaría siguiendo la de su hijo y su nieto, ambos posaron en mí sus ojos sin velo (ella por primera vez desde que estábamos en el restaurante, él por vez primera en su vida), y durante unos instantes los tres me miraron sin velo y al mismo tiempo (lo supe pero no lo vi, yo creo, porque estaba mirando sólo al niño Eric que venía hacia mí de frente con sus cuatro o sus cinco pasos). Fueron muy pocos segundos (lo que duran esos pasos cuando los está dando un niño, los niños no saben andar lentamente), pero fueron suficiente para que entonces (y no en el vestíbulo del museo) viera algo en el niño que entonces (y no en el vestíbulo del museo) adquirió nombre: en los ojos oscuros y azules del niño Eric vi *la sensación de descenso que todos los hombres sienten más pronto o más tarde*. ‘No depende de los años exactamente’, había dicho Toby Rylands (y lo había dicho antes de que terminara Hilary y antes de Semana Santa, antes de que empezara Trinity y de que el niño Eric se pusiera enfermo y viniera a Oxford cuando no era su turno), ‘hay quien la tiene desde que es niño, hay niños que ya la sienten.’ Así había dicho, eso exactamente, y eso exactamente fue lo que vi yo entonces, durante aquellos pasos —un niño que ya la siente—; pero además lo vi no sólo en la cara del niño, sino —por asimilación, por la semejanza, por el parentesco, por el parecido asombroso que resultaba espantoso— en la cara del viejo y en la cara de la mujer que conocía perfectamente (y en la que nunca lo había reconocido o visto) y que había y me había besado tanto. Aquellas tres personas, como dije antes, se habían transmitido su expresión y sus rasgos sin ahorrarse un detalle, y también se habían

transmitido la sensación de descenso, ‘la sensación de descenso que todos los hombres sienten más pronto o más tarde’, pensé y recordé y volví a pensar. ‘Besar al niño y besar al viejo’, pensé. ‘He besado y he sido besado también por el niño y también por el viejo, y esta es una de las ideas que según Alan Marriott pueden o no asociarse, pero si se asocian infunden horror o provocan espanto: la idea del niño y la idea del beso, la idea del beso y la idea del viejo, la idea del niño y la idea del viejo. La pareja espantosa del viejo es el niño, la pareja espantosa del niño es el viejo, la del beso es el niño y la del niño el beso, la del beso el viejo y la del viejo el beso, *mi* beso (son tres ideas, más la de Clare Bayes, que queda en medio), el beso dado por personas interpuestas pero no por un rostro interpuesto, pues el rostro es el mismo aunque las edades varíen y varíe el sexo, encarnaciones o representaciones o figuraciones o manifestaciones. El beso de los tres es el beso dado por quien ya ha hecho suya la sensación de descenso que conocen Rylands demoniaco—*awesome*— y Cromer-Blake enfermo y que yo no conozco (que Rylands conoce desde hace cuarenta años y Cromer-Blake desde no sé cuándo, y también los mendigos, y Saskia bajo su manta, y yo en cambio no conozco). Es el beso de quien lleva años permitiendo a la muerte acercarse, como dijo Rylands, o de quien sabe que un día ya no podrá fantasear con lo que ha de venir, como también dijo Rylands. Es normal que el viejo señor diplomático Newton lo sepa, e incluso puede comprenderse que lo sepa Clare Bayes que fue antes Clare Newton, pero es que el niño Eric también lo sabe, con sus nueve o sus ocho o sus siete años, Eric Bayes su nombre. En esos ojos oscuros y azules que los tres tienen yo vi, la primera vez que los vi, las aguas azules de ese río brillante y claro en la noche, el río Yamuna o Jumna, y el largo puente de hierros diagonales entrecruzados, y el tren correo que viene de Moradabad con sus carruajes inestables de mil colores, y al padre

diplomático y silencioso (y melancólico, y no viejo entonces) que mira mirar a su niña vestido de etiqueta para la cena y con un vaso en la mano, y a un aya que susurra al oído de la niña Clare (Clare Newton su nombre) o canta algún canto insignificante; y quizá es el reflejo de esas aguas azules (o negras, porque era noche) lo que trae consigo la sensación de descenso, la sensación de carga, la sensación de vértigo, de caída y gravidez y peso, de falsa gordura y abatimiento. Esa sensación estaba ya en la mirada vista, en la mirada mirada durante un minuto a través de otra mesa en una cena alzada de hace nueve más siete meses, y en cambio no estaba en la mía, también vista y también mirada durante el mismo minuto de hace dieciséis meses y que reflejaba la imagen de cuatro niños caminando con una criada vieja por la calle de Génova, o de Covarrubias, o de Miguel Ángel. Estoy muy perturbado aunque mi perturbación no haya dejado nunca de tener articulación ni lógica, mi perturbación es leve y es lógica y articulada, y es pasajera, pero ahora es mayor que nunca porque estoy pensando todo esto, en el niño y el viejo y el beso y el río, el ancho río Yamuna o Jumna que atraviesa Delhi y el río Cherwell junto al que vive Rylands y en el que ve el transcurso, y el río Evenlode y el río Windrush entre los que está Wyckwood Forest o lo que *fue* un bosque, y el río Avon a cuyas orillas estudia Eric, y el río Guadalquivir que desemboca en Sanlúcar, y el río Isis, el más cercano, sobre el que quizá vomite. Cómo cansa estar perturbado, cómo cansa y hastía pensar perturbadamente y por ello pensar tanto, el desvarío es siempre del pensamiento que hace rimas y oscila y puntúa arbitrariamente, tengo que dejar de pensar y hablar en cambio para descansar de mi pensamiento que unifica y asocia y establece demasiados vínculos, hablar con Rylands o con Cromer-Blake o con Kavanagh o con el Matarife, o con Muriel (pero no le pedí el teléfono). Hablar con Clare Bayes, y proponerle algo, no despedirnos, no separarnos, que me permita hacer mía la sensación de

descenso de la que participan todos y que yo aún no conozco, o quizá es más simple, a la que no he asistido.’

Cuando el niño Eric regresó del lavabo sólo oí sus pasos rápidos y noté el roce del aire a mi lado, pues ya no miraba a nadie y estaba pagando la cuenta sin que hubieran retirado el plato de mis salchichas no del todo vacío: había renunciado al postre y sabía que no estaba lejos el río Isis, si no me daba tiempo a llegar a casa y al cubo de la basura.

Fue al mismo día siguiente cuando decidí que lo que iba a proponerle a Clare Bayes se lo iba a consultar antes a Cromer-Blake, mi mejor o único amigo, pues es con los amigos con quienes se pone a prueba la capacidad de elocuencia antes de las verdaderas pruebas, y a quienes se hace partícipes previos de los proyectos en los que no se confía (para que amortigüen su fracaso), y de quienes se espera el aliento y respuesta que deseamos escuchar más tarde, cuando va de veras, y que quizá no oigamos.

Me fui a verle sin avisarle; a la salida de mi clase de la mañana me pasé por su *college*, como hacía tantas veces, suponiendo que estaría en sus habitaciones, en el peor de los casos ocupado con la lección a un alumno, y yo podría esperarle detrás de la puerta, a que terminaran. Al subir a su piso, todavía en las escaleras —también un tercero—, oí su voz, y pensé que en efecto sería el discurso a un alumno que, frente a él sentado, dormitaría sobre el sofá fingiendo aprobar sus disertaciones sobre el *Tirano Banderas* o *Automoribundia*. Fue por eso por lo que no llamé en seguida con los nudillos, no porque deseara espiar lo que decía o hablaba. Escuché tan sólo para confirmar que estaba ocupado y calcular, en un instante, si valía la pena o me convenía aguardar allí hasta el final de su clase —como he dicho, detrás de la puerta—, o bien abrirla un momento, decirle que necesitaba hablar urgentemente con él y que regresaría un poco más tarde y marcharme a dar una vuelta. Pero la primera frase que oí nítidamente cuando estaba ya ante la puerta (la que no fue murmullo) me dejó sin decisión y quieto los suficientes segundos para que luego (al cabo de esos segundos: uno, dos, tres y cuatro; o cinco) fuera ya demasiado tarde para decidir nada ni dar ningún paso, ni hacia el interior de la habitación ni hacia las escaleras.

En inglés existe un verbo que en español sólo se puede traducir explicándolo, y *to eavesdrop* (este es el verbo) significa (esta es la

explicación) escuchar indiscretamente, secretamente, furtivamente, con una escucha deliberada y no casual ni indeseada (para esto, en cambio, se usa *to overhear*), y la palabra se compone a su vez de dos, la palabra *eaves*, que significa *alero*, y la palabra *drop*, que puede significar varias cosas pero tiene que ver sobre todo con *gotas* y *goteo* (el que escucha se pone a cierta distancia, mínima, de la casa: se pone allí donde el alero gotea después de la lluvia, y desde allí escucha lo que se dice dentro). Sobre el recurso de *Eavesdropping* en la novela del XIX, y más concretamente en *Un héroe de nuestro tiempo*, reflexionó una vez Vladimir Vladimirovich de las colonias, y aunque Nabokov no estuvo en Oxford, sino en Cambridge como estudiante, no me cabe duda de que allí tendría, en los años veinte, la oportunidad de descubrir lo mismo que yo en mi tiempo en Oxford, a saber: que *eavesdropping* no sólo era y es una práctica vigente en ambas ciudades, sino el mejor medio siempre (aunque primitivo) de obtener la información precisa para no ser un marginado de los que no poseen ni transmiten ninguna. En Oxford (y en Cambridge, supongo) *eavesdropping*, como dijo Nabokov que sucedía en la novela de Lermontov mencionada, se convierte en la ‘apenas perceptible rutina del destino’. Yo había visto a *dons* circunspectos y sentenciosos en plena genuflexión (los pantalones polvoreados) para atisbar por una cerradura en un pasillo de la Tayloriana, o tirados sobre la moqueta en un *college* (haciendo literalmente el indio, la toga desparramada, como mancha de tinta que avanza) con el oído pegado a la ranura de una puerta, o barriendo con catalejo (japonés, de marca) desde una ventana gótica; no digamos desatendiendo a su propia conversación en el salón de té del hotel Randolph para cazar alguna oración flotante soltada desde otra mesa o estirando imprudentemente el cuello en una *high table* (más bien a los postres, con la servilleta ya perdida) (perdida de porquería). Pero yo nunca lo había hecho, ponerme bajo el alero. Fue lo que hice entonces por

vez primera, y me sentí al hacerlo (ya casi al final de todo, y momentáneamente) más integrado; aunque, para ser exactos, creo que la primera frase nítida que llegó a mis oídos desde los labios de Cromer-Blake que parecían exangües fue *overheard*, y no otra cosa. Luego, sin embargo, reconozco que incurrí en *eavesdropping*.

‘Anda, por favor, sé bueno, acuéstate conmigo’, esa o esas fueron las primeras frases distintas de Cromer-Blake; y en los siguientes segundos, durante los que me quedé inmóvil, mi amigo añadió: ‘Sólo esta vez, una vez más, por favor, te lo suplico por lo que más quieras, será la última.’ La voz que respondió era joven, más joven, un poco desagradable, un poco agrietada, como si aún, anómalamente, no le hubiera cambiado del todo a aquel alguien, joven, pero no tanto como para que no la hubiera estabilizado. Y esa voz de contratenor respondió sin irritación, con paciencia, con confianza, como un viejo conocido: ‘No insistas más, ya te he dicho que no, se acabó. Además, dice Dayanand que estás enfermo y que no debes esforzarte, dice que es peligroso, y para mí también. Eso dice.’ La dicción era poco pulida, no muy distinta de la de Muriel, parecida a la del mecánico Bruce (pero no era Bruce, que tenía la voz grave), como la de alguien que en español dijera ‘ciudaz’ y ‘ustez’ e ‘ijnorante’ y ‘ecceso’ (un locutor de televisión). Pensé rápidamente que no podía tratarse de un estudiante (el joven Bottomley, en un primer momento), por eso, por su dicción plebeya y porque Cromer-Blake no era capaz de semejante insensatez, aunque estuviera enamorado o desesperado: nada más grave en Oxford que una acusación de *sexual harassment* u hostigamiento sexual a un estudiante, o aún peor (y posible), de *moral turpitude* o torpeza moral, otro latinajo (aunque anglificado), exquisita metáfora de la penetración sin ambages. ‘Ah, dice Dayanand, nuestro omnisciente doctor’, comentó Cromer-Blake (quizá para sí) con el recobrado tono irónico que le era tanto más característico

que el suplicante: me producía desazón oírle este último. ‘Dayanand no sabe nada de mi salud, lo dice para alejarte de mí, para eliminarme, hace siglos que no me ve como médico, es como si yo te dijera ahora que el que está enfermo es él. Decir de alguien que está enfermo es siempre desprestigiarlo. Es una manera de acabar con la gente. He estado un poco mal, pero ya estoy bien, estoy curado, ¿acaso tengo aspecto de hombre enfermo?’ Yo había visto a Cromer-Blake dos o tres días antes, y tenía buen aspecto, que conservaría, me imaginé, en aquel momento, al otro lado de aquella puerta. Me pregunté si el joven que hablaba sería aquel ‘Jack’ cuyo nombre se le había escapado una noche a Cromer-Blake meses antes, justo después de que yo viera a Clare Bayes por vez primera (su rostro y su escote de excelente gusto); y esperé a oír un vocativo en su boca —de Cromer-Blake— que me lo aclarara, pero ya puedo decir que no lo hubo, mientras duró mi *eavesdropping*.

‘No, tienes muy buen aspecto’, dijo la voz del joven, ‘pero da lo mismo, se acabó, ya no puede ser. Dayanand, además, se enfadaría en todo caso.’ ‘Que yo me enfade no importa, en cambio.’ La voz agrietada se dulcificó un instante: ‘Sí me importa, pero es menos grave. Tal como están las cosas.’ Entonces hubo una pausa de bastantes segundos (quizá la pausa de un beso, los besos imponen silencio), y luego la voz volvió a hablar, protestando ahora con aspereza (aún más juvenil y menos grata): ‘¡Déjame! ¡Para, para! Me haces daño.’ ‘Lo siento’, dijo Cromer-Blake, y su tono volvió a ser postulante: ‘Pero por favor, te lo pido por favor, te juro que no será peligroso, y Dayanand no tiene por qué enterarse. Sólo quiero que nos echemos y abrazarte un poco, hace mucho que nadie me abraza.’ ‘Pues ve a otro sitio a buscarlo’, dijo con acritud la voz (como la voz de un *don* negándole una limosna y ahuyentando a un mendigo). En aquel momento noté calor en el rostro, una mezcla de rubor y sensación de ofensa, me ofendía que aquel joven, quienquiera que fuese, maltratara

y rechazara a mi amigo Cromer-Blake, que le imploraba. Pero aún permanecí allí, parado, delante de aquella puerta. La puerta tenía un pomo dorado, estaba cerrada pero seguramente sin candado ni llave, seguramente habría bastado con hacer girar el pomo y empujar para que se hubiera abierto, así solía tenerla Cromer-Blake cuando estaba dentro, sin candado ni llave, con una placa que yo tenía ante mis ojos entonces y que decía: ‘Dr P. E. Cromer-Blake’, Cromer-Blake su nombre. Hubo una nueva pausa, como si Cromer-Blake se hubiera quedado momentáneamente sin capacidad de respuesta, sin sus capacidades habituales para la ironía y la ira. Oí el chirrido de la otra puerta, la del dormitorio, Cromer-Blake habría entrado en el dormitorio, no podía saber si solo o acompañado; pero en seguida se repitió el chirrido, Cromer-Blake habría recogido algo y volvía a la sala. Dijo: ‘Está bien. Pero hazme al menos las fotografías, en eso no hay peligro ni enfado posible, ¿no?’ Ahora había recuperado el tono algo irónico, aunque seguía *pidiendo* (pero ya no que le abrazaran). Me pregunté por su amigo Bruce, y por aquellos más tentadores ofrecimientos y mejores procesos de seducción que había mencionado aquella noche, por las caras bonitas o cuerpos atléticos que, como había dicho, estaban en su alcoba a su disposición a veces. Cromer-Blake era un hombre apuesto, pero, por lo que escuchaba bajo el alero, estaba teniendo dificultades para aprovecharse de su apostura, mucho antes de que fuera viejo, mucho antes de que le tocara echar mano de sus recuerdos, fabricados y almacenados pensando en hallar un poco de variedad en la vejez, cuando normalmente lo que le tocaría sería estar aún en plena fabricación y almacenamiento para el futuro. Pensé que no podía ser por la enfermedad, cualquiera que fuese y si no había pasado ya: hay cosas ante las que no cuenta ningún peligro. El propio Cromer-Blake pedía abrazos, aunque tal vez, en efecto, no le conviniera hacer el menor esfuerzo.

Dayanand, recordé, era un hombre de cuidado según había podido ver en su mirada ígnea durante aquella *high table*. Dayanand debía de tener más voluntad y fuerza para conseguir lo que se propusiera, más fuerza que Cromer-Blake, sus ojos no tenían velo, venían del Mediodía, como venían los míos, el médico indio tenía su demonio dentro, como Toby Rylands, que quizá había sido sudafricano, y como Clare Bayes, que había pasado su infancia en países lejanos y meridionales, y posiblemente también como el muerto Gawsworth, que había estado en Túnez y Argelia, en Italia y Egipto, y en la India (aunque no en Redonda); y como yo sin duda, que era y soy y seré de Madrid (lo sé ahora). Mi sangre es caliente, o es tibia, o fría. Pero yo también iba a ser postulante en cuanto tuviera ocasión, en cuanto me la dieran. Llevaba semanas siéndolo, en la distancia, con Clare Bayes, a quien *pedía*.

‘Está bien’, respondió la voz de aquel joven que llevaba retraso en su cambio; ‘pero démonos prisa.’ ‘¿Me las harás?’, dijo Cromer-Blake con gratitud indisimulada y súbita, y con alivio. ‘Menos mal, en estas relaciones a través de agencias siempre acaban pidiéndote fotografías. No sabes cómo te lo agradezco, sin ellas no hay nada que hacer, y si no las haces tú no sé quién. A Bruce no puedo pedirselo.’ ‘Venga, prepárate, cuanto antes empecemos y terminemos mejor’, dijo con condescendencia la voz quebrada. Cromer-Blake, pensé, se estaba haciendo fotografías particulares para enviarlas a algún tipo de agencia, o a alguien con quien habría establecido contacto a través de esa agencia. Empecé a preguntarme, mientras ya no oía un diálogo, sino frases sueltas y el clic inconfundible de una Polaroid (‘¿Así va bien?’, decía Cromer-Blake. ‘Encuadra ésta bien’, decía Cromer-Blake. ‘Así está bien alta, ¿no?’, decía Cromer-Blake. ‘Clic’, hacía la Polaroid), de qué o en qué poses se estaban haciendo aquellas fotografías que ni el mecánico Bruce, ni por ejemplo Clare Bayes, ni yo tampoco, podríamos haberle hecho. Y al

empezar a pensarlo sentí un calor aún más vivo en el rostro (allí detrás de la puerta), pero sé que esta vez fue sólo puro rubor sin mezcla. Y aunque no había nadie para ver mi sonrojo (lo único que me miraba era la placa brillante con el nombre de Cromer-Blake incompleto), creo que no fueron mis suposiciones las que lo trajeron, sino mi reacción, o la de mi conciencia (un resto). Pues fue entonces cuando me avergoncé de mi *eavesdropping*.

Con mucho sigilo, con el sigilo que no había procurado al subir y llegar al final de las escaleras porque entonces aún no era indiscreto, secreto, furtivo, me di media vuelta y empecé a bajarlas de puntillas mientras todavía llegó hasta mis oídos (ahora *overhearing*, pues ya no querían oír nada más) una última frase (‘Es importante que se vea desde arriba’, decía Cromer-Blake. ‘Clic’, hacía la Polaroid). Y al mismo tiempo no pude evitar, cuando había descendido unos cuantos peldaños, sonreírme también con un poco de ironía (como si fuera Cromer-Blake), pensando en la escena posible que no había visto. Sin embargo borré la sonrisa al instante, cuando recordé de pronto para qué había ido allí, y me di cuenta de que ya no podría consultar mis propósitos con Cromer-Blake ni pretender que amortiguara mi probable fracaso por anticipado, ni oír de sus labios el aliento y respuesta que deseaba escuchar más tarde, cuando fuera de veras, pues ya había oído el desaliento y respuesta que no deseaba, de otros labios desconocidos y una voz agrietada.

Clare Bayes y yo fuimos a Brighton en olor de despedida, cuando el niño Eric ya se había marchado y ella aceptó verme una vez más (verme a solas) y escuchar mis proposiciones, hablar conmigo con tiempo y sin prisas ni despertador ni campanas que dan las horas y las medias y los cuartos y también repiquetean desconsideradamente al caer la tarde (y seguirán haciéndolo hasta el fin de los tiempos, aunque yo ya no vuelva a oírlas). A Brighton fuimos un fin de semana, un sábado, para pasar allí una sola noche, la primera y última que pasamos juntos, pues con ella no había dormido nunca como sí había dormido una noche con Muriel (el niño Eric estaba de vuelta en Bristol y Edward Bayes de viaje en el continente). Pero apenas salimos del hotel en Brighton, un hotel distinto y menos convencional que los de Londres y Reading y desde cuyas enfrentadas ventanas veíamos los minaretes y las cúpulas acebolladas del Royal Pavilion tan célebre, con su estilo pseudoindio o indio grotesco, y también la playa, por el otro lado (fue la única vez que estar juntos fue caro: el adulterio tiende a resultar barato). No es cierto que no saliéramos, pero es la sensación que tengo, siempre encerrado con Clare Bayes, en Oxford y en Londres y en Reading y en Brighton. No fuimos en tren a Brighton, sino en su coche, y también aquello tuvo algo de inaugural y nuevo (aunque clausuraba): ir sentados los dos en su coche avanzando hacia el sur, de viaje, a espaldas de Londres y Reading por vez primera, yo con la falsa impresión de ir conduciendo, a la izquierda, ella con la misma impresión (verdadera) de estarme llevando. Pero fue todo falso, creo (lo que nos concernía, y no lo fue en cambio lo que concernía a otros, a quien había muerto treinta años antes en un país lejano y a quien no murió pero debió morir, allí y entonces). Estábamos en olor de despedida, que es un olor intenso y reconocible siempre, pero aun así fingimos que la despedida y la separación no estaban del todo determinadas, como lo habían estado desde el principio (tener lo que se

llama *un amor* en el territorio de paso, y en *quién* pensar, esa fue la resolución, y fue el proyecto), sino que podían depender de aquel encuentro o fin de semana, que podían o no decidirse en la ciudad y en una habitación de un hotel de Brighton. Y yo experimenté el gran consuelo (o es placer enorme acaso) de proponer lo que es imposible y se sabe que no va a ser aceptado: pues son justamente la imposibilidad conocida y la negativa cierta —el rechazo que no hace sino esperar quien propone y toma la palabra antes— lo que permite no tener reservas y ser vehemente y mostrarse más seguro al expresar los deseos que si existiera el más mínimo riesgo de que fueran satisfechos. Y Clare Bayes fingió creermelo —yo creo—, tomarme en serio, y me dio explicaciones como si de veras hicieran falta y un *no* no bastara, como si hubiera que procurar no herirme y fuera importante que yo entendiera (se comportó delicadamente). Es el trámite con que deben cumplir para enaltecerse las relaciones no consanguíneas, que jamás son fructíferas ni muy interesantes, y sin embargo parecen ser necesarias para el pensamiento, para que el pensamiento fantasee con lo que ha de venir y no languidezca. O no decaiga. Para que no sufra de abatimiento.

Pero no hablamos de nada de esto —yo guardé mi pequeño discurso, y ella guardó su respuesta grande— hasta después de la cena y del paseo por la ilimitada playa, cuando habíamos vuelto a la habitación del hotel sabiendo que el mayor esfuerzo —la representación, la figuración— habría de venir entonces. Por eso habíamos ahorrado energías (verbales, y valedictorias) durante el trayecto en coche y durante la visita al contrahecho palacio o Royal Pavilion con sus almenas y sus pináculos y sus ventanas de celosía meridionales; durante las compras por la ciudad (siempre una librería de viejo esperándome en toda Inglaterra, siempre bolsas para Clare Bayes y un regalo para el niño Eric) y durante la cena mirando laplaya y el volver del agua; y durante el paseo con los pies

descalzos, también yo esta vez con los pies descalzos y los zapatos colgando de dos de mis dedos, corazón e índice (no enguantados). Y cuando hubimos subido tras tantas frases sueltas y tantas pausas (pero no era tarde, porque sabíamos que aún faltaban horas para dar aquel día por terminado e intentar dormir, y quizá no queríamos hacerlo todo demasiado fatigoso o demasiado verídico), ella volvió a descalzarse como solía y yo ya no, aunque tenía arena en los calcetines, y se echó en la cama y su falda subió como estaba prescrito que debería hacer siempre para mostrar bien sus piernas no musculadas y recias, como serían para tantos otros, sino esbeltas y casi pueriles en sus movimientos. Aquella noche podíamos eternizar el contenido de nuestro tiempo, o tener la sensación de hacerlo, y por eso nada corría prisa, ni siquiera empezar a hablar, ni siquiera besarse, ni siquiera que mi polla fuera a su boca o su boca a ella, o ella a ningún lugar. La noche de primavera era de primavera, y una de las ventanas de la habitación —la que permitía distinguir algún incongruente minarete o cúpula de cebolla iluminados al fondo— estaba abierta. Le di la espalda. Me apoyé en el marco. Desde allí veía la playa y el agua por la ventana enfrentada. Encendí un cigarrillo. Dije:

—Clare, yo no quiero marcharme. No me puedo marchar ahora —y pensé que esas dos oraciones tan parecidas podían bastar para que fuera ella quien tomara la palabra y tuviera que contestar algo (e inmediatamente pensé también que aunque había empezado a hablar yo seguía aún pensando y no descansaba). Tomó la palabra, pero no contestó (no exactamente, no fue una respuesta).

—Quieres decir de Oxford.

Dije:

—Sí, aunque no es Oxford, supongo que de Oxford sí querría marcharme, y además no tengo más remedio, se me acaba el contrato.

Pero no quiero separarme de ti. Te he echado demasiado de menos durante estas semanas interminables, y no quiero separarme de ti por razones meramente geográficas, sería ridículo —y pensé que con eso había sido aún más explícito, como requieren siempre las conversaciones serias entre los amantes, que están obligadas a discurrir por una superficie plana, y por lo diáfano, y por el futuro.

—Las geográficas son razones bastante poderosas para separar a la gente. A veces son inapelables. Tú no quieres marcharte y sí querías marcharte, luego no sabes muy bien lo que quieres. Yo sé que no puedo ni quiero marcharme de ningún sitio. Pero también da lo mismo que tú no lo sepas porque tienes que irte en todo caso, y te marcharás. No tiene sentido hablar de lo que no admite dudas.

Dije:

—Pero tú podrías venir conmigo —y pensé que con eso, para mi sorpresa, había dicho ya casi todo lo que parecía esencial decir (y había de ser explícito) aquella noche de junio y de sábado en la ciudad de Brighton (y también pensé que Clare Bayes diría que eso era imposible).

—¿A dónde? ¿A Madrid? No seas absurdo. Eso es imposible.

Dije:

—Pero, ¿vendrías conmigo si fuera posible? —y pensé que le estaba dando también a ella la oportunidad de decir que haría lo que ambos sabíamos que no iba a ser. Pero no la tomó, porque su papel no era ese, sino que ese era el mío.

—Me gustaría saber cómo, por curiosidad.

Dije:

—No sé cómo, habría que encontrar un medio, siempre hay medios si uno quiere encontrarlos. Pero antes hay que querer buscarlos, necesito saber que tú lo querías, o que estás dispuesta a planteártelo; y que no vas a permitir que haya de nuevo cuatro semanas como las últimas. Tampoco

quiero que si veo a tu hijo me mire con mirada rara, sino que me conozca y viva con nosotros si vivimos juntos, que sea también mi hijo, o mi hijastro. No puedo vivir sin ti, aunque quizá me haya dado cuenta demasiado tarde, cuando ya estoy a punto de tener que vivir sin ti. Pero es así como pasa siempre —y pensé que me estaba atreviendo a decir, y demasiado pronto, lo que ni siquiera tenía previsto y no estaba seguro de querer decir, al principio ni quizá al final (la palabra *juntos*, la palabra *hijo*, la palabra *hijastro*); y pensé también que las últimas frases, incluso la última, habían sido aceptables dentro de la mínima variedad posible de las conductas en las relaciones no consanguíneas. A Clare Bayes le tocaba ya sorprenderse, un poco al menos, aunque su sorpresa tendría que ser fingida. Pero su fingimiento consistió en no sorprenderse, lo cual es una forma de ceder la sorpresa (su fingimiento) a la otra parte.

—No es que sea demasiado tarde —dijo, y encendió su primer cigarrillo en la cama, su primera amenaza para sus medias: no había fumado apenas durante la cena ni durante el paseo, como si se hubiera estado reservando para la noche y la habitación—. No es cuestión de tiempo, porque para eso nunca hubo un tiempo determinado. Eso estaba fuera de todo tiempo, siempre estuvo descartado, y lo sigue estando, ahora todavía más. Tú volverás a Madrid dentro de poco, y es mejor que no nos hayamos visto en las últimas semanas, meses, así nos habremos ido acostumbrando, yo me he ido acostumbrando, bastante. En Madrid no me echarás tanto de menos como aquí, aquí estás solo. Cada día que pases allí me verás más lejana y más difusa. No tiene sentido hablar de esto. Pasemos este fin de semana lo mejor posible y despedámonos mañana. Al menos de vernos a solas. Ya ha sido suficiente.

Dije:

—Así de fácil —y pensé que por fin ella se había hecho cargo de la palabra y quizá yo podría no hablar siquiera, sino escuchar y guardar

reposo.

—No, no es nada fácil, no creas que es fácil. He pensado en ti muchas veces mientras Eric estaba en casa, y seguiré pensando a menudo cuando te hayas marchado.

Dije:

—Pero es que yo voy a pensar en ti continuamente, como he pensado continuamente durante estas semanas. Si no quieres venir conmigo entonces yo tengo que encontrar un modo de quedarme aquí, aunque sea en otro trabajo —y pensé que no quería quedarme en Oxford dando clases de español en una academia, ni en Londres trabajando en la radio (fue lo único que se me ocurrió, en aquel instante), ni acabar con cara de chino y los ojos azules, como acaso tenía ella, que había pasado su infancia lejos, en Delhi y El Cairo.

—No resistirías aquí mucho más tiempo, no estás tan olvidado de tu país como crees. Y si te quedaras yo no estaría contigo, o no de forma diferente de como he estado hasta ahora. Seguiríamos viéndonos así, en hoteles, o un rato en las casas entre dos de mis clases. Nunca hemos hablado de esto, supongo que por cortesía mutua y porque se sobreentendía. No hacía falta; y también por falta de tiempo, para no estropearnos nuestras breves fiestas. Nunca hemos hablado mucho de nada. Yo nunca dejaré de vivir con Ted.

Dentro de los pasos que deben darse en las conversaciones diáfanas sobre el futuro (los pasos que son sólo trámites) yo tenía entonces dos opciones: podía preguntar (miré hacia la playa) si ese abandono no se produciría nunca porque pese a todo ella amaba al marido (pero en aquella noche de junio y de sábado en la ciudad de Brighton no quería correr el riesgo de oír que así era ni de tener que intentar negárselo haciendo inevitable uso de la jactancia); o bien —simulando que esa posibilidad no existía— podía reprocharle su falta de atrevimiento y su

conformidad con las cosas dadas (me di la vuelta y miré hacia las cúpulas: arrojé el cigarrillo por la ventana —como una moneda—, le hablé de espaldas), con las cosas a las que yo no había asistido y por las que no sentía responsabilidad ni respeto. Fue indiferente que optara por lo segundo, porque Clare Bayes contestó como si me hubiera decidido por lo primero.

—No voy a decirte ahora que estoy enamorada de Ted porque no sé bien si lo estoy ni de qué modo, y en cambio sí sé que no lo estoy como lo estuve hace años, cuando nos casamos y antes, y luego. La verdad es que no me pregunto mucho, no me suelo preguntar por ello. Pero aunque fuera cierto que sí lo estoy y tuviera ese convencimiento, tampoco te lo diría. Es ridículo que una mujer le diga eso a su amante, o un hombre a la suya, y además a un amante no ocasional, sino al que conoce y quiere bien desde hace tiempo. No podría sostenerlo ante ti, aunque estuviera segura. Pero no hace falta. Basta con que te diga que me gusta vivir con él, eso ya lo sabes. No sólo es grato, es que estoy acostumbrada a ello. Es la vida que elegí, y la sigo eligiendo entre todas las vidas que me serían posibles, olvidemos las imposibles. Tener un amante no está en contradicción con esto, ni siquiera lo estaría si te dijera, como una mujer un poco ridícula, que quiero a Ted por encima de todas las cosas.

Dije:

—Los amantes se demoran y son voluntariosos y ponen mucho entusiasmo, ¿no es eso? —y pensé que también me había demorado y había sido voluntarioso con Muriel, la falsa gorda de Wychwood Forest; pero no había puesto ningún entusiasmo.

—Eres un imbécil —me dijo Clare Bayes como me había dicho aquel 5 de noviembre en su despacho de All Souls, en Catte Street frente a la Radcliffe Camera, y por tanto fue la segunda vez que me llamó imbécil (sin que yo me ofendiera ninguna de ellas): se había irritado por mi

comentario y seguramente también porque la había interrumpido cuando ya estaba del todo decidida a hacerse con la palabra y a tener una conversación infantil conmigo: a recorrer del todo el proceso del acercamiento, el cumplimiento y el alejamiento; de la plenitud, el combate y las dudas; de las certidumbres, los celos y el abandono; y de la risa (a acabar con aquel cansancio)—. Eres un imbécil —me dijo—. Sí, los amantes os demoráis y sois voluntariosos y ponéis mucho entusiasmo, pero no durante mucho tiempo, y así es como debe ser. Esa es vuestra función y también vuestra gracia. También la mía en tanto que amante tuya, no lo olvides; también la mía aunque tú no estés casado. Nuestra misión es no durar mucho, no persistir, no permanecer, porque si duramos un poco más de lo debido entonces se acaba la gracia y empiezan los sufrimientos y vienen tragedias. Tragedias imbéciles, tragedias evitables, tragedias buscadas.

Dije:

—No he visto que ocurran muchas tragedias en estos tiempos —y pensé que entre Clare Bayes y yo era imposible que fuera a haberlas, ni en Oxford ni en Londres ni en Reading ni en Brighton. Ni siquiera en la estación de Didcot.

—No importa que ocurran en estos tiempos o hayan ocurrido en otros, los tiempos nunca son muy distintos, aunque lo parezca. Quién conoce más tiempo que el suyo. Hace treinta años, es decir en mi tiempo, yo sí vi una tragedia que probablemente fue imbécil, y desde entonces, o quizá desde que supe que la había visto, llevo toda mi vida tratando de ser invulnerable, lo bastante pesimista y fría para ser invulnerable a las tragedias imbéciles; para ser inmune a ellas, y no buscarlas. Tú no has visto nada y aún puedes permitirte mucho, pero yo no puedo. Tampoco quiero.

Fue entonces cuando Clare Bayes, echada en la cama y viendo a un

lado la playa y el agua y al otro el remedo estrambótico de un palacio indio al fondo, y en primer término al que había sido su amante durante dieciséis meses y estaba en trance de dejar de serlo, fue entonces cuando Clare Bayes, digo (como si fuera un hombre), se mostró dispuesta a rememorar en voz alta las cosas remotas. Fue entonces cuando la conversación entre los amantes dejó de discurrir por una superficie plana, y por lo diáfano, y por el futuro, para hacerlo por una superficie rugosa y quebrada, y por lo brumoso, y por el pasado. ‘Escucha’, dijo, y encendió un cigarrillo nuevo y apoyó la cabeza sobre una mano y el codo lo apoyó sobre la larga almohada de la cama de matrimonio (así se puso para contarme aquel episodio tan melodramático relacionado con una muerte concreta que había tenido varios testigos, aunque ya sólo viviera el que no podía recordarla). ‘Escucha’, dijo, y yo me volví de nuevo cuando lo dijo, dando otra vez la espalda a la ventana de tierra adentro; no pude dejar de observar, al volverme, que con aquel movimiento suyo hacia la lateralidad y hacia mí su falda se había subido aún más: era casi como si no la llevara. ‘Escucha’, dijo, ‘mi madre tuvo un amante que duró demasiado. Se llamaba Terry Armstrong y no sé quién era ni a qué se dedicaba porque supe acerca de ello mucho más tarde de que sucediera, sucedió cuando yo tenía solamente tres años. Él no dejó ningún rastro. Sólo cuando tuve edad para preguntarme más por mi madre pude preguntar a otros, aunque nunca obtuve más que una versión y una respuesta, que he debido dar por buenas porque son las únicas. Mi padre siempre ha guardado un dolido silencio, y quizá no sólo porque no quiera hablar, quizá también, pienso a veces, porque no debe de saberlo todo; no podría contar toda la historia. La única persona que quiso contármela, pasado el tiempo, fue la señora Munshi, Hilla, mi aya, el aya que me cuidaba en Delhi. Mi padre se ha negado en cambio a responderme siempre que le he preguntado o le he acusado de algo, lo cual quiere decir

que lo que tampoco ha hecho nunca ha sido negar, nunca ha negado nada de lo que yo le conté en su día que había contado el aya. Cada vez que yo sacaba el asunto, él se levantaba y se marchaba de la habitación con expresión nublada, yo le seguía, insistiéndole, hasta la puerta de su dormitorio, en el que se encerraba y del que no salía hasta al cabo de horas, para la cena, como si nada hubiera pasado. Pero también de estos forcejeos hace ya mucho tiempo, ya no se me ocurre insistirle ni pedirle cuentas, nunca hablo ni intento hablar de ello, ni con él ni con nadie, y Hilla murió hace años, aquí, en Inglaterra, donde vivían sus hijos y tenía nietos. Ni siquiera sé si debo hablarte a ti de esto, pero da lo mismo, y además te marcharás muy pronto', y yo pensé que, aunque no hicieran falta, era grato y honroso que Clare Bayes me diera explicaciones como si aquella noche de Brighton fueran necesarias; y pensé también: 'Es verdad. Una vez que me haya ido, ¿qué importancia tendrá lo que acontezca ahora? No dejaré ningún rastro. Como Terry Armstrong.' Y aún me paré a pensar: 'Terry Armstrong.' Pero mientras pensaba esto Clare Bayes había seguido hablando con la mirada cada vez más perdida o más fija, pues esa es la mirada —la misma— de la rememoración y el relato. 'Según contaba el aya, aquel Terry Armstrong del que ella nunca supo más que su nombre era entusiasta y voluntarioso, como buen amante. Uno de esos hombres que escriben cartas y versos con la suficiente seriedad y la suficiente ironía, y que dan energías y contagian su vitalidad, y hacen reír e ilusionarse demasiado a quien se siente amado por ellos. Aparecía y desaparecía y nunca se sabía bien cuándo iba a reaparecer, él estaba en Calcuta, quién sabe si también en el cuerpo diplomático o por su cuenta, lo segundo probablemente, ya que no consta ese nombre en los archivos del cuerpo, al que escribí preguntando en la época en que mi curiosidad fue mayor y más urgente. Quizá no era su verdadero nombre, no sé; quizá sólo lo supo mi madre, o ni siquiera ella.

En todo caso debía de llevar tiempo en la India o había estado allí antes, porque con el aya hablaba un poco de hindi, según ella para halagarla. Halagaba al aya y halagaba a mi madre, según parece eso es lo que hacía principalmente. Para el aya nunca tuvo ni fue más que esa halagadora presencia y ese nombre suyo, nunca se preocupó de hacer averiguaciones, no era de su incumbencia, con eso debía bastarle: era Mr Terry Armstrong o Armstrong Sahib como mi padre era Mr Newton o Newton Sahib y yo era Miss Clare, la niña de la casa, sin que importara qué más fuéramos o si éramos algo más. La relación clandestina de mi madre con Terry Armstrong duró lo que ya lleva casi durando la nuestra, año y medio, y aunque seguramente mi padre tardó en descubrirla, parece que sin embargo llegó a enterarse bastante antes de su final, y que la toleró, o la soportó, o hizo como que la soportaba, tal vez a la espera de ser destinado a otro sitio, o de que fuera trasladado Armstrong si es que pertenecía al cuerpo o dependía de una empresa, los diplomáticos no permanecen demasiado tiempo en ningún lugar, ni tampoco los extranjeros que no establecen vínculos conyugales, como tú no vas a quedarte ya más tiempo aquí. La intermitencia ayuda mucho a sobrellevar las cargas, y quién sabe, si Terry Armstrong iba y venía, si estaba a cientos de millas y sólo las recorría cuando le era posible, entonces puede que la situación no fuera del todo insufrible para mi padre y que estuviera dispuesto a esperar, como puede ser que Ted, si en este tiempo ha sospechado algo, esté esperando ahora a que te vayas tú. Quizá lo estoy esperando yo. No sé. Hace mucho que renuncié a saber nada a través de mi padre, en su día ya lo atormenté bastante, y habrá vivido bastante mortificado si es cierto lo que contaba el aya. Y debe serlo.’ ‘¿Qué más contó el aya?’, pregunté desde el marco de mi ventana (de mi ventana de tierra adentro); pero más que nada estaba ya dándole vueltas al nombre de Terry Armstrong, aunque sin atreverme aún a pensar más

que eso, el mero nombre. ‘Terry Armstrong’, volví a pensar. Dicen mucho los nombres. ‘El aya contó que mi madre se quedó embarazada’, contestó Clare Bayes, ‘y que creía que el nuevo hijo sería de Terry Armstrong, aunque no tenía certeza, o quizá sí, pero sin querer tenerla. Fuera como fuese, esa duda fingida o auténtica bastó para que mi padre ya no soportara ni tolerara más. Que mi padre supo de aquella duda sí lo sé, porque el aya Hilla oyó retazos de la que debió ser su última conversación. Su última discusión.’ Clare Bayes se volvió y cambió de postura: las piernas quedaron ahora sobre la almohada, la barbilla sobre las manos, ambos codos sobre los pies de la cama. Ahora lo que veía era la parte posterior de sus muslos y el comienzo de sus nalgas cubiertas por sus enteras medias. Y pensé: ‘Sólo se deja ver tanto sin intención cuando se tiene mucha confianza con aquel que mira, cuando es un hermano, o un marido, cuando se está en familia. Yo no soy su marido ni tampoco su hermano, sino su amante extranjero que está dejando de ser su amante. Pero ella me está confiando esta noche un secreto de su familia.’ ‘Una noche de mis tres años, estando yo ya dormida desde hacía horas y ella acostada desde hacía minutos, el aya Hilla me oyó llorar. Se levantó y vino, como otras noches, a calmarme y a consolarme y a cantarme alguna canción que me devolviera al sueño, y fue entonces cuando oyó también la segura causa de mi despertar y mi llanto: mis padres acababan de regresar, y de su habitación, cercana a la mía, salían gritos y de vez en cuando el ruido de un golpe, de algún golpe dado en el suelo o sobre una mesa. El aya, asustada, se puso a cantarme en seguida para sepultar los gritos y vencer su miedo, y fue su propio canto unido a mis sollozos lo que le impidió escuchar la conversación, aunque en algunos momentos las voces subían tanto de tono que volvían a sobresaltarla, obligándola a interrumpirse y a oír frases sueltas en contra de su voluntad. Unas pocas frases, ocho exactamente, ocho frases aisladas oídas de dos en dos que a

requerimiento mío me repitió tantas veces que ahora es casi como si fuera yo quien las recordara. Pues yo también debí oírlas entonces, pero no es posible que las recuerde, como me resulta casi imposible recordar a mi madre. Sin embargo recuerdo esas frases que primero apunté y luego se me han quedado sin que hiciera esfuerzo, y sé que una de las cosas que aquella noche dijo mi madre fue esta, según el aya: «Pero no estoy segura, Tom, y también puede ser tuyo.» Y sé lo que respondió mi padre: «Basta con esa duda para que no pueda ni vaya a serlo.» Y sé que en otro momento mi madre dijo: «No sé lo que quiero, ojalá lo supiera, estoy cansada de no saberlo.» Y respondió mi padre: «En cambio yo estoy cansado de saberlo y no poder conseguirlo.» La tercera frase de mi madre fue esta: «Si eso es lo que quieres, me marcharé mañana, pero me llevaré a la niña conmigo.» Y respondió mi padre: «No estás en condiciones de llevarte más que lo que llevas puesto y lo que llevas dentro, y puede que a Clare no la vuelvas a ver.» Y más tarde el aya oyó lo último que le oyó a mi madre: «No puedo más, Tom», dijo mi madre. Y respondió mi padre: «Tampoco yo puedo con esto». El aya Hilla cantó hasta que me volví a dormir, cada vez más tenuemente a medida que se apaciguaban las voces, y cuando acababa de conciliar el sueño de nuevo y las voces ya se habían callado, contaba el aya que se abrió la puerta de mi habitación y se vio la figura de mi padre a contraluz. No traspasó el umbral. «¿Se ha vuelto a dormir la niña?», preguntó. El aya le miró y se llevó a los labios el dedo índice, y mi padre, bajando el tono, añadió: «Mrs Newton sale de viaje mañana muy temprano. Es mejor que la niña no la vea marcharse. Llévesela a dormir con usted esta noche». La puerta volvió a cerrarse, y entonces el aya, con mucho cuidado, a oscuras, sin despertarme, obedeció las órdenes y me cogió en brazos y me llevó a su cuarto para que pasara con ella el resto de aquella noche. Me dejó su cama y durmió en una silla, alerta.' Clare Bayes calló, hizo una pausa. Se levantó de la cama de

matrimonio que sólo ocupaba ella y fue al cuarto de baño, y aunque estábamos en confianza no lo estábamos tanto como para que no cerrara la puerta. Aun así no pude evitar oír la caída del líquido sobre el otro líquido, y mientras la oía (sin querer oírla) pensé otra vez aquel nombre: ‘Terry Armstrong’, pensé, y esta vez pensé algo más: ‘Armstrong es muy corriente, y también lo es Terry, que en una mujer es Theresa, su diminutivo, pero en un hombre es Terence, su diminutivo. Pero Armstrong es muy corriente, hay millares en Inglaterra y los ha habido siempre, tantos o más que Newton y casi tantos como Blake, y en cambio es raro ese compuesto de Cromer-Blake. Y Terence o Terry es también muy corriente, aunque no como John, ni como Tom, o Ted, que es Edward y Theodore. Armstrong’, pensé. ‘Armstrong querría decir Brazofuerte.’ Y cuando Clare Bayes volvió se sentó encima de la cama y apoyó los riñones sobre la almohada doblada y la espalda contra la pared. Encendió otro cigarrillo y dobló las piernas, y la falda volvió a subir. Se había humedecido la cara y la mirada ya no era tan fija, pero no había perdido el hilo. ‘A la mañana siguiente mi madre ya no estaba en casa, dijeron que se había marchado de viaje unos días. Yo seguía teniendo al aya Hilla, y a partir de aquel día la tuve aún más, siempre a mi lado durante los varios años que aún permanecimos en Delhi, sin ser trasladados, pese a lo que pasó allí. Ella ya no pudo restablecer el contacto con mi madre ni por supuesto con Terry Armstrong, a quien ni siquiera sabía dónde localizar. Mi padre, además, la sometió durante aquellos días a una vigilancia discreta, obligándola a estar conmigo en la casa todo el tiempo, a no dejarme un instante, y eso fue lo que hizo a partir de entonces, estar conmigo todo el tiempo y no dejarme un instante, hasta que años más tarde nos fuimos por fin de Delhi y ella prefirió no seguirnos. El aya Hilla no supo nunca qué fue de mi madre durante aquellos días, pero es de suponer que recurriera a Armstrong y se

refugiara con él en algún hotel o en casa de alguien que él conociera en Delhi, alguien indio, sin duda nadie de la colonia británica, a cuyos miembros difícilmente podía dar explicaciones de lo sucedido. A mi madre empezaba a notársele ya el embarazo entonces, se le notaba algo según el aya, en el desdibujamiento del rostro y en la figura que empezaba a abultarse, quizá por eso tuvo que hablar con mi padre, contárselo, aquella noche que trajo su marcha. El aya tampoco supo si Terry Armstrong se encontraba ya en la ciudad cuando mi madre abandonó la casa, si estaba ya allí aquella noche y la esperaba a la mañana siguiente en algún lugar o si acudió en cuanto pudo llamado por ella, más tarde, y si por tanto al principio mi madre debió estar sola. Decía el aya que Armstrong nunca le pareció un hombre práctico, ni de recursos, sino un soñador, así lo definía el aya, un soñador, esa palabra. De él recordaba sobre todo su humor excelente y sus continuas bromas. Contaba que con frecuencia sacaba de su bolsillo una petaca metálica que entre risas acercaba a los labios de mi madre e incluso a los del aya, quienes la rechazaban divertidas siempre, y entonces él discurseaba con la petaca en alto, brindaba por nombres ingleses que para el aya no tenían significado y bebía larga y alegremente, aunque ella nunca lo vio borracho. Mi madre reía siempre, se lo reía todo y reía de todo como ríen los jóvenes, y como el propio Armstrong: siempre de broma, decía el aya: una eterna carcajada.’ Y mientras Clare Bayes hablaba del hombre del que lo ignoraba todo salvo un rasgo de su carácter y el nombre, yo por fin abandoné mi puesto y me acerqué a la cama, a cuyos pies me senté, en el suelo, para escuchar mejor y pensar menos. Pero todavía entonces hice caso de mi pensamiento, que sin embargo fue rápido y breve, porque lo único que alcancé a pensar (mientras me acercaba y notaba la arena de los calcetines, y a los pies de la cama) fue un mero nombre: ‘Terence Ian Fytton Armstrong.’ ‘Cuatro días después de la noche de la discusión lo

vimos a él, a Terry Armstrong. Lo vimos el aya y yo y quizá mi padre, aunque él no lo haya admitido nunca y yo no pueda recordarlo, como no recuerdo las frases que aquella otra noche me hicieron llorar y me despertaron. O acaso olvidé lo que había visto durante mucho tiempo, y sólo mucho más tarde, al saber de ello, y que lo había visto, volví a tener una forma de recuerdo de aquello que, según el aya, yo vi también con mis propios ojos. Es muy probable que si ahora lo cuento como si lo recordara se deba sólo a que ahora lo sé y a que llevo años imaginándolo, desde que lo sé. Pero no puedo evitar, ¿entiendes?, saber que lo vi, y aunque no lo comprendiera entonces ni lo recuerde ahora con la memoria, creo recordarlo ahora con mi conocimiento.’ Y mientras Clare Bayes que fue antes Clare Newton me hablaba de su conocimiento o recuerdo de la primera Clare Newton que antes llevaría otro apellido que yo no sé (o bien: mientras la niña Clare me hablaba de su madre muerta), yo seguí pensando en el nombre de Armstrong, y pensé esta vez (al tiempo que oía contar aquel episodio tan melodramático a uno de sus testigos): ‘No puede ser y no será y no es, Armstrong es muy corriente y también Terry es corriente, hay millares de Terries y millares de Armstrongs y centenares de Terry Armstrongs, y además no hay forma de averiguarlo porque nadie sabe nada de Terry Armstrong, que no dejó ningún rastro tras haber regresado a Calcuta en los años cincuenta como regresó a Vasto al final de su tiempo, quizá volvió a Calcuta para *una farra última* que se le fue complicando y que le entretuvo y le duró año y medio (fue más que una farra), y que le llevó hasta Delhi; *una farra última*, aunque la celebrara quince años antes de su verdadera muerte.’ ‘Habían pasado solamente cuatro días, y yo estaba en el jardín con el aya, mirando el río y esperando los trenes del final de la tarde, como te he contado que hice siempre desde muy pequeña y seguí haciendo hasta que nos fuimos de Delhi. Mi padre estaba más alejado, en el borde del jardín, junto a la casa,

y por eso es posible que lo viera todo y también es posible que no viera nada. Pero yo sí vi lo que sé que vi y no recuerdo ni recordé más tarde ni tampoco entonces, ni siquiera inmediatamente después de que sucediera, porque aquella noche, cuatro noches después de que mi madre se hubiera ido y mientras esperaba el paso del tren correo que venía de Moradabad y llegaba siempre con tanto retraso, aparecieron dos figuras, una mujer y un hombre, caminando por el puente de hierro que atraviesa el río.’ ‘El puente sobre el río Yamuna o Jumna que Clare Bayes me ha descrito’, pensé. ‘El largo puente de hierros diagonales entrecruzados, la mayor parte del tiempo vacío, en tinieblas, ocioso y difuminado, exactamente como una de esas figuras devotas y secundarias de la niñez que luego se hacen recónditas para reaparecer e iluminarse al cabo del tiempo sólo un instante, cuando son llamadas, y volver a perderse en seguida en la oscuridad de sus existencias ignoradas y conmutables tras haber cumplido su breve servicio o revelado el secreto que de pronto se les exige. Exactamente como el aya Hilla o como la criada vieja que me acompañaba con mis tres hermanos por la calle de Génova, o de Covarrubias, o de Miguel Ángel: el aya india Hilla y la criada madrileña vieja, que son conmutables y sólo existen para que por ellas transite, cada vez que le sea preciso, el niño.’ Y mientras Clare Bayes me iba contando lo que había visto y recordaba sólo con el conocimiento, yo lo fui pensando a los pies de la cama, mirando sus piernas esbeltas y recias, sus piernas de frente y el pico de sus bragas: ‘La niña inglesa mira ahora el negro puente de hierro esperando a que lo atravesase un tren, para verlo iluminado y reflejado en el agua, uno de esos trenes de colores vivos, llenos de luz y de inaudible ruido, que atraviesan el río Yamuna de tarde en tarde, el río Jumna que ella mira pacientemente desde su casa en lo alto cuando ya ha anochecido. Pero ese tren aún no aparece, y por el puente en tinieblas transitan ahora, en cambio, vacilantes y temerosas,

tropezando acaso con los rieles, pisando la grava, dos figuras que son John Gawsworth y la madre de la niña que mira, Clare Newton, una mujer que es joven, más joven de lo que lo es su hija esta noche en Brighton. Van cogidos de la mano, y es Armstrong quien guía a la madre, se van apoyando en los hierros diagonales entrecruzados, se van agarrando a ellos, como si temieran caerse y caer al agua, aunque es posible que sea para eso para lo que han ido al puente, para caer y hundirse, o acaso no, y simplemente lo están atravesando a pie, con dificultades, quizá están huyendo, o están aturridos, o perturbados, o ebrios, o enfermos, quizá no saben lo que están haciendo. La niña distingue en seguida sus dos figuras en la oscuridad porque ambas van vestidas de blanco y porque una de ellas es su madre (y porque quien será Clare Bayes sólo tiene ojos para la estructura de hierro que anuncia carruajes de mil colores). «Ahí está mamá», dice la niña señalando hacia el puente, y el aya no le hace caso en un primer instante, no levanta la vista y sigue canturreando algún canto insignificante mientras cose o no hace nada y se limita a tener juntas las manos sobre el regazo al tiempo que vigila a la niña que se le ha encomendado. La niña ve cómo el hombre que tal vez es Gawsworth avanza hasta la mitad del puente, siempre llevando tras de sí a la madre, y aunque la niña aún no lo sabe —se lo irá susurrando el aya durante su futura infancia, sin contárselo todo hasta mucho más tarde: sin contarle hasta que se le exija—, están en el puente desde el que se ha arrojado más de una pareja de desdichados amantes. Pero quizá ellos no van a arrojarse, aunque es bien posible que esa noche ya sean eso, una pareja de amantes desdichados que sin embargo están en el puente por otro motivo, quién sabe, puede que el propio Gawsworth, que guía a la madre, no sepa demasiado bien cuál es el motivo. Armstrong saca su petaca metálica del bolsillo de su chaqueta blanca, pero ya no brinda ni discursa ni la acerca a los labios de la primera Clare Newton, que reían tanto (a los labios

besados tanto), sino que bebe unas gotas apresuradamente, casi a escondidas de la mujer que le ama y le va siguiendo: ella lleva la mirada baja, mientras que él la lleva alzada, es posible que ella tenga vértigo, que no pueda evitar mirar hacia abajo, hacia el ancho río de aguas azules (o negras, porque es de noche), y que además esa sea la única forma de irse acostumbrando a ellas, porque tal vez la madre sí va a arrojarle, puede que ella esté más decidida y que se pregunte si Gawsworth, o Terry Armstrong, saltará también, como se han prometido y han planeado. A Clare Newton primera no se le escapa que él va bebiendo tragos de su petaca metálica, quizá para irse acostumbrando —él— al líquido que les aguarda; y tampoco se le escapa al aya, que ahora ya mira hacia el puente porque la niña ha insistido («Mira, ahí está mamá con un hombre»), aunque mira atónita y sin comprender todavía lo que está viendo. Quizá se lo hayan prometido y lo hayan planeado y lo hayan acordado la noche anterior, la madre y el hombre, o durante el día, en una habitación de hotel, y lo han acordado (Clare Bayes no lo sabe, nadie lo sabe) porque no se les ocurre otra solución que la de detenerse en seco, Gawsworth es calamitoso y se ofusca y además no es serio y bromea y juega (su pensamiento es errático, su carácter endeble), y no puede aceptar que la vida se ponga al día también con él, que lo centre y lo cargue, el rey de Redonda no puede tener heredero ni hacerse cargo de ningún niño, ni siquiera puede hacerse cargo de la mujer que ama y que lleva uno suyo dentro, quizá no podría aunque no lo llevara. Y Clare Newton lo ha acordado con él (Clare Bayes no lo sabe, no lo sabe nadie) porque está asustada y desesperada, tres noches y cuatro días lleva sola y sin casa y quizá sin dinero, en hoteles baratos o vagando acaso por la ciudad ahora inhóspita mientras Armstrong tarda en aparecer y allí no hay nadie que se ocupe de ella, tres noches y cuatro días desconcertada, aterrada, sin poder creer lo que le está pasando: su voluntad anda errante, ya no sabe

retenerla, demorar su marcha, ya no es suya del todo, como la de un enfermo o un viejo o como la de un perturbado. Él bebe, ella mira el agua. Los dos se paran en mitad del puente, se tambalean. Gawsworth le pasa el brazo —su brazo fuerte— por encima de los hombros, como se pasa el brazo a las personas a las que se protege y quiere, y con la otra mano se agarra a un hierro diagonal que se cruzará con otro, y en la primera mano sostendrá la petaca, que seguramente está vacía aunque él no se ha dado cuenta. Ahora Armstrong mira hacia abajo, y la madre en cambio mira hacia arriba, tratando de divisar el jardín de su casa a la que no volverá, y a su hija en lo alto, preguntándose si estará aún mirando, esperando que no esté mirando, que el aya Hilla ya la haya acostado y le esté cantando porque ya haya pasado el tren correo que viene de Moradabad y marca el fin del día para la niña (pero Clare Newton ignora que hoy también ese tren lleva mucho retraso). La pareja de amantes que sólo desde hace poco son amantes desdichados permanece inmóvil, no prosigue su marcha, esa pareja no acaba de atravesar el puente. Y es entonces cuando aparece tras un recodo el tren correo de Moradabad, el tren que la niña inglesa está esperando como todas las noches de su infancia extranjera presente y futura y del Mediodía, ese tren que llega siempre con incalculable retraso (nadie puede calcularlo, y esta noche no lo ha calculado nadie), y que por eso, aunque ya se acerca a su destino, no parece nunca que vaya a aminorar la marcha. Gawsworth vuelve la mirada hacia el tren que surge, mientras que la madre lo oye venir (oye encima el ruido de hierro que es inaudible para la niña) sin necesidad de mirarlo, vuelve a mirar sólo el agua. La luna es pulposa y móvil y como una astilla. Y entonces Armstrong levanta el brazo con que rodea los hombros de la primera Clare Newton, se libera y la suelta, y ahora con ambas manos —con esas manos que pilotaron aviones y que pedirán limosna— se agarra y pega el cuerpo a los hierros diagonales

entrecruzados, la borrachera ida repentinamente, la petaca soltada y caída, los ojos muy abiertos y llenos de espanto como los del perro de Alan Marriott justo antes de que le cortaran la pata trasera izquierda en la estación de Didcot. «Son tantas las cosas que nos retienen», quizá piensa Gawsworth aferrado a los hierros, «y todo puede aún darse.» O quizá no lo piensa, lo sabe. También la madre debe saberlo, pero sin embargo aguanta hasta el último instante con su cuerpo tan cercano a la vía —su cuerpo que empieza a abultarse, con lo que aún no es ni será el hermano menor de Clare Bayes— y no sigue el ejemplo de Armstrong, los dos amantes no hacen lo mismo, y en vez de aferrarse también a los hierros, la madre cae o salta por entre ellos, se arroja al agua con su vestido blanco (blanco como el pelo de Cromer-Blake, y como el de Rylands, y como los pechos de Muriel, la falsa gorda de Wychwood Forest), Clare Newton su nombre. Y mientras Clare Newton salta y Terry Armstrong no salta, pasa el tren ocupando entero el puente de hierro, de punta a punta, y alumbrando el río con sus ventanillas (los hombres de las gabarras se desequilibran, mirando hacia lo alto), y esa es la imagen que ayuda a la niña a conciliar el sueño y a conformarse con la idea del siguiente día en una ciudad a la que no pertenece y que sólo verá como suya cuando la haya dejado y no tenga más oportunidad de rememorarla en voz alta que con su hijo o con un amante, pues los amantes sirven para lo que los hijos sirven, principalmente para escuchar nuestra historia. La madre cae con su sensación de descenso, con su sensación de carga, con su sensación de vértigo, de caída y gravedad y peso, con su cuerpo abultado y su rostro desdibujado, con su falsa gordura y su abatimiento. Y los ojos de Gawsworth —que ahora llevan años cerrados y sin mirada de ninguna clase— ven cómo cae y se hunde el cuerpo de quien él amaba; y la niña Clare contempla desde lo alto cómo desaparece en las aguas azules de ese río brillante y claro en la noche el cuerpo de quien amaba —la madre que

no puede recordar esta noche en Brighton—; y quizá el padre, desde el borde del jardín, junto a la casa, ve también cómo tarda en salir a la superficie y no sale el cuerpo de quien aún amaba. (Los tres ven matarse a la persona que aman.) Y es el aya Hilla, que ve cómo los hombres de las gabarras no dan con el cuerpo amado que se llevó la corriente, quien revelará el secreto, porque no lo harán Terry Armstrong ni el padre, ni tampoco el puente de hierro sobre el río Jumna. Y cuando el tren ha pasado y Clare Bayes que era entonces Clare Newton pierde ya de vista la linterna oscilante del último coche al que con la mano ha dicho un adiós que nunca fue dicho para ser respondido porque allí ya no estaba quien podía responder a él, ese puente vuelve a quedar vacío, en tinieblas, ocioso y difuminado. En él sólo queda durante unos segundos la otra figura blanca, que quizá vomita sobre el río Yamuna como un mendigo oxoniense sobre el río Isis, antes de que se aleje por él corriendo, espantado, el último rey de Redonda, el escritor John Gawsworth, el *Escritor de Verdad* que ya no volverá a escribir ni dejará ningún rastro. O acaso sólo una petaca metálica que tal vez sigue allí desde aquella noche, aplastada, oxidada y vacía entre los rieles.’

Y cuando Clare Bayes terminó su relato, yo me alcé del suelo y volví a mi ventana y a mirar por ella, pensando: ‘Pero no puede ser y no será y no es’.

Ella se levantó de la cama y se acercó a donde yo estaba, y entonces los dos miramos en silencio por aquella ventana que mostraba a lo lejos esa imitación fantástica de los palacios del país de su infancia: había luna y nubes; su pecho rozaba mi espalda. Clare Bayes me acarició la nuca con una mano, y yo me di la vuelta y nos miramos como si fuéramos los ojos vigilantes y compasivos el uno del otro, los ojos que vienen desde el pasado y que ya no importan porque ya saben cómo están obligados a vernos, desde hace mucho: tal vez nos miramos como si fuéramos

hermanos mayores ambos y lamentáramos no poder querernos más. O más que como tales. Y fue entonces cuando no pude evitar recordar unos versos leídos como una cita, los versos de otro autor inglés del que (al revés que de Gawsworth) se sabe mucho, menos de su muerte oscura, que fue violenta y es legendaria y ha habido que imaginarla, como la de Clare Newton: fue a morir apuñalado sin haber cumplido los treinta en una fecha de Trinity, un 30 de mayo de hace cuatrocientos años, en Deptford, que querría decir Vadoprofundo, cerca del río Támesis, que es como se conoce al Isis en todo lugar y tiempo menos a su paso por Oxford. Y pensé: *‘Thou hast committed fornication: but that was in another country, and besides, the wench is dead.’* O bien, lo mismo: *‘Has incurrido en fornicación: pero eso fue en otro país, y además, la moza ha muerto.’*

Al día siguiente, cuando Clare Bayes me dejó con su coche a la puerta de mi casa en Oxford (y aunque no era de noche ya no nos ocultábamos), vi que en aquel momento la florista gitana que se ponía enfrente los días de fiesta era recogida por su invisible marido en su furgoneta limpia y moderna. Eso significaba que ya declinaba el día pese a la luz inmutable de la primavera, suspendida y tibia, y que faltaba poco para que la débil rueda del mundo volviera a ponerse en marcha y la quietud acabara. Me di cuenta con alegría de que me había ahorrado un domingo desterrado del infinito.

Dos de los tres han muerto desde que me fui de Oxford, pero ninguno de los dos es Clare Bayes, sino que son Toby Rylands y Cromer-Blake, los que han muerto, y así estaba previsto, que fueran ellos. El que fue mi figura paterna y materna y mi guía en esa ciudad murió a los cuatro meses de que yo me marchara y ya no conoció otro Michaelmas ni otro curso, y así el último y segundo mío fue también el último del doctor Cromer-Blake, que llevaba mucho más tiempo en el agua. Y fue Toby Rylands, que moriría dos años más tarde (hace sólo dos meses por tanto), quien me dio la noticia a través de una carta urgente y quien guardó sus diarios, que luego, al morir también él y según había dispuesto en su última voluntad y testamento, han viajado hasta el Mediodía para que sea yo quien los guarde. La carta de Rylands era muy escueta, como si no quisiera hablar mucho de lo sucedido y tan esperado, ni de quien a partir de su muerte pasaba a ser el espejo en el que él no querría ahora verse: como si fuera ahora Rylands quien no estuviera dispuesto a visitar a Cromer-Blake, su tumba ni su recuerdo.

Cromer-Blake fue enterrado en Londres, donde había nacido (al norte), y aunque no hubo que realizar colectas para pagar ese entierro de quien no llegó a *bursar*, no fueron muchos los asistentes a su funeral, casi sólo los colegas (tan solidarios, tan llenos de humor) de la Tayloriana. El cura que rezó el responso y se hizo cargo de la palabra tuvo el feo detalle de pedir que salieran los niños presentes en la iglesia católica de Marble Arch, los niños de dos colegas que habían acompañado a sus padres para aprovechar el desplazamiento en sábado y pasar el resto de la jornada en el zoo de Londres. De la familia de Cromer-Blake (tenía padres, un hermano soltero y una hermana casada) sólo estuvo presente su hermano Roger, quien al parecer salió con prisas en un deportivo (quizá un Aston Martin) nada más terminar la ceremonia, sin saludar a nadie. No estuvo su amigo Bruce, ni tampoco Dayanand, de quien, según los diarios que he

leído enteros sin comprender más que algunas partes, Cromer-Blake se había alejado definitivamente en sus meses últimos. De su *college* asistieron algunos miembros, aunque no el *warden* lord Rymer, a quien había hecho favores —con quien iba como mano en guante—, y sí en cambio el economista Halliwell, al que todos huirían a la salida del funeral para no verse salpicados por su tema único. La noticia de la muerte de Cromer-Blake vino ‘en dos periódicos nacionales, ambos poco amables’, según decía Rylands enigmáticamente. El profesor emérito era escueto en su carta, podía verse que la había escrito con prisas, para acabar con su obligación cuanto antes, pero emocionado. ‘Cromer-Blake sabía lo que tenía desde hace casi un año, lo supo el pasado diciembre. Qué valiente fue. Ante el mundo llevó su terrible condena con despreocupación, eso es lo que dicen todos los que lo siguieron viendo. Es sorprendente cómo a veces personas que diríamos «improbables» demuestran gran coraje. Qué inmensamente triste. No logro dejar de pensar en él.’ Eso y poco más era la carta urgente, en la que al final me daba unas señas de Londres para que, si lo deseaba, enviara en memoria de Cromer-Blake un donativo a una institución benéfica.

No envié nada, aunque pensé que lo haría. La verdad es que intenté olvidar su muerte desde que la supe, y lo conseguí en parte, porque no es tan imposible olvidar tal cosa cuando el muerto está lejos y el vivo ya empezaba a pertenecer al pasado. La última vez que lo había visto estaba otra vez regular, o mal. Amablemente, como siempre lo era, se había ofrecido a acompañarme en su coche con mis maletas enormes y llenas de libros hasta la estación, de la que saldría hacia Londres para luego seguir hasta París en tren y en hovercraft y en otro tren, y de allí a Madrid, hacia el Mediodía. Pero la noche antes de mi partida se sintió peor y me llamó a decirme que sería mejor que al día siguiente no se moviera de casa. Así que hice un alto en mis preparativos y me acerqué a

s u *college* para decirle adiós. Aunque acababa junio y hacía una temperatura muy agradable, me recibió recostado en su sofá y cubierto por una manta, como si fuera Saskia: la catarata que envolvía sus piernas era ahora a cuadros, la toga colgaba detrás de la puerta, negra, tan larga, como ahora cuelga la mía en Madrid, en mi casa. Había perdido parte de su disfraz estético. La televisión estaba encendida, una ópera sin sonido. Dijo que tenía frío, un poco de fiebre, no recuerdo qué hablamos, se me ha olvidado, como se olvidan las cosas a las que en su momento no se da importancia, las cosas que no conmueven porque no se hacen sabiendo que lo que se dice o hace —o lo que se ve— tiene significación y peso. Y aquella despedida no los tenía entonces, o no tanto, quizá yo quería pensar que Rylands exageraba con sus augurios (Cromer-Blake se mostraba, en efecto, tan despreocupado), y mi cabeza estaba más en mi marcha, en lo que me aguardaba (en el futuro, en lo diáfano y en lo plano), que en lo que dejaba (en lo ya pasado y en lo brumoso, en lo rugoso y quebrado). Sólo recuerdo que su habitual palidez era extrema mientras lanzaba ojeadas involuntarias a un Falstaff que vociferaba mudo, pero eso no tenía mucho de particular: en tiempo de exámenes la tez de los *dons* siempre palidece. La suya tenía aquella noche casi el color de su pelo prematuramente canoso, menos gris cada vez y cada vez más blanco. Estuve poco rato, era tarde. Tenía que terminar el equipaje y él tal vez deseaba escuchar a Falstaff.

Las últimas anotaciones de sus diarios, que ahora yo guardo, son brevísimas y desganadas, dos o tres líneas cada día que escribe algo, y no son todos, en modo alguno. Así, el 3 de septiembre dice: ‘Hoy es mi cumpleaños. He logrado llegar a los treinta y ocho. Ya no soy joven. Clare me ha regalado un jersey de lana hecho por ella misma. B nada, se le había olvidado.’ Y tres fechas después, el 6, la entrada se limita a menos: ‘B quiere irse a vivir a Londres. Mi ciudad, absurdo. Me parece

muy lejos, aunque esté a una hora.’ Ya no hay nada hasta el 12, en que escribe: ‘Hoy he empezado a releer el *Quijote*, espero que me dé tiempo a acabarlo entre esta semana y la próxima. Quizá debería empezar por la segunda parte.’ Y luego, el 14: ‘Faltan siete días para que termine el verano. Ya estoy harto. De no estar bien y del verano.’ Y el 20 habla de mí: ‘Hoy es el cumpleaños de nuestro querido español. Ha cumplido treinta y cuatro, tampoco él es tan joven. Le he llamado a Madrid, pero estaba fuera.’ (Y es verdad que ese día no estaba en casa, ni siquiera en Madrid, sino en Sanlúcar de Barrameda con Luisa, que es hoy mi mujer, y a la que había conocido en Madrid un mes antes.) La siguiente anotación es del 29 y parece copiada de una agenda o un calendario, porque sólo dice: ‘San Miguel y todos los Ángeles. Decimoséptimo domingo después de la Trinidad (decimoctavo después de Pentecostés). Primer día del trimestre. El sol sale a las 07,02, se pone a las 18,47. Luna llena a las 00,08.’ Luego vuelve a no haber nada hasta el 7 de octubre, en que escribe: ‘Luna en cuarto menguante a las 05,04. Toby ha llamado, le he dado excusas para que no venga a verme. Pobre viejo, no entiende nada.’ Y el 14: ‘Luna nueva a las 04,33. Hoy empiezan Michaelmas y las clases y no puedo darlas. Dewar y Kavanagh han sido muy amables al ofrecerse a sustituirme hasta que me recupere.’ La última anotación es del 17, y dice: ‘Santa Etheldreda, reina de Northumbria contra su voluntad, la muy tonta. Dentro de unos años esta enfermedad será curable, seguro, una tontería. Qué hartos estoy.’ Murió el 19, vigésimo domingo después de la Trinidad (vigésimoprimeros después de Pentecostés) y día de Santa Frideswide (al menos en Oxford). El sol salió a las 07,38 y se puso a las 18,01, y hubo luna en cuarto creciente a las 20,13. Cromer-Blake vio lo primero y también lo segundo, pero no esa luna.

De la muerte del pobre viejo sé menos o casi nada, pues ya no había

un Cromer-Blake para contármela, nadie para decir siquiera ‘Qué inmensamente triste’. Fue Kavanagh, más dinámico y moderno que Rylands, quien se encargó de llamarme por teléfono a Madrid hace dos meses para comunicármelo, dejándose de cartas urgentes y de donativos. También él me ha mandado los diarios del primer muerto. Pero sé que Rylands, a diferencia de Cromer-Blake, no lo supo de antemano, si es que esa frase tiene algún sentido para nadie. Lo que quiero decir es que no había estado enfermo antes. No estaba en un hospital, sino en casa, se le paró el corazón en seco, de pronto, eso es todo. No sé a qué hora, ni dónde se hallaba ni qué estaba haciendo. Quizá la señora Berry lo llamó a comer y él no acudió a la cocina, y entonces la señora Berry, tal vez presintiéndolo, se acercó con cautela hasta la orilla del río Cherwell, donde puede que Rylands estuviera sentado en su silla con almohadón para no desaprovechar un sol de otoño. O quizá no llegó a acercarse, la demasiado previsible señora Berry, y le bastó con ver desde la ventana el torso enorme y convexo desparramado sobre la silla. La copa de jerez caída sobre la hierba. La mirada sin autoridad ni colores. El jersey amarillo desarticulado. No lo sé, no importa, no es inmensamente triste.

Ha transcurrido poco tiempo desde que me fui de Oxford, pero todo está muy lejos. Demasiadas cosas han cambiado o han empezado o dejado de ser desde entonces (ahora me preocupan y me ilusionan los grandes proyectos del impulsor Estévez, y mi mujer Luisa, y mi hijo nuevo). Rylands no publicó ningún libro sobre *A Sentimental Journey*, y parece que entre sus papeles tampoco se ha hallado ningún manuscrito que pudiera corresponderse con ese texto que me anunció un domingo del final de Hilary. De hecho no se ha encontrado ningún escrito suyo de los últimos años, nada inédito. Los destruyó, o bien no existieron nunca y debió pasar esos años, desde su jubilación, sin escribir una línea, inactivo, mirando pasar el río, que en todos los tiempos es la imagen del

transcurso, y algún programa de televisión, llamando a sus cisnes rebeldes y echando migas a sus patos agradecidos, recibiendo por correo honores, cada vez más insinceros. Debíó de mentir respecto a su libro aquel domingo que pareció decir tantas verdades. Puede que mintiera respecto a todo, no lo sé, no importa, mi vida discurre ahora por otros cauces, ya no soy el mismo que estuvo dos años en la ciudad de Oxford, creo. Ya no estoy perturbado, aunque mi perturbación de entonces no fuera gran cosa, fue leve y pasajera y articulada y lógica, como ya he dicho, una de esas perturbaciones que no nos impiden seguir trabajando, ni conducirnos de manera sensata, ni ser formales, ni tratar con las demás personas como si no nos sucediera nada; una de esas perturbaciones que seguramente pasan inadvertidas para todo el mundo menos para el que la siente, una de esas que todos tenemos de vez en cuando. Está todo muy lejos, y mi mayor vínculo, ahora que después de Cromer-Blake también Rylands ha muerto y con Kavanagh y Dewar no hay quien se escriba, es que sigo pagando desde mi ciudad natal mi cuota de la Machen Company, y a cambio de eso y de un suplemento sigo recibiendo cada varios meses alguna publicación minuciosa y maniática relacionada con él o con su círculo de amistades, entre las que a veces se menciona a Gawswordth sin aportar ningún dato sobre su vida: aunque tampoco quisiera saberlos si los hubiera, y por eso nunca he comprado ninguno de los escasísimos títulos del rey sin reino que alguna vez he visto ofrecidos, muy caros, en los extravagantes catálogos que aún me hacen llegar mis libreros anticuarios y raros de Oxford y Londres (nunca, sin embargo, el título *Above the River*, que publicó a los diecinueve años y que interesaba a Alan Marriott). Supongo que esos panfletos de la Machen Company los mete en el sobre y los manda el propio Marriott, pero no me consta, pues nadie añade nunca unas letras a esos envíos con matasellos de diferentes ciudades (Chippenham, Lymington, Scarborough, será viajero). A él, a

Marriott, sólo lo vi de lejos, tirando de su perro cojo, en un par de ocasiones durante mi segundo año en Oxford, pero yo no me acerqué a saludarlo ni él a mí tampoco. No me buscó ya más, eso es seguro, desde los días en que me seguía y me lo encontraba por todas partes, y desde su visita. Tal vez lo único que en verdad deseaba entonces era captar a un nuevo miembro para su compañía, aunque no se tratara de una persona eminente, y cobrar sus cuotas.

Me fui solo de Oxford por azar tan sólo, no tengo ninguna queja: Cromer-Blake no pudo acompañarme en su coche, y ya era demasiado tarde para pedírselo a otro colega. Me había despedido de ellos en una pequeña fiesta tres días antes, y además yo salía muy temprano a la mañana siguiente. Llamé a un taxi, miré y anudé y saqué la última bolsa de la basura, mi última *obra*; salí y cerré mi casa piramidal de tres pisos, eché las llaves dentro por el buzón de la puerta (cayeron sobre la moqueta y no tintinearón); subí al tren sin decir adiós con la mano a nadie. Y al pasar por Didcot, con el tren parado durante un minuto, miré por la ventanilla, aún con sueño, durante ese minuto, y en el andén opuesto, el de los trenes en dirección a Oxford, vi a Edward Bayes riendo, abrazado a una mujer que al responder a su abrazo me daba la espalda. Era rubia, con melena corta; tenía un cigarrillo en la mano; los tobillos fragilizados (perfeccionados acaso) por su postura amante. No era Clare Bayes, desde luego, pero tampoco me atrevería a decir que era la chica de la estación de Didcot, aunque estuviera en la estación de Didcot. No creo que lo dijera aunque le hubiera visto la cara —si se hubiera vuelto—, porque para entonces ya estaba tan borrosa y confundida con otras como lo está ahora, en mi memoria. No me sobresalté, tuve la sensación de que aquello no me concernía (no asistía a ello, miré con velo), y se me ocurrió tan sólo que quizá Terry Armstrong estuviera también casado en los años cincuenta. Creo que por eso no me preocupé por Clare Bayes,

seguro como estaba y estoy ahora de que su marido y ella seguirán siempre juntos. Y poniéndome como otras veces en su lugar (en el lugar del marido), me limité a pensar, muerto de sueño: ‘Espero que no se encuentren con Rook al subir al tren. Pasarían un mal rato y se acabarían las risas, porque no son horas para volver a Oxford.’ El sol había salido a las 04,46 y no se pondría hasta las 21,26, y no sé si habría luna. En todo caso yo ya no asistiría a la luz suspendida y tibia ni oiría las campanas repiqueteando desconsideradamente al caer la tarde.

Ahora la luz se altera gradualmente, aquí en Madrid, y yo también tengo algo que empujar o arrastrar, el cochecito de niño de mi niño nuevo, a veces, por el Retiro, cuando cae la tarde. Por eso ahora me parezco más a Clare Bayes, que llevaba de la mano a su hijo Eric, y a Marriott, que tiraba de su perro cojo, y a Jane, la florista gitana, que arrastraba por la acera su mercancía sin que su marido se bajara nunca a ayudarla, y a aquel mendigo viejo que conducía y tocaba su organillo rescatado de una hoguera portuaria en Liverpool. Y a Gawsworth, que empujaba su cochecito victoriano de niño por Shaftesbury Avenue, lleno de cerveza, con paso tranquilo hacia la oscuridad; y a él, sin embargo, también me parezco menos, porque la vida se ha puesto al día por fin conmigo, me ha centrado y cargado con este niño del que a veces me olvido y del que aún no sé nada, ni siquiera si se parecerá más a mí o a su madre, a la que beso tanto. Ya no me parezco a Dewar ni a Rylands ni a Cromer-Blake, que no empujaban ni arrastraban nada. Cromer-Blake y Rylands además han muerto, por lo que mi parecido con ellos también ha disminuido: ellos no fantasean, y yo en cambio sigo fantaseando con lo que ha de venir: del impulsor Estévez, y de mi mujer Luisa, y del niño nuevo que normalmente nos sobrevivirá a todos, incluso al niño Eric. Los demás aún viven. Vive Clare Bayes, que tendrá otro amante y con quien no me escribo. Vive Dayanand, el médico indio, aunque parece que por

no mucho tiempo. Vive Kavanagh, que de vez en cuando viene a Madrid y es quien me cuenta de la ciudad estática y conservada en almíbar, quien me cuenta del agua. Vive muerto Dewar, que declamará en tres lenguas en su cuarto, a solas, mientras suena su ruido blanco, y me habrá olvidado. Vive Will, el portero anciano, que con su mirada limpia (no las hay en Madrid) seguirá dando los buenos días y alzando la mano y confundiendo el tiempo y mi tiempo y quizá llamando por mi nombre a alguien (pues para él no me he ido, y para él todas las almas están vivas); aunque de momento sé que aún no ha aparecido ningún Mr Branshaw por la Tayloriana. Vivirá Muriel, supongo, en lo que fue Wychwood Forest, entre sus dos ríos, en lo que *fue* un bosque. Tengo aún, ante mí (las hago tintinear en una caja metálica junto a un par de pendientes), unas monedas de entonces que no gasté. Podía habérselas dejado al niño Eric, que por estas fechas volverá de Bristol para las vacaciones. Pero quizá este niño nuevo también quiera coleccionarlas un día. El niño Eric vive, y crece.

Diciembre de 1988



JAVIER MARÍAS (Madrid, 1951) es autor de *Los dominios del lobo*, *Travesía del horizonte*, *El monarca del tiempo*, *El siglo*, *El hombre sentimental* (Premio Ennio Flaiano), *Todas las almas* (Premio Ciudad de Barcelona), *Corazón tan blanco* (Premio de la Crítica, Prix l'Oeil et la Lettre, IMPAC Dublin Literary Award), *Mañana en la batalla piensa en mí* (Premio Fastenrath, Premio Rómulo Gallegos, Prix Femina Étranger, Premio Mondello di Palermo), *Negra espalda del tiempo*, de los tres volúmenes de *Tu rostro mañana*: 1 *Fiebre y lanza* (Premio Salambó), 2 *Baile y sueño*, 3 *Veneno y sombra y adiós*, y de *Los enamoramientos*; de los relatos *Mientras ellas duermen* y *Cuando fui mortal*; de las semblanzas *Vidas escritas* y *Miramientos*; de la antología *Cuentos únicos*; de sendos homenajes a Faulkner y Nabokov y de catorce colecciones de artículos y ensayos. En 1997 recibió el Premio Nelly Sachs, en Dortmund; en 1998, el Premio Comunidad de Madrid; en 2000, los Premios Grinzane Cavour, en Turín, y Alberto Moravia, en Roma; en

2008, los Premios Alessio, en Turín, y José Donoso, en Chile; y en 2011, el Premio Nonino, en Udine, todos ellos por el conjunto de su obra. Entre sus traducciones destaca *Tristram Shandy* (Premio Nacional de Traducción 1979). Fue profesor en la Universidad de Oxford y en la Complutense de Madrid y es miembro de la Real Academia Española. Sus obras se han publicado en cuarenta lenguas y en cincuenta países, con seis millones de ejemplares vendidos en todo el mundo.